



UN CASO CARVALHO

# MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

LA SOLEDAD DEL MANAGER



Un hombre aparece muerto con unas bragas de mujer en el bolsillo. La viuda encarga la investigación del caso a un «huelebraguetas» gallego, un detective privado de complejo pasado. Lo que parecía ser un ajuste de cuentas sexual se convierte en un ajuste de cuentas político que tiene como fondo la sociedad española a medio camino entre la muerte de Franco y el intento de consolidación democrática. Carvalho trata de compensar sus angustias e inhibiciones guisando un salmis de pato a las dos de la madrugada o haciendo el amor con la pasividad de un animal caliente pero escéptico.



Manuel Vázquez Montalbán

# **La soledad del manager**

**Saga Pepe Carvalho, 3**

ePub r1.0

**Samarcanda** 07.12.13

Título original: *La soledad del manager*

Manuel Vázquez Montalbán, 1977

Editor digital: Samarcanda

ePub base r1.0

**más libros en [bajaepub.com](http://bajaepub.com)**

En cierta ocasión el ahora diputado Solé Barbera me dijo: «A ver cuándo escribes otra novela de guardias y ladrones». Me lo tomé como una consigna y a él quiero dedicarle LA SOLEDAD DEL MANAGER.

HABÍA exigido más que pedido la ventanilla. La empleada de la Western Air Lines miró el carnet entre la sorpresa y la aceptación.

¿Qué objetivos puede perseguir un agente de la CIA sentado junto a una ventanilla del Boeing de la línea regular Las Vegas-San Francisco? La empleada no desconocía los rumores imperantes en la zona sobre supuestos campos especiales de entrenamiento ubicados en algún punto del desierto de Mohave, pero ¿acaso no dispone la CIA de sus propios aviones de reconocimiento? Carvalho adivinaba la lógica batalla en aquel momento desatada tras la frente artificialmente bronceada de la muchacha mientras rellenaba el billete. Luego Carvalho volvió a sacar el carnet cuando se le acercaron los dos policías para registrarle. Le dejaron pasar con un gesto que igual podía representar la más ciega sumisión como el más absoluto desprecio.

Cuando Carvalho ocupó su puesto sentía una alegría sólo comparable a la de los niños a la expectativa de un acontecimiento ilusionador. Una alegría sentada, en la que el cuerpo es dueño de la situación, pero las piernas se van como si quisieran correr al encuentro del acontecimiento. Carvalho se concentró en el despegue del avión, en la visión rápidamente alejada de Las Vegas cual decorado de cartón emergente en pleno desierto y en la preparación del momento en que el Boeing sobrevolaría Zabriski Point y el Valle de la Muerte. Carvalho había peregrinado

repetidas veces a la zona, fascinado por la llamada estética de las romas colinas blancas de bórax, cárdenas progresivamente a medida que se teñían de atardecer, o atraído por el reclamo de embudo del Valle de la Muerte, con sus aguas azufradas y el brillo de la costra de sales. Desde el avión, a vista de pájaro, se apreciaba la grandeza absurda de un paisaje geológicamente residual pero que actuaba sobre Carvalho como una sirena encelada. Se hubiera arrojado en paracaídas provisto de un macuto cargado con las maravillas que salen de los macutos de Hemingway: latas de judías y tocino ahumado sobre todo. Algo, no obstante, impedía que Carvalho disfrutara como otras veces de su vicio secreto y solitario. Algo que ocurría a su alrededor actuaba como ruido interruptor de una transmisión radiofónica. Algo que se decía o cómo se decía. El foco de disturbio estaba muy cerca, a su lado. Sus dos compañeros de asiento hablaban de España y uno de ellos en un inglés evidentemente acentuado de catalán.

—Es curioso que en ocho años de estancia en la base de Rota no aprendiera usted a hablar español.

—Las bases tienen una vida autónoma. Sólo empleamos gentes del lugar para el servicio y para...

Con una carcajada cómplice el americano hizo un gesto suficiente, probablemente aprendido en algún bar de Cádiz. El catalán pasó por alto la impertinencia y prosiguió una conversación entre hombres de negocios. El americano era dueño de una pequeña fábrica de material deportivo y estaba en plena campaña de inspección de concesionarios. El mundo para él se dividía entre los que le compraban y los que no. Hasta los chinos comunistas le parecían seres excepcionales porque le compraban material de excursionismo a través de Hong Kong. En cambio, no podía soportar a los cubanos, ni a los brasileños, ni a los franceses. No conseguía venderles ni una cantimplora. Cuando elogiaba

las cualidades éticas y compradoras de cualquier comunidad, el americano además del juicio pertinente daba una palmada y gritaba ¡ole! en un evidente acto de homenaje lingüístico al país de su interlocutor. En cuanto a éste, pronto resumió correctamente su quehacer. Era manager de la Petnay, una de las compañías multinacionales más importantes del mundo. Su responsabilidad básica era España y alguna zona latinoamericana, pero muy frecuentemente viajaba a Estados Unidos para departir con la casa central y ponerse al día en técnicas de marketing.

—Los americanos sabemos vender.

—No diría yo lo mismo. Lo que ocurre es que están en condiciones políticas de hacer comprar a los demás.

—Es ley de historia, amigo mío. Ustedes también tuvieron un imperio y ¿qué se hizo de él? ¿Y del Imperio romano? Por ejemplo, los apaches tenían un auténtico imperio, ya ve usted. Igual un día la civilización americana desaparece y todo nuestro país es como eso.

Con la barbilla el americano señaló la geología árida del Desierto de la Muerte. Fue entonces cuando Carvalho dijo en español, alto:

—Imagínese usted la cantidad de cantimploras que podría vender entonces nuestro amigo.

El catalán se volvió urgentemente hacia el origen de la voz y se echó a reír.

—El mundo es un pañuelo; resulta que tengo un españolito al lado. Felicidades. Mi nombre es Antonio Jaumá y soy manager.

—El mío es Pepe Carvalho y soy viajante.

El catalán extendió las presentaciones a su primer interlocutor y éste, mientras estrechaba la mano de Carvalho, lanzó un breve inventario de elogios patrióticos.

—España. Bonita. Ole. Manzanilla. Puerto de Santa María.

—Sí, señor.



—¿Qué productos viaja usted?

Jaumá era un hombre delgado, nada alto, tez de judío sefardita, nariz de vendedor de antigüedades de Estambul, ojos oscuros y brillantes de una cierta implacabilidad, una calvicie de pasillo entre colinas de pelo negro y crespo.

—Máquinas tragaperras. Por eso viajo tan frecuentemente a Las Vegas.

—¿Vive en San Francisco?

—En Berkeley. De paso sigo un curso sobre urbanismo en la Universidad.

—¿De qué parte de España es usted?

—Gallego de nacimiento, pero casi siempre he vivido en Barcelona.

—Hombre. Somos paisanos. ¡Este señor y yo somos paisanos! Aclaró al norteamericano, que asumió la noticia con una gravedad cómica. Jaumá contó a Carvalho su vida, breve, eficazmente. Estudios de Derecho. Un viaje juvenil a Estados Unidos en el que tuvo que dedicarse a hacer carreteras y despachar perros calientes en cafeterías del Bronx. Se casa con una ex compañera de estudios. Situaciones apuradas.

—Muchas noches nos partíamos una tortilla a la francesa y un dedo de whisky.

De pronto, a través de un pariente de su esposa, militar agregado a la Embajada en Washington, Jaumá consiguió un puesto en la Petnay. Meses después tenía la representación en España.

—Y como diría Groucho Marx, así empezó mi carrera desde la más absoluta pobreza a la nada.

—¿A la nada?

—A la nada. Un manager nunca se enriquece lo suficiente como para decir apaga y vámonos. Por otra parte, siempre está pendiente de balances anuales y de cabronadas empresariales mensuales. Estoy

saturado. Ayer noche tuve que asistir a una cena de hermandad entre los delegados de todo el mundo. Imagínese el espectáculo de una América de gala. Todas las joyas femeninas reunidas hubieran puesto en ridículo las dimensiones de las cuevas de Alí Baba. Bien. Por una parte la gentuza de arriba. Por otra, la presión de los trabajadores. Usted no sabe lo que es actuar como hombre de la empresa frente a la realidad laboral de España o Latinoamérica. Hay que tener un estómago de hierro.

—¿Cómo le salen las cosas?

—De momento bien. La empresa paga sueldos algo superiores a los indígenas y obtiene beneficios americanos. Pero sólo temo que venga una crisis y se me exija comportamiento de capataz. ¿Comprende?

—Tiene usted la moralidad de un izquierdista.

—¿Le molesta?

—Me trae sin cuidado. Yo también tuve mis ideas, pero ahora sólo me quedan unas cuantas vísceras en muy buen uso.

—¡Formidable, Carvalho! ¡Es usted un tío cojonudo!

El ramalazo histriónico del personaje era indudable. Braceaba entusiasmado, con la afilada cara adelantada, mientras gritaba:

—¡Hemos de celebrar este encuentro! Esta noche le invito a cenar en Aliotto, en el Fisherman's Wharf. ¿Lo conoce?

—Sí.

—Yo vivo en el Holiday Inn de Market Street. Quedamos ya directamente en el restaurante a las nueve. ¡Ah! ¡Carvalho! Un encuentro feliz por sí mismo y por lo inesperado. Igual tenemos amistades comunes, aunque usted parece algo más joven que yo. ¿Estudió en Barcelona?

—Sí. Filosofía.

—¿Y se dedica a viajante de máquinas tragaperras? Es usted un profeta. ¡Mi amigo es un profeta!

El americano asintió admirado e inclinó el cuerpo para contemplar detenidamente a Carvalho, en busca de algún signo exterior que evidenciase sus ocultos poderes.

—¿Se imagina la cantidad de cosas que pueden unirnos? Hagamos una lista de las mujeres que han sido nuestras y luego la cotejamos; igual tenemos una historia sexual paralela.

—O convergente.

—O convergente, eso es. Ayer noche la empresa movilizó las *call-girls* más impresionantes de Las Vegas y hubo un follón final por todo lo alto en los apartamentos exteriores del Sand's, el hotel de Sinatra. Me metí en la habitación con dos negras que me evidenciaron la superioridad racial de los morenitos. ¡Qué ejemplares, Carvalho! ¿Qué haría yo sin una juerga de vez en cuando? Los americanos saben hacer rendir a la gente y un segundo antes del agotamiento estimularles para que se reconforten y sigan produciendo. Es el principio psicológico fundamental del taylorismo y del fordismo. Yo me lo autoreceto. De lo contrario no podría superar el naufragio de cada día en la soledad. La soledad del manager.

COMO si los vapores de los viejos volcanes se hubieran vuelto niebla fría y húmeda, de la tierra gris cada mañana de invierno suben los vapores que empapan las viejas geometrías de las casonas que limitan Vich. Expulsada de la villa por el aliento de los primeros portales abiertos, la niebla se ceba en las casillas de adobes encalados que marcan la transición entre la vieja ciudad y su paisaje de turones grises. A estas horas de la mañana no se percibe plenamente el paisaje de antiguo desastre prehistórico, de fin del mundo limitado que alguna vez debió ocurrir en la hoy llamada llanura de Vich, un ceniciento terreno salpicado de autocontrolados cerrillos de cenizas petrificadas. Tampoco se percibe el caserío de piedra desnuda, oscura, cubierto por tejados cejijuntos no se sabe si por la lluvia o por subrayar la gravedad de una ciudad a la que uno de sus escritores locales calificó de «ciudad de los santos». Los curas aún no han salido de sus infinitas madrigueras olorosas de cera y mazapán. Las únicas propuestas humanas son payesas que bajan hacia el mercado y obreros que salen de la ciudad en busca de fábricas de embutidos y muebles, bóvilas o factorías de piedra artificial. Herramientas mismas del frío, las bicicletas zigzaguean con su luz loca, nerviosamente estudiadas por los ojos humeantes de los faros de los coches o por el iceberg de un camión del que sólo emerge la frente de inmenso animal cúbico.

La niebla no es el único obstáculo en el camino hacia el trabajo. Hay pocas posibilidades de eludir una irregular espera ante el paso a nivel y los habituales de cada mañana acogen la luz roja del semáforo como un riesgo perfectamente calculado, y asimilado. Los que van en bicicleta o moto ponen pie a tierra y conservan la moto entre piernas como si se les hubiera dormido. Los que van en coche ponen en marcha el cepillo o el aire interior para que desvele el parabrisas. Pocos son los que abandonan el tibio coche para limpiar a mano el cristal o tirar de la antena de la radio. Siempre es una sorpresa comprobar que a estas horas de la mañana hay emisoras en antena desde las que algún locutor, con la boca llena de cafés y madrugada, intenta conservar cierta capacidad de entusiasmo para vender la bondad de los discos con éxito.

¿Qué temperatura en La Coruña? Dos grados bajo cero.

¿Granada? ¿Por favor, Granada? No hay conexión con Granada.

¿Bilbao? Dos grados sobre cero y sopla viento del Cantábrico.

Ya lo han oído los hombres del mar. Malos vientos en el Cantábrico.

¿Barcelona? ¿Qué temperatura tenéis por ahí? Cuatro grados, y humedad relativa, 87%.

¿Y en Vich? Se pregunta el hombre. Seguro que por debajo de cero. Si en Barcelona están a cuatro. Se sorprende a sí mismo soplándose los dedos como cuando era niño y se echa a reír mientras le viene a la garganta una bocanada nostálgica de pan dormido empapado en café con leche. ¡Hay que ver los recuerdos! Cualquier cosa te desencadena un amontonamiento de imágenes rotas.

—*Joan, no emprenyis mes i pren-te la llet*<sup>[1]</sup>.

Le decía su abuelo. Como él mismo podría decírselo día tras día a sus hijos, sobre todo al gandul de Oriol.

—*Oriol, un dia m'acabaras la paciència i el potaré un calbot*<sup>[2]</sup>.

Se echa a reír. El niño pone entonces cara de orgulloso obligado por las circunstancias y engulle la leche con perfección técnica, incluso despreciativa. Beber la leche, de mañana, con las manos adaptadas al cuenco, buscando el misterioso calor que parece subirle desde el centro de la tierra. Yo tazas de ésas no quiero, le dijo a su mujer cuando vio que había comprado una vajilla de duralex. Para la leche no las quiero. Estás cargado de cuentos. Mira, no sé por qué, pero si no me tomo la leche en tazón no me parece buena, sobre todo la leche de la mañana. La que tiene que limpiarlas soy yo y, la loza se desconcha, siempre es un nido de mierda, tú muy señorito, pero...

—*S’ha acabat el bróquil! La llet en taça i no en parletn més!*<sup>[3]</sup>

De vez en cuando hay que sacar el genio porque si no a uno le toman por el pito del sereno. Ya sé que son manías, pero tampoco está cargado uno de tantas como para no permitirse ésta. El tazón de leche le permitía recuperar la infancia, rostros de fondo, casi imposible recuperarlos del todo. La tieta: *Joan, faras tard a l’escola*. El abuelo: *Joan, no emprenys mes...* Las luces débiles de las primeras bombillas del Valles, quince, veinticinco watios y se apagaban cuidadosamente en cuanto entraban las primeras claridades, como si se tratara de una pugna entre el fluido y los campesinos asustados ante los gastos del consumo. Ahora todo va como va. Diez luces abiertas a la vez y luego los recibos suben lo que suben. De eso no se preocupa, no, eso no son caprichos. En cambio sí que le critica porque quiere tomarse la leche en tazón. La iaia les encarecía que cerraran bien la despensa porque de noche los locutores salían del aparato de radio y se comían todo cuanto encontraban. Se puso a reír y acabó llorando. El rojo seguía abotonando la niebla y se desperezó lo suficiente como para notarse hinchado el sexo. Se lo palpó con un cierto orgullo y entonces notó que le venía un cosquilleo desde dentro. He de mear. No se oía nada que anunciara la cercanía del tren esperado y más allá del

margen de la carretera se adivinaba la suficiente broza y niebla como para proteger una meada lenta y segura de las miradas de la serpiente de coches, motos, bicicletas y camiones que aguardaban el paso del tren. La amenaza del frío y la posibilidad de que el tren se presentara de pronto le hicieron provocarse una última prueba. Hizo fuerzas para orinar y luego apretó los esfínteres para contener el río oculto. Apenas si pudo y unas gotas de orina saltaron como alborozadas chispas de agua dorada sobre el sudario de los calzoncillos.

No había más remedio pues. Saltó del coche, alzó los hombros como apuntalando el cuerpo frente al peso del frío y dando saltitos que pretendía elásticos rebasó el margen y se adentró en la maleza volviendo varias veces la cabeza para calcular si podían verle los que esperaban en la carretera. El río oculto reclamaba una urgente liberación, como si disfrutara ejerciendo una coacción sádica sobre su amo-esclavo. Ya va, ya va, dijo el hombre a media voz. Sus ojos ya habían visto el lomo del tronco de un tilo y los dedos bajaban la cremallera de la bragueta. Como si buscara un cuerpo vivo, delicado y difícil de tratar, probablemente una paloma, la mano derecha se introdujo en la bragueta, buscó la ventanilla lateral del braga-slip y aferró el sexo caliente y nervudo. Sin descuidar el mirar a derecha e izquierda, adelante y atrás, el hombre tendió su apéndice cogido con dos dedos mientras los restantes le componían un techo o, mejor diríase, un palio del casi religioso recogimiento con que meaba. A medida que se liberaba de la urgencia se sentía eufórico, ya despreocupado de si miraban o no miraban. Trató de mojar el tronco según un plan preconcebido, pero sus ojos se detuvieron en una extraña forma a ras de suelo, casi hundida en la tierra, que iba delimitándose gracias a la escarpa del pipí. La punta eléctrica de la orina limpió la forma y ante los ojos progresivamente desmedidos de Joan de can Gubern apareció una mano. Los ojos permanecieron quietos un instante como

tratando de racionalizar el descubrimiento, pero después se pusieron en marcha y de la mano pasaron a la embarrada manga de una chaqueta llena de brazo de hombre, a la chaqueta entera, igualmente llena de hombre, al hombre mismo, de bruces y semioculto por la tierra, la escarcha y la maleza. El sexo de Joan Gubern pendía fláccido, achicándose por el frío a una velocidad diríase que no humana. Pensó: he de gritar, pero le contuvo el ruido del tren y el recuerdo de que había dejado el coche en la carretera impidiendo el tráfico. Volvió sobre sus pasos corriendo y de mala manera se metió el pene en su cascara.



—YA IBA para mi despacho. ¿Tan urgente es el asunto que ha subido usted hasta Vallvidrera?

Mientras pregunta, Carvalho no ha invitado al otro a que se siente. Le molesta la sensación de animal sorprendido en su madriguera y los ojos del detective van de una a otra evidencia de desorden: los platos sucios de la cena sobre la mesa camilla, el disco dormido en el plato lejos de su funda tirada en el suelo, el cenicero colmado junto al sofá y el libro abierto en el suelo y sucio de ceniza. Lo primero que resuelve es el problema del libro. Lo cierra y lo tira sobre una estantería situada a dos metros de distancia. Pega una patada al cenicero para que desaparezca bajo el sofá, casi al tiempo que apila platos y vasos para llevárselos hacia la cocina. Cuando vuelve, el visitante ha recuperado el libro de la alacena, lo hojea y lo sopla para liberarlo de la ceniza guardada entre sus páginas.

—No se preocupe. Es sólo un libro.

El otro le sonríe con una enigmática complicidad. Unos cuarenta años, piensa Carvalho, pero el rostro joven. Un jersey y las puntas del cuello de la camisa como alas de un cuello no demasiado alto. «Un muchacho que se ha quedado anclado en la gesticulación de James Dean», se comenta Carvalho cuando ve que el otro mete las manos en los bolsillos, alza los hombros y sonríe infantilmente mientras recorre la

estancia con ojillos voluntariamente maliciosos.

—Hay cosas peores que los libros, señor Carvalho. Está usted bien instalado. ¿Paga mucho por el alquiler de este chaletito?

—Creo que es de compra.

—¿Sólo lo cree?

Carvalho se asoma a la amplia cristalera y tras comprobar que el paisaje del Valles sigue donde estaba la noche anterior, se detiene en el coche parado al pie de la escalera del jardín y en el hombre que aguarda recostado contra la carrocería.

—¿Ha venido con el chófer?

—No tengo chófer, ni coche. No tengo casi nada. Algún que otro jersey; una chica de vez en cuando; amigos, no muchos; idiomas, por ejemplo el alemán.

—¿Me ha tomado por una oficina de empleo?

—No. Vengo a hablarle de un amigo común. Antonio Jaumá.

—Será amigo suyo. Mío no. No conozco a ningún Jaumá, o quizá sí conocí una vez a un tal Jaumá, un compañero de estudios, pedagogo, delgado, alto, cristiano progresista, inolvidable. Pero no se llamaba Antonio.

—Antonio Jaumá no era muy alto, no era un pedagogo, sino un alto ejecutivo de una empresa internacional, no era cristiano y su progresismo era más vital que político. Según parece Jaumá confiaba mucho en usted. Le diré dónde y cómo se conocieron: en Estados Unidos, en un avión que cubría el vuelo regular entre Las Vegas y San Francisco.

—¡El manager!

La expresión divertida que había aparecido en el rostro de Carvalho ni animó ni desanimó a su visitante. Sus repetidas miradas hacia un sillón forzaron la invitación de Carvalho. Una vez sentado encendió un cigarrillo con parsimonia y rigor técnico, aspiró un aire personal y oculto

para impulsar su relato y contó a Carvalho la parte del encuentro con Jaumá sobre el desierto de Mohave. Carvalho empezó a sospechar que tenía ante sí un novelista por vía oral, monologador habitual de tertulia de silenciosos más o menos adictos. Un progre culto venido a menos, pensó Carvalho, y se predijo que la narrativa terminaría con un golpe de efecto, con un final de cuento monorrítmico que precipita todas sus significaciones en la última línea.

—Pues bien.

Una bocanada de humo espesa, plana, casi como una sábana gris que sale de la boca del visitante.

—Antonio Jaumá ha sido asesinado.

Aún no lo ha dicho todo, porque los ojos que fueron maliciosos y ahora están graves buscan algo en alguna parte, probablemente un punto de apoyo para concluir.

—En cualquier caso, está muerto.

—Le confieso que me interesa más el que haya sido asesinado. El que esté muerto es una consecuencia. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Le pegaron un tiro por la espalda a la altura del corazón. Un tiro perfecto. Luego tiraron el cadáver entre la maleza, cerca de Vich, y allí estuvo según el forense pocas horas, las de una madrugada.

—¿Qué ha dicho la policía?

—Un ajuste de cuentas de algún chulo de putas. Ya sabe que Antonio era un poco mujeriego, en el sentido más antiguo y poco glorioso del término. Para la policía el caso estaba clarísimo. En una de sus correrías nocturnas, o bien le hicieron chantaje y opuso resistencia, o se topó con un chulo malasombra. El cadáver apestaba a perfume íntimo de señora, del más íntimo: *Eau lústrale par l'hygienie intime*. Además el cuerpo apareció vestido casi totalmente pero le faltaba una pieza fundamental: los calzoncillos. Tal vez para compensar llevaba unas bragas en el

bolsillo del pantalón.

—Lo que se dice una juerga. Parece claro.

—Yo no lo creo así. La viuda tampoco.

—No faltaba más. No es la primera viuda que se niega a aceptar que su marido lleva una doble vida.

—En el caso de Concha es posible. Es una muchachita de Valladolid que nunca se tomó en serio la erotomanía de Antonio. Pero yo tampoco creo que la cosa fuera tan simple.

—¿Por qué?

—Todos tenemos la imaginación ya muy educada por las películas y estamos hartos de ver películas en las que se dan pistas falsas para desorientar sobre las causas y objetivos de un crimen. Dígame: ¿cuál es la pista falsa más habitual?

—Meter en el gazon del cadáver una botella de whisky o coñac para hacer creer que estaba embriagado.

—Perfecto, señor Carvalho. En el caso de Jaumá me parece que han hecho algo parecido.

—¿Apestaba a alcohol?

—No. A agua de colonia para higiene íntima de señora. Como si le hubieran derramado por encima un tonel lleno, ¿comprende?

—¿Se lo hizo ver a la policía?

—Yo no tengo tratos con la policía. He vivido muchos años exiliado en los países del Este y aún no tengo muy clara mi situación jurídica. Pero forcé a Concha para que lo comunicara y moviera incluso a un abogado. Ni la policía ni el abogado le hicieron el menor caso. Pero ella está decidida a investigar el asunto. Es entonces cuando yo recuerdo que Jaumá me había hablado varias veces de usted, incluso en ocasiones estuvo a punto de llamarle para encargarle investigaciones sobre casos de espionaje industrial. Jaumá era un manager importantísimo.

Representaba en el sur de Europa a la Petnay, una multinacional apabullante, y en ocasiones le hacían inspeccionar la situación en América Latina.

—No entiendo cómo un hombre tan importante pudo seguir recordando a alguien como yo, un encuentro fortuito y casi demencial sobre el Valle de la Muerte, una cena en el Fisherman's Wharf de San Francisco, concretamente en el restaurante del alcalde Aliotto, un mañoso de tomo y lomo. Finalmente una excursión en la que me despedí a la francesa. Y lo que me parece un misterio tan evidente o más que el que rodea la muerte de Jaumá es que usted haya dado conmigo aquí y sepa que soy detective privado. Cuando Jaumá me conoció yo aún vivía en Estados Unidos.

—Jaumá nos lo dejó todo muy fácil. En las páginas de su agenda figuran su nombre, tres direcciones posibles y el aviso a una de sus secretarias de que se pusiera en contacto con usted urgentemente.

—¿Tres direcciones?

—Ésta, la de un despacho que tiene usted en las Ramblas y la de su amiga: Rosario García López, alias Charo.

—¿Por qué me buscaba?

—Ése es otro misterio. Forma parte del misterio. Probablemente algo ligado con su empresa.

—¿Era celoso? ¿Podía sospechar de un posible amante de su mujer?

—¿Concha?

Por primera vez el maduro muchacho del jersey parecía sorprendido.

LA CENA en Aliotto tuvo un tercer personaje: Rhomberg, el inspector general de la Petnay en Estados Unidos. Carvalho llegó al Fisherman's Wharf sobre el tranvía de juguete de Power Street y con tiempo suficiente como para perderlo por las aceras llenas de voceadores de revistas underground, cantantes folk, melenudos técnicos en las más inútiles y baratas artesanías: hacedores de collares con pipas de girasol, joyeros de latón, poetas de ciclostil, pintores de la media luna que navegaba más allá de la Golden Gate como dispuesta a una voluntaria zozobra. Carvalho alejó la tentación de tomarse un cucurucho de cangrejo cocido como aperitivo porque presentía su estómago en tensión para la aventura de cenar en serio. Tenderetes rodantes ofrecían al paseante papelinas llenas de mariscos, a manera de consuelo por no poder entrar en los grandes restaurantes que les respaldaban o a manera de reclamo para que el transeúnte pasara a mayores. Carvalho no tuvo tiempo de vacilar. De un taxi bajó Jaumá en compañía de un evidente alemán. Nada más poner el pie en el suelo Jaumá sorprendió hasta a los mismísimos hippies con un histriónico aspaviento y el grito:

—¡Carvalho! ¡Por la langosta hacia Dios!

También la presentación del alemán llevaba la rúbrica de Jaumá.

—Dieter Rhomberg. El tercer hombre de la Petnay en la rama de productos que me afectan. Es decir: más poderoso que Franco. Esta noche

nos invita.

—¿Yo?

El alemán estaba más sorprendido que molesto.

—Hay que celebrar la victoria de los tuyos. Rhomberg a pesar de ser un jodido manager es socialista y de izquierdas. Apoya el ala «juso» de la SPD.

—Supongo que a tu amigo esto le interesará muchísimo —exclamó el alemán entre civilizado y exasperado.

—Mi amigo es de la CIA.

El estómago de Carvalho dio un vuelco en su caverna. En los ojos de Jaumá leyó la broma, pero la cosa ya estaba dicha.

—Sí, de la CIA. ¿Qué puede ser si no un gallego que viaja regularmente entre Las Vegas y San Francisco?

—Croupier.

—Eso es. Un croupier de la CIA.

—¿Por qué necesariamente de la CIA?

—Porque en España la CIA sólo recluta gallegos. Lo he leído en el *Reader's Digest*.

Jaumá reía su propio chiste y les empujaba hacia el Aliotto.

—¡Por la langosta hacia Dios! ¡Por la langosta, la patria y la justicia!

Media hora después seguía sin aparecer la sopa de ostras y la langosta al Thermidor que Jaumá había más elegido que aconsejado como menú. En ese tiempo bebieron dos botellas de Ries luig helado mientras Jaumá y Rhomberg se enzarzaban en una tecnificadísima discusión sobre la situación del mercado norteamericano y la necesidad de adaptar el estuchado de algunos productos a las claves del gusto adivinadas en los escaparates de San Francisco.

—Aún me reservo el juicio definitivo hasta ver las tiendas de

Hollywood. En un par de calles al pie de Beverly Hills está la concentración de tiendas de lujo más importante del mundo. Por encima de París y Nueva York.

—¿Qué fabrica la Petnay?

—Perfumes, licores, productos farmacéuticos.

Cuando pareció que el alemán no continuaba, Jaumá siguió la lista por su cuenta.

—Aviones de caza y bombardeo, sistemas de comunicación de altísima tecnología, de altísima «sofisticación» como dice la jerga especializada, papel, revistas, diarios, políticos, revolucionarios... todo eso fabrica la Petnay. Hasta la langosta que vamos a comer nos puede ser de la Petnay si es congelada. Tiene una de las redes pesqueras más importantes del mundo: consorcios en Japón, Groenlandia, USA, Senegal, Marruecos. En este restaurante, por ejemplo, todo puede ser de la Petnay, desde los vinos franceses falsificados en California hasta Herr Rhomberg o yo.

La sopa de ostras en opinión de Jaumá era de sobre. De lata, corrigió Carvalho.

—No hay sopa de ostras de sobre.

Carvalho y Jaumá se abstuvieron de tomar vino acompañando la sopa, según mandan los cánones; en cambio, Rhomberg se despachó una botella él solo, a vaso de vino blanco helado por cucharada de sopa. Jaumá justificó haber pedido langosta a la Thermidor porque era la fórmula culinaria que mejor disimulaba lo insípido de las langostas yanquis.

—Grandes pero sin sabor. Usted, Carvalho, será mi invitado en mi finca de Port de la Selva, en la Costa Brava. Hay que ir a la subasta de Llansá y allí se ven unas langostas vivas, rojas, no muy grandes, auténticamente pescadas, no de vivero, langostas rabiosas a las que hay



que trocear con cuidado para... ¿A que no sabe usted para qué, Carvalho?

—Para que no pierdan el agua interior, es decir, la sangre. Es su principal sabor. También hay que quitarles el intestino de una pieza. Sale fácilmente tirando desde la cloaca que está en la aleta central del timón.

—¡Asombroso!

Reía el alemán, al que el vino blanco producía el efecto de ponerle la cara al rojo vivo.

—¡La gastronomía y las mujeres nos han salvado de la desesperación franquista!

Gritó Jaumá ante la sorpresa general. Jaumá repitió su grito en inglés dirigiéndose a la mesa más poblada: cuatro matrimonios blanquinosos, ellos con trajes príncipe de Gales verde y ellas vestidas como Piper Laurie en *Su Alteza el Ladrón*. Rhomberg ya estaba lo suficientemente borracho como para no sentirse incómodo. Dio varios vivas al socialismo y brindó por la próxima caída de Franco.

—Parece mentira que los españoles lo hayan aguantado tanto. La quejosa observación iba dirigida a Carvalho.

—Preocúpense ustedes del centinela de Occidente que tienen en casa: Willy Brandt.

—¿Qué tienen que decir ustedes de Willy? Los españoles no pueden criticar a nadie. ¡Aguantar a Franco treinta años!

—Ustedes nos lo dejaron como reliquia, ustedes hicieron posible que ganara la guerra.

Carvalho estaba molesto consigo mismo. Odiaba las actitudes apasionadas. La tendencia masoquista de los hombres y los pueblos fuertes hizo que el alemán agachara las orejas y Jaumá, borracho y lúbrico, se puso de pie sobre su cadáver gritando:

—¡Esta noche nos acostaremos con quinientas mujeres! Rhomberg puede con todas ellas. ¿Ha visto usted el sexo de Rhomberg?

—No tengo el gusto.

—Yo se lo he visto en una playa de Mikonos que se llama Super Paradise. Pasamos juntos las vacaciones de verano, con familias incluidas. Por donde Rhomberg pasa no vuelve a crecer la hierba.

Rhomberg reía con el color del rubor sumado al del vino.

—Paga la Petnay. Vamos a buscar quinientas chicas. Cuatrocientas noventa para Rhomberg, cinco para usted, Carvalho, y cinco para mí. Hay que buscar mujeres con los dientes delanteros rotos para que la chupen mejor. Y si no los tienen rotos, las llevaremos a un dentista para que se los quiten civilizadamente.

Rhomberg fue seriamente amonestado por haberse dejado los habanos en el hotel. Los puros americanos son infumables, coincidían Carvalho y Jaumá. Por fortuna, en el repertorio tabaquero del restaurante figuraban unos aceptables Macanudos jamaicanos que provocaron una seria meditación de Carvalho sobre la cultura del tabaco.

—Son perfectos de elaboración, pero ni se acercan al aroma de los habanos.

—Yo creo que las elaboraciones han bajado en Cuba. El mejor tabaco cubano hoy día es el que vende Davidoff con sus etiquetas, pero las marcas tradicionales han bajado. Lo que sigue siendo incomparable es la calidad del tabaco. Este Macanudo es excelente en cuanto a consistencia, a tacto, pero huele, huele, Carvalho. No huele a nada.

Después pasaron a la elección de la copa. Rhomberg se fue a por un whisky etiqueta negra, pero Carvalho y Jaumá optaron por un Marc de Borgoña el primero y de Champagne el segundo. Se fueron encaramando por la noche, y con los años Carvalho sólo recordaría que horas después abrió los ojos en una habitación almohadillada en la que Jaumá jugueteaba con tres negras desnudas, Rhomberg dormía junto a una muchacha blanca que se cortaba las uñas, las piernas cruzadas, los senos

casi apoyados sobre las rodillas. Carvalho tenía una mujer debajo. Ella miraba al techo y cantaba un fox lento.

CONCHA Hija de Jaumá tenía los pechos tristes y posiblemente avenados. Lo primero se deducía de la disposición colgante, opuestos por el vértice que adoptaban como insuficientes frutas del mal colgadas de un esternón demasiado ostensible. Lo segundo podía pensarse ante la transparencia de su piel, que revelaba ríos de sangre en las sienes, las manos, los brazos. El patetismo de sus venas enramadas se completaba con el medio luto de sus ojeras de viuda, milagrosamente diseñadas por la naturaleza en un par de semanas. Había sido educada en colegios ingleses y en cuarteles españoles bajo la prudencia táctica de un general que ejerció poco como militar aunque lo fue mucho y poco como miembro de innumerables consejos de administración. Educación rica y autoritaria la de aquella muchacha que fue a Barcelona a estudiar medicina (el doctor Puigvert le había quitado una piedra a papá) y a las dos semanas había descubierto el sexo gracias al joven estudiante Jaumá y la política gracias a su amigo Marcos Núñez. De hecho ni Jaumá con el sexo ni Marcos con la política consiguieron alterar en lo fundamental a aquella señorita que sólo se comprometió con los aspectos más formales de lo uno y lo otro.

—Es absolutamente virgen. Radicalmente virgen.

Concluye Marcos Núñez su balance ya con la puerta del salón abierta de par en par y aparecida la señora Jaumá. Carvalho saborea a la mujer e imagina sus vencimientos. Hubiera sido estimulante en vida de su

marido, fascinante penetrar en aquella fortaleza litúrgica donde podía ser cuestión de culto hasta el empleo de alguna que otra blasfemia liberadora.

—Me han dicho hace media hora que estabais aquí y no sé, no sé dónde tengo la cabeza.

No parece pedir compasión por su condición de viuda, sino respecto a su derecho de perder la cabeza. Cuando Carvalho es presentado, la dama le pasa revista y en un momento sabe si Carvalho en las comidas se limpia la boca con la servilleta antes de llevarse la copa a los labios y si el detective la mira como a una viuda desocupada. La comprobación de que Carvalho con toda seguridad se limpia los labios y al mismo tiempo la repasa como un animal desdeñoso pero voraz, desconcierta un tanto a la señorita viuda. Necesita refugiarse en el papel más convencional y así lo hace poniendo una cierta humedad en sus ojos, cansancio en sus manos apretadas sin fuerza y ansiedad en una voz de soprano que ha dormido poco:

—¿Ya está enterado?

—Sí. Ya sabe tanto como nosotros.

—Nos ayudará, ¿verdad? Antonio se lo merece. Era tan leal con sus amigos, más incluso que para su familia, que para mí.

—No era amigo mío. Prefiero que esto quede claro. Le traté durante unos días hace años y me pareció un tipo notable, eso es cierto. Pero no era mi amigo.

—¿Nos ayudará igual?

—Si recurren a mí profesionalmente, sí, les ayudaré.

—Tengo dinero y quiero llegar hasta el fondo. Es intolerable que haya prosperado la tesis oficial y que todos se hayan empeñado en echar tierra sobre el asunto.

—¿Quiénes?

—Desde mi padre hasta la compañía, la Petnay. Mi padre movilizó a todas sus influencias para que el hecho no trascendiera. La Petnay no quiere verse salpicada por una historia tan «turbia» y prefieren indemnizarme, aconsejándome al mismo tiempo que, por favor, no remueva las cosas. No estoy de acuerdo. Lo hago por mi marido, por su memoria, que es la memoria que heredarán mis hijos.

Según le había contado Marcos en el trayecto desde Vallvidrera, Concha Hajar había llegado a militar políticamente en la Facultad de Medicina. Pero a sus cuarenta años hablaba como hubiera hablado su madre a los cuarenta años, como esperaba que hablase su hija a los cuarenta años.

—No repare en gastos.

—No repararé. Mi tarifa es de dos mil pesetas diarias, con un tope negociable de sesenta días. En casos en que hay un litigio entre compañías aseguradoras, suelo cobrar un tanto por ciento de lo que finalmente cobra mi cliente. Pero según insinúa usted no ha habido problemas ni con el seguro ni con la compañía.

—No.

—En ese caso quiero además del sueldo diario una prima de cien mil pesetas si resuelvo el caso dentro de estos sesenta días. —¿Cuándo empezará?

—Ahora. Aquí. Con usted. Dígame, sinceramente, ¿tenía algún lío su marido que pudiera convertirle en blanco de una venganza?

—Aunque no lo parezca, también las mujeres somos las últimas en saberlo. Antonio era muy juguetón y parecía como si se lo fuera a comer todo con los ojos. Pero a la hora de la verdad, nada de nada. Se gastaba toda la pólvora en salvas. Tenía fama de mujeriego porque siempre hablaba de mujeres, con mujeres y en aquel tono: serás mía, no te resistas, vete al dentista y que te quite los dientes de delante... etc., etc.

¿A que le suena? Era previsible. No hablaba de otra cosa. Pero del dicho al hecho.

—Cuando usted expuso sus reservas sobre el dato del olor a perfume, ¿qué le contestó la policía?

—Prefiero olvidarlo. No se caracterizó precisamente por su delicadeza.

—No lo olvide y dígamelo.

—Repugnante. «Tipos así, señora, y usted perdone, tienen las chaladuras más increíbles. Hay quien se hace pegar, quien se hace... en fin... aguas mayores y menores. ¿Por qué no iba su marido a tener la manía de empaparse en perfume?».

—Según el forense ¿había hecho el acto sexual aquella noche?

—Había ciertas pruebas de eyaculación, pero no podía determinarse si como consecuencia de una simple excitación imaginativa o de pasar a mayores. Al no encontrar los calzoncillos, ha sido más difícil determinarlo.

—¿Y las bragas?

—¿Qué quiere decir?

—¿Cómo eran?

—No lo sé. No lo pregunté. Comprenda. Me dijeron: son unas bragas de mujer, y ya está.

—Necesito saber cómo eran.

—No lo entiendo. ¿El modelo?

—No. Sobre todo si eran usadas o no, es decir si cuando se las metió en el bolsillo o se las metieron acababan de ser usadas o estaban limpias o eran nuevas, por estrenar.

—¿Y cómo me entero yo de eso?

—Su abogado. Su padre. O aquí el amigo.

Marcos Núñez parece haberse desentendido del asunto y olisquea más

que mira los libros de las estanterías. Un comedor-living donde caben veinte parejas bailando el rock, pero que nunca albergará a veinte parejas bailando el rock. Cuadros de firmas todavía aventuradas: Artigau, Llimós, Jové, Viladecans y uno ya en las puertas de la consagración, un Guinovart de 800.000 pesetas. Decoración clásica para sentarse y de vanguardia para iluminarse, cocodrilito disecado y mobil pop art. Ni una partícula micromilimétrica de polvo. Al salón llega el ruido marchoso de una criada que recorre el pasillo sobre bayetas enceradoras del parquet de roble. La señora viuda de Jaumá trata de imaginar unas bragas que no son suyas. Carvalho trata de imaginárselas puestas sobre las patrias más exactas de cualquier cuerpo de mujer.



CHARO desnudó las pupilas, lo único que tenía tapado.

—¿Son horas de dormir?

Como en un acto reflejo, la muchacha tiró de una sábana para cubrirse, pero ya Carvalho corría la cortina de un tirón y la luz de abril se apoderó de la habitación.

—¡Bestia! ¡Me hacen daño los ojos!

De un saltito abandonó Charo la cama. Se metió en el cuarto de baño no sin antes haberle pegado a Carvalho un puñetazo en el estómago.

—No puedo esperar a que salgas. —En seguida estoy.

—Ya me sé el rollo. Te dejo sobre la mesilla una foto y quisiera que recordaras primero si ha sido cliente tuyo o si puedes preguntárselo a alguna colega. Pero, insisto, colegas tuyas.

—¿Y qué soy yo, Pepiño, amor mío?

Carvalho se inclinó hacia la puerta parlante para darle un suave puñetazo y contestar:

—Una puta cara de teléfono.

—Gracias, Pepiño. Eres muy amable.

—Si descubres algo estaré en el despacho hasta la una, luego me daré una vuelta por los billares. Comeré en el Amaya.

No quiso quedarse a oír las explicaciones o preguntas de Charo. Ganó la calle con ganas de recuperar la soleada mañana y llegar cuanto antes a

las Ramblas. Se dejó llevar por la pendiente hasta el puerto, donde la luz de abril se adueñaba definitivamente de la ciudad. Si permanecía quieto, el sol le calentaba la chaqueta excesivamente invernal y sentía el cuerpo como recocado y ansioso de frescores. Lleno de calor y de luz inició el remonte de las Ramblas como un animal que hubiera repostado energía de mar, aire y luz, y con empuje subió de dos en dos los escalones de madera del caserón en otro tiempo casa de putas de Madame Petula y en la actualidad compartimentada colmena de despachos de industrias menores: fabricantes de colonia por lo libre, abogado de vicetiples y pequeños hampones, un gestor, un periodista ansioso de hundirse en los fondos del Barrio Chino para escribir una novela de realismo urbano, una vieja callista, una modista, una minipeluquería para dientes habituales desde la Exposición de 1929, algún que otro estudio habitado por pelotaris del frontón Colón y chicos del conjunto Barcelona de Noche. El despacho de Carvalho era un pequeño apartamento de unos treinta metros cuadrados: un despacho propiamente dicho, verdoso, con muebles de oficina de los años cuarenta; una pequeña cocina con nevera y un retrete. Al cuidado del despacho estaba Biscuter, ex compañero de cárcel de Carvalho. El detective nunca había sabido su nombre. Durante años de vez en cuando se decía: He de preguntarle cómo se llama. Pero el uso continuado de Biscuter cumplía la función y le desmemoriaba. Obseso por los coches ajenos, Biscuter había sido culito de cárcel durante quince años de larga adolescencia: de los quince a los treinta. Pequeñísimo, con cabeza de hijo de fórceps, de cómica calvicie con los parietales llenos de rubia vegetación hirsuta, pómulos colorados sobre un rostro harinoso, gruesos labios rosas caídos, ojos de pescado hervido, estaba orgulloso de su nervio, de su vitalidad cotidianamente puesta a prueba en el servicio de Carvalho. Se encontraron en la calle a pocas manzanas de la Modelo. Biscuter le pidió cinco duros.

—Para coger el autobús, jefe. He perdido la cartera.

—Te la va a devolver la policía como te vea merodeando por aquí,

Biscuter. ¿No me reconoces?

—¿A ver? ¡Hosti!... ¡El estudiante!

Así llamaban los delincuentes comunes a Carvalho durante su encarcelamiento. Invitó a comer a Biscuter y recordaron los platos que habían conseguido guisar en la cárcel de Lérida mediante un escobillómetro hecho con una gran lata de tomate y otra más pequeña de pimientos morrones llena de alcohol de quemar y mecha de gasa.

—¡Hasta una bullabesa de chatka hizo usted, jefe!

Desde que Carvalho saliera de la cárcel, la historia de Biscuter era una lista de entradas y salidas. Se le quitó el vicio de robar coches, pero no los antecedentes, y en cualquier redada caía un Biscuter desempleado, víctima de la Ley de Vagos y Maleantes.

—Si encontrara un trabajo.

—¿Te importa trabajar conmigo? Cuidas un despacho pequeño. De vez en cuando me haces el café o una tortilla de patatas, que es lo tuyo.

—¡También sé hacer la bechamel, jefe!

—Bueno, me arriesgaré a probarla. Puedes dormir en el despacho, te pago la comida y te doy dos o tres mil pesetas al mes para tus gastos.

—Y un certificado para que no me enchironen otra vez.

—Y un certificado.

Biscuter no se había movido desde entonces del pequeño mundo ramblero del detective. En ocasiones colaboraba en alguna de sus investigaciones instrumentalizando su aspecto de infeliz.

—Le tengo el café a punto, jefe... Brrrr... Brrrr...

Biscuter se acompaña de sonidos de motocicleta de 750 centímetros cúbicos. Especializado en el robo de coches grandes para lucirlos por Andorra, Biscuter de sus pasados esplendores sólo conservaba el

lenguaje. Cuando era feliz sus labios parecían un tubo de escape a todo gas y cuando era infeliz, cuando quería indicar que algo había salido mal, el Brrrr... Brrrr... se convertía en un triste, desalmado piffff... piffff... piffff...

—Ponme un tazón casi lleno y luego echa un vistazo a ver si está el Bromuro.

—A la orden, jefe... Brrrrr... Brrrrr...

Biscuter conocía la temperatura del café que aceptaba el delicado paladar de Carvalho, nada amante de las bebidas bullientes. El detective bebió lentamente la taza mientras concertaba la conferencia telefónica con San Francisco. Dieter Rhomberg probablemente no estaba en la ciudad, pero por la noche tenía una cena de negocios en el Fairmont. La estampa del restaurante rodante del último piso del Fairmont, con el bufet escandinavo y las camareras a medio camino entre el disfraz de walkiria y el de chica de conjunto de una comedia musical envejecida, rodó por los ojos de la memoria de Carvalho. Se veía a sí mismo subiendo al ascensor exterior que le encaramaba sobre la ciudad y desvelaba paulatinamente el misterio de sus perspectivas, ciudad asentada sobre colinas empinadas en la que todas las rampas parecían querer suicidarse en la bahía.

—Rhomberg es un hombre muy cariñoso, a pesar de su aspecto tan cerebral. Tenía un verdadero cariño a Antonio. Él podría ayudarle —le había dicho «la muchachita de Valladolid».

—Jefe, el Bromuro ha ido al médico y ha dejado el recado de que no estaría hasta la una.

—¿Qué le pasa?

—No sé. Ha ido a hacerse un análisis de orina.

—Debe de seguir la pista del bromuro que según él nos ponen en todo lo que comemos y bebemos para que no caigamos en la lujuria.

—Algo de eso debe de haber, jefe, porque a mí no se me levanta desde hace meses.

Carvalho volvía a empuñar el teléfono:

—¿El Banco Urquijo? Con el servicio de estudios, por favor. El coronel Parra. Perdón. Pedro Parra.

A Pedro Parra le conocían en la Universidad por el coronel Parra. Estaba obsesionado con la posibilidad de montar un movimiento de resistencia antifascista en las montañas y se entrenaba todos los domingos subiendo y bajando peñascos. No desperdiciaba ocasión para hacer la vertical, la media plancha y demostrar su forma física. Concertaba las citas clandestinas en las montañas cercanas a la ciudad, siempre en lugares a donde se llegaba entre jadeos, con medio resuello empleado en mentarle a la madre y el otro medio en operaciones de la más estricta supervivencia respiratoria. De aquel coronel Parra poco quedaba. Técnico economista al servicio del Banco Urquijo, sólo el triángulo de sol, estigma de esquiador empedernido, señalaba más allá del abierto cuello de su camisa la nostalgia o la llamada de las montañas.

—Pepiño, ¿aún vives?

—Pedro, necesito tu ayuda.

—Tú tan directo como siempre. Venga.

—Necesito que me asesores sobre la Petnay, la multinacional. Negocios mundiales. En España. Lo que se sabe y lo que no se sabe.

—Léete cualquier libro sobre la caída de Allende y te enterarás de todo sobre la Petnay. Al menos en el aspecto internacional. Sobre lo de España, te puedo echar una mano. Aquí trabaja gente en lo de las multinacionales. ¿Qué pasa? ¿Vuelves a la política?

—De eso nada.

—A ver si aprovechamos la ocasión y nos vemos. Un paseíto por la montaña para recordar viejos tiempos, Ventura. —Ventura ¿qué?

—Pero ¿es que has olvidado tu «nombre de guerra»?

EL BROMURO se le echó sobre los zapatos y antes de que Carvalho abriera la boca ya se los había cepillado.

—Andas como un señor, gastas como un señor, comes como un señor y llevas los zapatos más abandonados que las alpargatas de un basurero.

—Los basureros ya no van con alpargatas.

—Tú ya me entiendes.

—Oye. Abre bien las orejas y te hago rico. Encontraron un hombre muerto, sin calzoncillos y con unas bragas en el bolsillo, cerca de Vich.

—¿Un fabricante de salchichón?

—¿A qué te huele?

—¿Estaba pinchado?

—No. Un tiro.

—Raro. En general los macarras pinchan, porque el asunto huele a macarra. ¿Se sabe de quién son las bragas?

—No seas imbécil. ¿Si se supiera de quién son las bragas tú crees que haría falta un detective privado? Abre las orejas, Bromuro, y a ver de qué te enteras.

—¿Qué tipo de puta podía haber por medio?

—Cara. Era un tío con pela larga, con necesidad de ser discreto y probablemente abonado a dos o tres fijas.

—Pepe, llevo cuarenta años viendo esta ciudad de abajo arriba, con

los riñones hechos polvo pero con los ojos sanísimos, y sería el primer caso de macarrón de lujo criminal. Una paliza, aún, eso sería normal. Pero un crimen y a tiros. No me suena, Pepe. Entre putas de baratillo aún, pero entre las de alto nivel, no, no me suena.

—Necesito que escuches todo lo que pueda oírse sobre el asunto.

—Cuando termine contigo me voy al lavabo, meo lo que tengo que mear a esta hora, me lavo las orejas con jabón y a escuchar.

—¿A qué has ido al médico?

—A llevarle un puro, ¿no te jode? Que estoy mal, muy mal. A ver si te enteras. Los riñones de corcho, el estómago de mierda y mira qué lengua.

A la altura de las rodillas de Carvalho apareció una lengua erosionada por toda la nicotina de este mundo y por tramas de telillos blancos y amarillos.

—Esconde esa basura, que me remueves el estómago.

—Que estoy mal, que os lo vengo diciendo y ni caso. Me ha puesto a régimen el hijo puta del médico del Seguro. Carne a la plancha, verdura y fruta del tiempo. Ya ves. Yo, que como un vermut, una tapita de esto o aquello y un carajillo de postre. Por veinte duros salgo todos los días. Con veinte duros no tengo ni para una manzana. Es que no piensan, tú. Se gastaron todo el cerebro en estudiar la carrera y luego se acabó, a joder la marrana, a chingar a todo Dios y a sacarnos los cuartos. Y te pongas como te pongas, las cosas son así. Porque si se te ocurre no hacerles caso, igual te mueres. No sé cómo se lo hacen, pero así pasa. Mira mi cuñado. Estaba algo pachucho y va al médico. Cáncer, le dice. Cáncer lo tendrá su padre, le contestó mi cuñado. Pues bien. Tenía cáncer y se murió tres meses después. Yo creo que se murió porque se enteró de que tenía cáncer. Y casos así, a miles. Tú estás tan tranquilo, vas mañana al médico, te dice: cáncer, y Pepe, te lo puedes creer, te viene un cáncer.



Nunca te arreglan nada, y sobre todo a mi edad. A estas alturas ya sólo saben decirte el mal del que has de morir.

—Pensaba que habías ido para consultar lo del bromuro.

—¿A ese esaborío? Es mi médico desde hace... bueno... desde que empezó lo del Seguro, cuando los bedeles iban disfrazados de mariscal Goering. Lo del bromuro se lo he dicho mil veces y ni caso. ¿Por qué te crees que la gente se muere tanto ahora? De las porquerías que los gobiernos echan en las aguas para tranquilizarnos.

El Bromuro se asegura de que nadie escucha.

—¿Por qué te crees tú que Franco duró tanto? Porque estábamos como atontados y era del bromuro que nos echaban en el agua y en el pan.

—Tú no pruebas ni el agua ni el pan.

—Pues en el carajillo. ¿O es que te crees que el café se hace de vino? El agua del café, ahí te pillaba el bromuro. Mira lo que te digo, Pepe. Si yo tuviera algún poder político, que no tengo ninguno, lo que haría sería denunciar el uso y abuso del bromuro bajo el franquismo. ¿No estamos en pleno período de revisión? ¿Quieres tú una mayor violación de los derechos humanos que el empleo del bromuro contra toda una colectividad?

Con el cepillo en una mano y la oratoria en la otra, incluso de rodillas ante los pies que debía limpiar, algo de senatorial se había posesionado de los rasgos y los gestos del Bromuro.

—Te promocionaré para las próximas elecciones. Recogeremos firmas en el barrio y serás el senador de las Ramblas.

—El representante de las putas, los golfos y los detectives privados.

—Pero no bases tu campaña únicamente en lo del bromuro. Podrían tomarte por un ecologista.

—No te quedes conmigo, Pepe. Ecololeche.

—Son esos tíos que protestan contra la contaminación de los ríos y

del aire.

—Al lado de lo del bromuro, eso nada. ¿A mí qué cono me importa que no haya truchas en los ríos? ¿Cuántas truchas te has comido tú en tu vida, Pepe, anda, cuántas truchas?

—Una veintena.

—¡No te jode! ¿Tú armarías la marimorena por veinte truchas?

—Bromuro, de lo último que querría hablar yo contigo es de ecología. Métete en lo del muerto.

—Limpiabotas, a tus botas; zapatero, a tus zapatos. Así os va a los señoritos. Cuando se os invade el terreno, eh, tú, para el rollo; a lo tuyo, Bromuro. Y así uno se queda en silencio toda la vida, y uno tiene cosas que decir. Aquí donde me ves yo le escribí una carta al general Muñoz Grandes porque decían que era íntegro y yo lo había tenido de oficial en la campaña de Rusia. Le expliqué todo lo que yo sabía sobre el bromuro, de camarada a camarada, de ex divisionario a ex divisionario. ¿Tú me has contestado? Él tampoco.

Salen mil pesetas del bolsillo de Carvalho y el Bromuro las coge al vuelo sin dejar de tocar el violín con el cepillo y se las guarda como si quisiera dejar el billete suavemente en descanso.

—No te preocupes, un encargo tuyo es una orden.

En su sitio los últimos brillos, Carvalho ladea los pies para comprobar todos los posibles reflejos de sus zapatos y descabalga del trono. Deja diez duros en la mano del limpiabotas y camina con parsimonia entre los billares apagados. Una cúpula de luz desciende sobre el billar rinconero, donde las bolas ruedan conscientes de su color, envejecido suntuosamente en las blancas y rojo inquietante en la otra. Un viejo carambolero unta con lentitud de misa la punta del taco mientras con los ojos ranura estudia la próxima tacada. Tiene tripita de jugador de billar. Esa tripita que ha de hundirse antes de cada jugada para evitar

rozar el canto de la mesa, precipitando cataratas de cerveza y carajillos en los pozos internos del cuerpo. Da una vuelta completa el carambolero en torno a la mesa mientras su antagonista sorbe una copa de anís sin quitar los ojos del tapete verde donde las bolas representan su obligado papel de animales sin nervios. Nunca se sabe si la luz descende de la metálica lámpara cónica o si nace del tapete en busca del embudo colgante. Pero lo cierto es que de la oscuridad ha nacido este pequeño teatro y el carambolero gordo empuja una bola, sigue su estela fría y la ve chocar y chocar mientras ya levanta la mano para detener nadie sabe qué movimiento y para iniciarla en la búsqueda del mágico cubito de tiza azul que pondrá puntería y deseo en la punta de su taco.

JAUMÁ y Rhomberg le esperaban en la puerta del Holiday Inn de Market Street. Carvalho dio una vuelta más en su Volkswagen buscando aparcamiento y luego se entregó a la verbalidad receptora de un Jaumá que contradictoriamente confesó estar deprimido.

—La perspectiva de una excursión paisajística no es muy estimulante para mí. Menos mal que al final del viaje está Las Vegas otra vez. Tengo alma de jugador. ¿Es usted jugador, Carvalho?

—No. A veces he ido a los casinos de Las Vegas y apenas si me he gastado diez dólares en las tragaperras. No entiendo los juegos de tapete.

—¿Ni la ruleta?

—No me interesa. Ni siquiera enterarme de la liturgia.

Dejaron que Rhomberg ultimara los trámites de contratación del coche en el mostrador de la Avis y que tomara la iniciativa de ponerse al volante. Jaumá se sentó junto al alemán y Carvalho se tumbó más que se sentó en el asiento trasero. De vez en cuando interrumpía a Jaumá para señalarle algo notable del San Francisco que abandonaban en pos de Los Ángeles, pero la desgana receptiva de sus acompañantes era tan evidente que adoptó un silencio adormilado. Se despertó zarandeado por un Jaumá risueño que le obligaba a mirar por la ventanilla. El coche estaba parado en una gasolinera y el espectáculo propuesto consistía en un Dieter Rhomberg dialogante con dos jóvenes chicanos encargados del poste de

gasolina.

—Observe la infinita paciencia condescendiente del ario puro.

Rhomberg parecía querer explicar algo a los chicanos y éstos le escuchaban con malicioso interés. Las manos de Rhomberg señalaban hacia el este y trataban de dibujar algo en el aire. Los chicanos repetían sus gestos.

—Parece un descubridor enseñando al que no sabe.

Por la vegetación y la libertad del paisaje, Carvalho supuso que habían corrido bastante hacia el sur en dirección a las playas de Misión Carmelo.

—¿Falta mucho para Carmel Beach?

—No. Me gustaría que almorzáramos allí. ¡Dieter! ¡Dieter! ¡Déjales en su ignorancia y vuelve!

Dieter, de un brazazo dejó en el aire el signo de la impotencia didáctica y volvió hacia el coche.

—¿De qué hablabais?

—Me preguntaban que dónde estaba Europa.

Ante la impasibilidad un tanto impaciente de Rhomberg, Jaumá rio hasta las lágrimas.

—No veo la gracia. Me han preguntado si era de los del cine y les he dicho: soy alemán. ¿Dónde está Alemania? Me han preguntado. Yo no podía creerlo. ¿No habéis ido a colegio? Sí, sí. Han ido a colegio. Muy bien. ¿No os han enseñado dónde está Alemania? No. En Europa. Europa sí la conocían, pero no sabían muy bien si estaba en el Indico o en el Océano Glaciar Ártico. Alemania, Alemania, les decía yo. Brandt. Adenauer. Nada. Hitler. Eso sí. Sabían que Hitler tiene algo que ver con Alemania. Luego me han preguntado si Alemania es más pequeña que Méjico o Estados Unidos. ¿Oís bien? ¿Qué geografía enseñan en este país de mierda?

—La indignación de Rhomberg me recuerda la del sabio geógrafo Paganal en Los hijos del capitán Grant cuando descubre que los ingleses en sus colonias han enseñado la geografía de tal manera que los nativos creen que todo el mundo es británico. La óptica del colonizador y la óptica del colonizado. Cuando se trabaja para una multinacional el mundo adquiere otras divisiones geográficas. Yo podría dibujar un mapa continuo extendido por los cuatro continentes a partir de la expansión de la Petnay. Un director general de la sección británica me lo explicó un día: Cuando un ejecutivo de la Petnay se tira un pedo en Calcuta, el olor llega a Chelsea. Yo pensé que sería al revés. Cuando un ejecutivo se tira un pedo en Chelsea, seguro que lo huelen en Calcuta. Usted no sabe lo que es una multinacional como la Petnay. Reúne más información que un Estado y dispone de tantos resortes políticos como el Departamento de Estado. Imperio Petnay. Capital: San Francisco.

—¿No está en Londres la central de la Petnay?

—Ésa es la central vistosa, la central que se enseña. Pero la verdadera está en San Francisco.

Rhomberg miró de reojo a Jaumá reconviniéndole, pero Jaumá observaba el paisaje fugitivo como si de él emanara el texto de su discurso.

—Es un alivio hacer un viaje de placer en compañía de un inspector de ideología socialista y de un compatriota inteligente. ¿Sabía usted que los españoles somos los mejores capataces del mundo? ¿Duda usted de que ésa sea nuestra misión en el mundo del futuro?

—Cuando yo era más joven creía que los españoles sólo podíamos ser víctimas o verdugos. Lo de capataces se me escapa.

—Pues no hay duda. La historia de la emigración económica y política de España está llena de capataces. Desde el siglo XIX. Emigrados políticos y económicos han nutrido Europa y América de excelentes

capataces. Mi padre se exilió en 1939 y fue capataz forestal en el sur de Francia hasta que tuvo que escapar de los alemanes. De Dieter y sus muchachos.

El gruñido de Dieter demostró una desaprobación rutinaria, como si respondiera a una broma ya muy repetida.

—Es curioso. Mi padre también se exilió en 1939 y también llegó a capataz de unas canteras cercanas a Aix-en-Provence.

—¿Lo ve? Y yo tengo una explicación. En parte conecta con su teoría de la división entre víctimas y verdugos. Los españoles víctimas están dotados para ser capataces en países extraños. Tienen el miedo del perdedor y la voluntad del superviviente, la dureza del que no puede volver atrás. Yo mismo. Yo soy un capataz y Dieter un inspector de capataces.

—¿Es usted un perdedor, un superviviente, un hombre que no puede volver atrás?

—Yo diría que sí. Casi todos los de mi promoción de la Facultad de Derecho, o son abogados laboristas a punto de merecer diez líneas en la Enciclopedia Soviética, o son abogados de postín social y económico. Yo fui un vagabundo que no se quedó para «defender a la clase obrera», ni para hacer una carrera social brillante. Tengo instinto de superviviente y he conseguido un puesto de capataz en la multinacional más poderosa del mundo. No puedo volver atrás. Significaría volver a empezar, sacar a los niños de un colegio con árboles donde aprenden el francés hasta los diez años y el inglés a partir de los once, dejar de ser socio del club de golf, perder la amarra y el yate de quince metros. ¿Qué harían sin mí el Reclús y el Quimet?

—¿Quién?

—El Reclús y el Quimet son los dos marineros que he contratado para mi barco. Lo tengo en el puerto de L'Estartit y apenas si lo utilizo para

irme a comer un bocadillo de jamón en las islas Medas, a las que se puede llegar perfectamente a remo, incluso a nado.

La primavera multiplicaba las flores asomadas sobre las bajas cercas que enmarcaban las casas de un supuesto estilo californiano. Casas de madera oscura, con el sello de singularidad en oposición a los barrios enteros de chalets prefabricados que habían dejado atrás antes de adentrarse en Carmel Street. Eucaliptos, naranjos, Limoneros configuraban un marco casi mediterráneo de no ser por la luz más nórdica, más delimitadora de los contornos. A Carvalho aquel paisaje descendiente hacia las largas playas de arenas blancas le parecía un ejercicio imitativo comparable al del champán o el vino norteamericano y el ejercicio se desvirtuaba totalmente cuando aparecía la playa y el mar, ambos sin límites, de un azul continuo y vivo, mediante unas olas rítmicas y rodantes que en verano se convertirían en móviles pistas para el surf. Incluso la pulcritud del escenario impedía la consumación de la suplantación. Pulcras las arenas sin mácula de papel entregado al viento, pulcros los parterres de ducha diaria y los anglosajones blancos como la arena, siempre disfrazados de ir por la vida sin disfraz.



EL RESULTADO de la conferencia con San Francisco consiguió que Carvalho abriera la neverita de su despacho y se tomara de un trago un vaso de orujo frío.

—Rhomberg ya no vive aquí.

—¿Desde ayer noche?

—Desde hace meses.

—Yo llamé ayer noche y me dijeron que había salido, pero que volvería a dormir.

—Un error. Marchó con destino desconocido.

—¿Hablamos de la misma persona? Dieter Rhomberg. Trabaja de inspector de la Petnay.

—Trabajaba. Dejó de trabajar en la Petnay hace dos meses y se marchó con destino desconocido.

—¿No ha dejado ninguna dirección para que le remitan la correspondencia?

—No.

—¿Quién es usted? ¿Con quién hablo?

—No es asunto suyo, amigo.

Y colgaron. Esa voz de mujer no era la misma que le había respondido la noche anterior. Dieter Rhomberg había desaparecido en veinticuatro horas, convertidas ahora en dos meses y un despido. Otro

vaso de orujo le llevó a la evidencia de que no debía tomar un tercero. Concha Hajar se sorprendió de la brusca desaparición de Dieter Rhomberg.

—Imposible eso de los dos meses. No hace ni dos semanas que me llamó desde San Francisco para interesarse por mí y por los niños.

En la otra orilla del teléfono, la voz de la viuda Jaumá sonaba realmente sorprendida.

—¿Conoce usted su dirección en Alemania?

—Prácticamente vivía siempre en San Francisco cuando no estaba en viaje de inspección, sobre todo desde que se quedó viudo. Cuando vivía su mujer tenían un apartamento en Bonn. No sé si lo conserva. Me parece que sí. Tenía un hijo que fue a vivir con su hermana y él iba de vez en cuando a verle. La hermana vivía en Berlín.

Una hora después Carvalho sabía que el apartamento de Rhomberg en Bonn estaba cerrado desde hacía varias semanas y que su propietario había partido en viaje de «desintoxicación», según le reveló su hermana. Dieter había dejado la empresa profundamente asqueado de su trabajo y en una carta a su hermana le decía que iba a dar una vuelta por África en busca de las fuentes y no precisamente de las del Nilo, sino de «mis propias fuentes». A riesgo de pasar por un detective de película, Carvalho preguntó a la hermana de Rhomberg si la carta era indudablemente de Dieter. Una carta mecanografiada, pero la firma y el lenguaje eran de Dieter. En cualquier caso, las fechas se amontonaban sin sentido. La segunda voz de San Francisco, el alemán hacía dos meses que vagaba por el mundo. Según la primera, había salido pero no tardaría en volver. Según su propia hermana, el inspector de la Petnay le había enviado una carta hacía dos o tres semanas.

—¿Cuántas exactamente?

—No la tengo conmigo; se la di al niño. Conserva todas las cartas de

su padre y ahora no puedo preguntárselo; está en el colegio.

Poco variaba. Dos o tres semanas. Mentía la segunda voz de San Francisco o todo encajaba según una lógica que no pertenecía a un inspector internacional de la Petnay. Se despide hace dos meses, permanece irresoluto un mes y medio, escribe a su hermana y no decide realmente largarse hasta ayer y precisamente después de una llamada de Carvalho. La desconfianza no se la había proporcionado el oficio sino los genes. Desconfiado como mi madre, pensó Carvalho mientras las nieblas matutinas salían de su estómago y dejaban espacio libre para una hambre rotunda. Dudó entre encargarle a Biscuter que le improvisara una comida o patear Rambla arriba con Charo en busca de un restaurante propicio. Una súbita pereza telefónica le impidió citar a Charo y una incontrolada mecánica nerviosa le llevó a la Rambla y a la cavilosa selección de un restaurante cercano. Sé tomó un triple de cerveza en la Plaza Real añorando una perdida tapa de calamares en salsa con pimienta y nuez moscada que había caracterizado a la cervecería más multitudinaria del recinto. Flotantes en una agülla amarronada, momificadas patas de calamar se proponían suplir a ilustres antepasados. Lo malo de las culturas de lo fugaz es precisamente su fugacidad. Por esta cocina pasó un genio en el arte de guisar el calamar, creó la ilusión de un sabor eterno y se marchó dejando un vacío irreparable. Ni siquiera quedaba nadie en condiciones de ponerle en la pista del genio. Los camareros son pájaros de vuelo fácil y sobre todo en estos tiempos en que es camarero todo aquel capaz de ponerse una chaqueta blanca más sucia que la del día anterior, pero menos que mañana. Tras la centésima reflexión masoquista sobre dónde estarían los calamares de antaño; Carvalho decidió compensarse a sí mismo comiendo en el Agut d'Avignon, restaurante que le complacía por la bondad de sus guisos y le desagradaba por la poquedad de sus raciones. Cuando Gracián escribió que «... lo bueno, si

breve dos veces bueno» no pensaba en la comida o bien se trataba de uno de esos mugrientos intelectuales de mierda capaces de alimentarse de sopas de letras y un huevo tan huevo y tan duro como la forma de sus propias cabezas. «Hay que comer para vivir, no hay que vivir para comer», decía más de un filósofo rancio, ahora refrendado por especialistas en dietética sin otra ciencia donde caerse muertos que la represión del obeso.

Una tortilla de ajos tiernos para empezar, un plato de «múrgulas» con vientre de cerdo para continuar y finalmente un *bacallà a la llauna* previo a un plato de frambuesas sin ningún aderezo.

—¿Sin nada?

—Sin nada.

Le gustaba el aspecto clitoral de la frambuesa y su tacto de carne breve, ácida, menos lijosa para los dientes que la mora y con más entidad física que la fresa. El dueño del Agut d'Avignon parecía un señorito de los años veinte completamente arruinado en una noche loca de bacarrá y salvado para la normalidad gracias a las raíces de un restaurante llevado personalmente, como si fuera una mujer o una pluma estilográfica. Carvalho lo recordaba vagamente disfrazado de tuno vagante por los claustros de la Universidad del terror, con la bandurria en bandolera y el bigote de joven crápula de los años veinte convertido en un reclamo para muchachas locas por la música. Una noche debió entrar en este restaurante con la tuna y entre canción estúpida y canción estúpida comprendió que un restaurante es una patria, probablemente la mejor de las patrias, y se quedó para siempre. Carvalho lo veía con frecuencia en el mercado de la Boquería examinando con ojo de experto la mercancía, siempre vestido como si estuviera a punto de posar para una postal hectacrom donde el joven lord rodea el talle de una muchacha fresca e inglesa, al fondo una pradera de Sussex y en las nubes un angelete

portador de un pergamino con la leyenda: *I love you, milady*. El patrón del Agut d'Avignon seleccionaba la misma mercancía que hubiera seleccionado Carvalho, con una distante seguridad ejercida gracias al mutismo y al dedo con que señalaba lo comprable, en ocasiones incluso gracias a la ayuda de un bastoncillo delicado como una pluma. Bastaba el gesto del ya cuarentón joven crápula art deco para que las pescaderas o las carniceras pusieran en reserva lo señalado, y ahora Carvalho podía comer sin duda lo mejor del cercano mercado, más otras aportaciones interesantes que el patrón cultivaba en huertos y granjas especiales, a la manera de los restaurantes franceses, con dignidad profesional. La calidad de lo comido y lo por comer disculpaba la poquedad de la ración, que Carvalho atribuía menos a la usura que al deseo del patrón de que todos sus clientes estuvieran tan delgados como él, y aunque era evidente el fracaso de esta cruzada personal e intransferible, la clientela de médicos salía del restaurante satisfecha porque le habían dado la oportunidad de respetar el principio de dejar alguna hambre para la cena. Otro aforismo odioso para Carvalho.

—HE ESTADO a punto de llamarte, pero me ha dado pereza y me he ido a comer solo.

—Muchas gracias. Amabilísimo. ¿Y ahora qué? ¿A hacer la siesta?

—No hay otro remedio.

—Pues yo he ido a la peluquería y no estoy para que me despeines.

—¿Los días de peluquería no ejerces?

—Con los clientes me pongo una peluca. Morena los lunes, miércoles y viernes; rubia los martes, jueves y sábados. Si quieres, me la pongo.

—No.

El enfado dejó paso a la burla en la cara de Charo. Cogió la cabeza de Carvalho y le besó en los labios.

—Pobrecito. La puta de Charo le iba a dejar sin siesta. Ven, rey mío, ven.

Por el pasillo Charo se fue desnudando y a Carvalho se le limaban los nervios cuando veía el sol del culo temblando al vaivén de los pasos. La penumbra de la alcoba no conseguía ocultar lo contenido de las carnes de la muchacha, morenas de terraza y ultravioletas, pezones aún perezosos y una lengua que se clavó entre los dientes de Carvalho con la contundencia de un karateka. Charo le despegó las ropas como si fueran el envoltorio de un regalo precioso y se sentó en su pene mientras le frotaba el pecho con una mejilla de siempre sorprendente suavidad. Con morosidad fueron

acercándose los cuerpos a la cama sin perder el tiempo dando pasos, apenas permitiendo que los pies se deslizaran con voluntad de tardanza y lejanía, y ya en la cama Carvalho se tumbó frente al techo sustituido por la achinada cara de Charo, llena de calores internos, rubores de virgen mental. En la flotante continuidad de la caricia y el esfuerzo, los límites de la habitación fueron perdiendo presencia, de acero el vínculo de los sexos, concentrada en los labios y las lenguas toda la capacidad expresiva de los cuerpos. Lubrificados por sus propios jugos, se resbalaron para quedar desparramados, como un libro abierto aún unido por bisagras de brazos y piernas. La paz del techo descendió sobre Carvalho mientras con una mano trataba de dejar en los senos de Charo penúltimas solidaridades, un rescoldo de la intensa comunicación poniente, como un sol tardío sobre animales saciados.

Charo respetaba el primer tumor de Carvalho en el lavabo y ya no se sorprendía ante la súbita urgencia de huida que Pepe experimentaba después de hacer el amor, como si tratara de alejarse del escenario de alguna fechoría.

—Te llamaré.

Gritó Carvalho mientras se calzaba y del otro lado de la puerta le llegaba el repicar de los chorros de la ducha contra la bañera. Agradeció el aire más fresco del pasillo que le conducía a la nevera, donde le aguardaba una botella de champán correcto y frío. Bebió una copa con avidez y sintió dos alfilerazos en las quijadas mientras el frescor rubio le llegaba a un importante pozo del cuerpo. Desde el recibidor llamó a Marcos Núñez y quedaron citados a las doce de la noche en el Sot.

—Cuando usted vea a quince o veinte personas escuchando a alguien con un divertido aburrimiento, búsqume entre ellas. Seguro que el que está hablando soy yo.

La calle la compartían camionetas de reparto y putas viejas con

jerseys de lana de angora que parecían tapaderas de tinajas. En una mano un monederito deslucido por añejos sudores y en la otra el gesto de la busca o la uña apropiada para vaciar de hebra de carne de estofado un pasadizo entrañado entre el incisivo y el primer molar. El mismo dedo aprovechaba el viaje para repartir el carmín sobre los labios o vaciar la oreja de picores, caspa, ceras viejas. Los mozos de furgoneta repartían su cansancio de tarde entre un parsimonioso ir y venir de colmados y bares cavernosos a decaúves de Sánchez Hermanos o Fenogar Productos Congelados y algún que otro requerimiento a las viejas mancebas.

—Abuelita, ¿por qué tienes las tetas tan grandes?

—Porque me las chupa tu padre.

Un borracho calcula la distancia más corta entre la calzada y la acera. Un reguero de niños vuelve de algún colegio de entresuelo donde los urinarios perfuman la totalidad del ambiente y la fiebre del horizonte empieza y termina en un patio interior repartido entre el país de las basuras, los gatos y las ratas y algunas galerías de interior donde parece como si siempre colgara la misma ropa a secar. Macetas de geranios en balcones caedizos, alguna clavellina, jaulas de periquitos delgados y nerviosos, bombonas de butano. Rótulos de comadronas y callistas. Partit Socialista Unificat de Catalunya, Federación Centro. Maite Peluquería. Olorosa peste de aceites de refritos: calamares a la romana, pescadito frito, patatas bravas, cabezas de cordero asadas, mollejas, callos, capipota, corvas, sobacos, mediastetas, pantorrillas conejiles, ojeras hidrópicas, varices. Pero Carvalho conoce estos caminos y estas gentes. No los cambiaría como paisaje necesario para sentirse vivo, aunque de noche prefiera huir de la ciudad vencida, en busca de las afueras empinadas desde donde es posible contemplar la ciudad como a una extraña. Y no hay precio para lo que aparece en cualquier bocacalle del distrito quinto abierta a las Ramblas: la brusca desembocadura en un río



por donde circula la biología y la historia de una ciudad, del mundo entero.

Biscuter estaba haciendo una tortilla de patatas en el fogoncillo de butano situado en el cuartucho que con el lavabo completa el despacho de Carvalho.

—Lo hago como le gusta, jefe. Con poca cebolla y un picadillo suave de ajo y perejil.

Improvisa Biscuter un comedor sobre la mesa de despacho de Carvalho y el detective se enfrasca en un cuarto de tortilla que mide un palmo cúbico. Biscuter se sienta frente a él y engulle otro cuarto buscando el comentario elogioso.

—No me dirá que no ha salido buena, ¿eh, jefe? Por si tiene más hambre, le he hecho un poco de capipota con samfaina, cosa fina. Está buena, ¿verdad, jefe?

—Correcta.

—Coño. Está tacaño, jefe. Yo la encuentro de pevrotas, jefe. Y espérese que la samfaina está de puta madre. Ah, se me olvidaba. Le ha llamado un tal Pedro Parra, «el coronel», me ha dicho; no se le olvide, dígame que ha llamado «el coronel». Que le diga que mañana ya tendrá lo que le ha pedido. Que se pase usted por el Banco. Y un telegrama. No lo he abierto.

«Llegaré a Barcelona miércoles. Rhomberg».

—Ponme un poco de capipota.

—Supongo que después de esto no cenará, ¿eh, jefe? Come usted como una lima y está delgado como un clavo, pero todo se mete en la sangre y aparece el colesterol.

—¡Estoy rodeado de médicos! El Bromuro. Tú, ahora. Come y no te preocupes por el colesterol.

—Yo lo decía por su bien.

—¿Y tú vas a cenar después de esta merendola?

—Desde luego. Todo lo que sobre me lo meto entre pecho y espalda a la hora del resopón. Últimamente no sé qué me pasa, jefe. Duermo mal. Estoy triste. Me acuerdo de mi madre.

Biscuter se secó una lágrima con una servilleta pero sus ojos seguían colmados de agua que amenazaba caer sobre la consistencia verdirroja del plato de capipota con samfaina.

—Búscate novia, Biscuter o ve de putas. O hazte una paja de vez en cuando y recuperarás la moral.

—Novia, qué dice usted, pues no me propone nada. Y las putas me dan risa. Cuando me dicen: Anda, calvito, tráeme la minina que te la voy a lavar, me entra una risa. Y pajas, qué me dice. Es que no paro. Con una mano, con la otra. Incluso aplico el sistema de la mano dormida. Me tumbo en la cama sobre una de mis manos hasta que se me corta la circulación de la sangre y me queda morcillona. Entonces no parece mi mano, sino otra cosa, y me hago la paja.

—¿Has probado con un bistec de carne para empanar?

—No.

—Tú te lo pierdes.

Con un ojo en Biscuter y el otro en el telegrama de Rhomberg, Carvalho puso una mano en el teléfono. Para Biscuter fue la señal de que debía recoger la mesa. Pero el teléfono no llegó a descolgarse. Un recelo no explicitado impedía que Carvalho comunicase a la viuda Jaumá la imprevista resurrección de Dieter Rhomberg.

LLEGAR a un bar donde la clientela es el espectáculo y tener que descender los escalones que conducen al centro de la comedia, pone en los hombros consistencia de protagonista de película neoyorkina y en las piernas tensión de funambulero. Hasta las doce de la noche apenas si dos o tres parejas fugitivas de la soltería o del matrimonio y a partir de esa hora actores de teatro independiente, dependientes actores de teatro, ejecutivos con pasado sensible y culturalizado, probables directores de cine si el cine no fuera una industria, cantantes de la eterna *nova cançó catalana*, un habitual dibujante de humor político y otro de paso.

—Es que Barcelona es Europa.

Un poeta ex presidiario que busca en el Sot la doble vida que le devuelva parte de sus veinticinco años de cárcel, un jovencísimo dirigente de Comisiones Obreras con los ojos grises, damas organizativas o petitorias de la izquierda local, profesionales noctámbulos desde hace más de treinta años a la espera de una noche donde todo sea posible, un novelista homosexual con su amante amortajado por un abrigo de pieles, un homosexual novelista bajo palabra de honor, un poeta concreto que ha leído a Trotski, un moderador de mesas redondas políticas en posesión de la magia del gesto preciso para dar turnos de palabras y llegar a síntesis sin que ni siquiera hubiera tesis, algún que otro intelectual sensible y ocasional a la espera de un ligue que ni los más viejos del lugar han

logrado, ex políticos que siguen en un cierto activo ético, jóvenes isleños no importa de qué isla, locos y futuramente ricos dispuestos a comerse con los ojos toda la crema de la intelectualidad que puedan, uruguayos fugitivos del terror uruguayo, chilenos fugitivos del terror chileno, argentinos fugitivos de los sucesivos terrores argentinos, una de las diez manos derechas de Carrillo, un casi joven ex ingeniero industrial dedicado a la edición del pensamiento marxista radical independiente, algún que otro resto humano de la intelectualidad de los años cuarenta nutrida en las páginas de Lajos Zilahy o Stephan Zweig, puritanos cuadros medios de la izquierda dispuestos por una noche a ver de cerca el espectáculo decadente y sin duda escandaloso de la izquierda noctámbula. Cócteles a medio camino entre el bajo nivel de una mediocre barra de Manhattan y el bajísimo nivel alcanzado por las coctelerías barcelonesas. Un espacio repartido en distintos niveles, zonas de estar dotadas de cierta intimidad en un ambiente residual de funcionalismos insuficientes y una barra a lo largo de un pasillo en la que se acodan los poco dotados para la tertulia o los que la establecen con el dueño y los camareros, en un tono de camaradería sólo sostenible de noche en noche y en la certeza de que luego queda todo un día de descanso para tanta familiaridad.

Los quince o veinte sentados a torno a Marcos Núñez eran apenas diez esta noche y el maduro joven peroraba con su habitual parsimonia semisonriente, según un excelente ritmo narrativo adquirido en el contexto de una universidad que acababa de descubrir a Pavese y los poetas anglosajones de los años treinta. Un tono en el que puede resultar sublimemente nostálgico hasta el relato de un autobús perdido o atrocemente irónica la descripción de un bocadillo de salchichas españolas. Pionero de la reconstrucción de la izquierda en la barcelonesa Universidad de los años cincuenta, tras la tortura y la prisión preventiva,

Núñez huyó a Francia e inició un camino que podía haberle llevado a la burocracia de su propio partido o a un doctorado en ciencias sociales a ejercer en la futura España democrática. Demasiado cínico para burócrata y excesivamente abúlico para doctor en ciencias sociales, eligió el oficio de espectador que ejercía con una dedicación sólo aparentemente desmayada. Aunque le llamaban «el cónsul de Bulgaria» por la enorme cantidad de inútil distancia diplomática de su conducta y la debilitada representatividad de un pasado al que seguía agarrado como un naufrago, Núñez cumplía la función de conservar en su archivo mental la memoria y el deseo del renacimiento de la izquierda moral en la España franquista, como se conserva en platino la barra referencial de la unidad básica del sistema métrico decimal. Dotado para la amistad, tanto para recibirla como para darla siempre tras un sádico regateo, gastaba una continua agresividad verbal a la hora de calificar tanto a los amigos como a los enemigos. Había una cierta angustia personal en sus frenéticas zancadillas adjetivales. Como si desde el suelo quisiera que también los demás cayeran de bruces para proseguir allí la conversación como si nada hubiera pasado.

Carvalho consumió el último escalón que le separaba de los tertuliantes y esperó a que en uno de sus decontractés arqueos de ceja Marcos Núñez alzara al menos un ojo lo suficiente para advertir su presencia. Algunos rostros le eran familiares de su época universitaria, incluso colocaba nombres con poco margen de error. No faltaron miradas que parecían intentar reconocerle. Carvalho se acercó más al grupo y se paró cuando sus ojos toparon con los de Marcos Núñez. Adivinó su intención de proponerle sumarse a la tertulia y se adelantó indicándole con la cabeza la necesidad del aparte. Núñez no rompió inmediatamente su discurso, le cortó las alas y lo mató en unas cuantas frases afortunadas que hicieron reír a una dama dotada de inmensos ojos de animal de

noche.

—Eres un cínico y te gusta que te lo digan.

—¿Un cínico yo? Soy un ingenuo. Conmigo harías lo que quisieras.

Se levantó Núñez y siguió a Carvalho hasta un inmediato altillo en el que dos matrimonios recién salidos de un cine del Ensanche se tomaban medio whisky con hielo pero sin agua, un *gin tonic* o un vodka con naranja, repertorio límite de todo matrimonio recién salido de un cine del Ensanche. Al menos fue lo que comentó Núñez nada más sentarse mientras les observaba sonriente.

—Parece divertirse mucho.

—Si me divierto mucho no me aburro. Es un tratamiento preventivo.

—Quisiera que usted me aclarase algunas cosas. He tratado de localizar a Dieter Rhomberg, el inspector de Petnay amigo de Jaumá. ¿Le conoce usted?

—De oídas. Jaumá siempre decía que era el propietario del pene más inmenso del universo.

—Anteayer estaba en San Francisco. En cambio esta mañana me han dicho que hace dos meses que goza de un «ignorado paradero» y que dejó la compañía.

—¿Le consta que estaba en San Francisco?

—Una voz me dijo: «Ha salido a cenar al Fairmont con unos clientes y volverá tarde». Otra voz al día siguiente me contó lo del despido y fuga. En cualquier caso usted apenas si me ha contado algo de la vida habitual de Jaumá. Con quién se veía. Quiénes eran sus habituales.

—Por una parte ex compañeros de estudios, sobre todo los que habían conseguido un cierto estatus equivalente. No porque Jaumá lo quisiera exprofesamente, sino porque las mismas circunstancias establecían una selección. De los que no tenemos un clavo sólo yo y otro ex camarada seguíamos tratándole.

—¿Amistosamente? ¿Políticamente?

—El único vínculo político que conservaba Jaumá era el económico. Cotizaba para el partido. A veces charlábamos de cuestiones sindicales, de movimiento obrero. No quería tener problemas con su personal y nos pedía consejo. La última conversación política que tuvimos fue a raíz de la aparición en su empresa de embriones organizativos ajenos a Comisiones Obreras. Cenetistas sobre todo y gente aún más por lo libre.

—¿Tuvo problemas laborales últimamente?

—No. Pero pronto los hubiera tenido. Él daba la cara sólo en una mínima parte de las empresas bajo su control, pero ponía un especial cuidado en la elección del jefe de personal y llevaba muy de cerca cualquier conflicto por mínimo que fuera.

—¿Por un prurito moral?

—A medias. No podía perder una determinada conciencia de la Historia. ¿Me entiende? Es decir, por formación sabía que la clase obrera siempre tiene la razón y que él era uno de los administradores del capitalismo a la defensiva. Además había un problema de imagen. No quería perder la imagen que en el fondo conservaba de sí mismo. Y esa imagen estaba en contradicción con la de un explotador habitual. Fatalmente caía en un cierto paternalismo. Iba a las bodas de sus empleados. Se interesaba por las enfermedades de sus familiares. Incluso si veía que un trabajador pasaba una mala época por problemas personales le daba dos o tres días de fiesta.

—Es curioso. Un manager multinacional adoptando la conducta de un dueño de taller de barrio. ¿Le tenía usted aprecio realmente?

La risa de Núñez salió controlada, queda.

—Le daré una foto promocional. Allí salimos los inseparables de la Universidad. Seis personas. Yo creo que de alguna manera siempre dependeremos los unos de los otros para conservar la identidad. Cada uno

de ellos tiene una parte de mi identidad y yo de la de los otros cinco. Es como un puzzle. Entre todos podemos reconstruir lo que fueron los mejores años de nuestra vida, a pesar de la persecución política, de la brutalidad a que te exponías, de la radical oscuridad del país. Podemos vivir años y años separados y luego retomamos la situación donde la dejamos. No del todo, claro. Pero sí en función del pasado.

—¿Usted era el héroe?

—El mártir. Me idealizaron durante todo mi exilio. No se esperaban que volviera tan desmitificador. Hubo algunas asperezas. Un cierto desencanto. Finalmente me aceptaron tal como soy. En parte porque les ofrezco la seguridad de que nunca les quitaré nada de lo que tienen y de que vivo modestamente con dos tejanos, un jersey y dos camisas. Tal vez les hubiera gustado que yo tuviera más poder. Ellos tienen poder: económico, político, cultural, moral. Yo no tengo poder. Ningún poder.

—Me interesa esa foto y datos sobre sus componentes. Podemos comer mañana. ¿Dónde?

—Hay un pequeño restaurante francés en Barcelona 2 donde se come lo que no se puede comer en otro lugar de Barcelona. Un *confit d'oie* que la dueña trae del Périgord.

Carvalho empezó a mirar con simpatía a Marcos Núñez.



DURANTE el camino hacia su casa de Vallvidrera, Carvalho apenas si fue consciente de que conducía. Parte del pasado universitario volvía a su recuerdo y la sombra de Marcos Núñez estaba presente como un mito para las promociones que le siguieron. El relato de la resistencia de Marcos ante la Brigada Social, el hecho de ser el «primer estudiante rojo» de la posguerra y el organizador de los primeros cuadros universitarios se complementaba con su leyenda de persona bien dotada intelectualmente.

—Malibran ha dicho que tiene un gran poder de síntesis no reñido con la capacidad de análisis.

El profesor Malibran iba por aquellos años repartiendo capacidades de análisis y síntesis entre sus discípulos como Ceres repartía los frutos de la tierra. Cuando la calificación descendía sobre el encausado parecía como si la bola de fuego apostólica se hubiera posado sobre su cabeza y desde el cielo llegaba la voz nasal del profesor recitando: «Éste es mi hijo bien amado, en el que tengo depositadas todas mis esperanzas sobre la capacidad de análisis o síntesis». Lo cierto es que Marcos Núñez fue el primer punto referencial en el martirologio de la resistencia estudiantil y que su itinerario por Francia y Alemania era seguido desde el interior como si se tratara del viaje de un aprendiz de dios a las fuentes de las definitivas sabidurías. Cuando Carvalho fue detenido, juzgado y

condenado aún se recapitulaba la historia de la resistencia universitaria en relación con la caída de Marcos Núñez.

—Perteneceemos a la cuarta caída después de Marcos Núñez.

Docenas de rostros casi adolescentes subían del fondo del pasado. Aquellas tardes en casa de Juliana, todos con poco dinero acogidos a las paredes de un caserón de la Barcelona vieja, en la pared retratos de Alfonso XIII en compañía de un canónigo de la familia, muebles de anticuario, Bach, Shostakovich, Montand.

C'est nous qui brisons les barreaux de prisons pour nos frères.

Queso manchego, chorizo barato, vino peleón, discusiones sobre el asalto a la contradicción de primer plano, contactos furtivos con las manos y el cerebro, la palma del martirio crecía en un rincón interrogante y tersa. Las primeras diversificaciones ideológicas, las primeras militancias. El *coronel Parra* fue detenido pocas semanas antes que Carvalho y puesto en libertad a las setenta y dos horas. Luego hizo un relato épico que impresionó mucho a la mayoría, sobre todo cuando dijo que se había apagado voluntariamente un cigarrillo con la palma de la mano para comprobar hasta qué punto estaba en condiciones de resistir la tortura. El *coronel Parra* hizo un informe y fue leído religiosamente en todas las reuniones, mereciendo opiniones encontradas. A Carvalho la peripecia le pareció una excelente secuencia de película antialemmana interpretada por James Cagney y Richard Conté, muy en la línea de *13 Rue Madeleine*. Luego comprobó por sí mismo que la tortura crea una dialéctica personal e intransferible para la que no sirve otra regla que la obcecación en no decir nada que pueda hundir la retaguardia de la propia dignidad. En cuanto se hunde la dignidad te conviertes en un juguete del torturador.

¡Y cuánta cultura! Libros que había que leer. Peripetias intelectuales que secundar. La polémica entre Naville y Lefevbre, en el seno del partido comunista francés. La madre que les parió. El aparcamiento del coche en la puerta de su pequeña torre de media edad convirtió todo aquello en un puñado de imágenes rotas, como si se hubiera caído de su clavo un mágico espejo mental. Una mano para la correspondencia, la otra para subir los escalones embarrados manteniendo el equilibrio, los primeros olores arrancados a la tierra y los setos por la naciente llovizna. Abierta la puerta, desocupadas las manos, sin sueño, relajado, Carvalho husmeó la estantería del pasillo donde los libros se apoderaban irregularmente del espacio, a veces compactos y del derecho, a veces inclinados por las mellas o con los títulos del lomo del revés. Buscó *La crítica de la razón dialéctica* de Lefevbre, *Así se templó el acero* de Ostrovski y *Ensayos sobre Heine* de Sacristán. Junto a la chimenea rompió los libros con tranquilidad y habilidad de experto y dispuso las hojas desencuadradas en un montoncito sobre el que situó teas secas y sobre ellas troncos más resistentes. El fuego brotó incontenible y la cultura impresa ardió cumpliendo su misión de alimentar fuegos más reales.

Cenar o no cenar, ésta es la cuestión.

—El colesterol, jefe.

Las dos de la madrugada. Llovía francamente y de la noche le llegó el aroma a pino mojado, mientras sonaban confundidos el crepitar de las llamas y el de la lluvia sobre la hiedra convertida en manto verde sobre la mayor parte del suelo del jardín.

UN RETORTIJÓN de intestinos le puso en camino hacia el water. Al vuelo cogió una novela policiaca de Nicholson, *El caso del jesuita risueño*, y un diario. La ventaja de vivir solo es que se puede cagar, con la puerta del water abierta, pensó mientras forcejeaba con sus intestinos, en primer plano sus rodillas puntiagudas y el ángulo de dormitorio que le permitía ver la puerta entreabierta. Lamentó no haberla cerrado antes de disponerse a la evacuación porque sabía que sacaría menos partido a la lectura. Vencidas las resistencias fundamentales, mientras esperaba un segundo alumbramiento de heces fecales leyó diez líneas de una de las novelas policiacas más artificiales que jamás hubiera leído. El pretexto del asesinato de una ex amante de juventud sirve al narrador para un largo viaje a su pasado como militar británico en la India. Una macedonia del Bromfield de *Vinieron las lluvias*, del Hesse fascinado por la religiosidad oriental y de Agatha Christie componían un curioso espécimen. La paz intestinal definitiva le llegó con un punto y aparte. Llenó el bidet y luego buscó en las páginas literarias y en ellas el escrito de Fernando Monegal, el mejor crítico español de teatro polaco, predilecto de Carvalho no sólo por la capacidad absorbente del papel sino por la no menor capacidad absorbente de lo impreso. Diríase que se establecía una síntesis inestimable entre el papel y el artículo en la función de dejar el ano preparado para el definitivo lavado en el bidet.

Balsamizado el ano por el agua caliente y jabonosa, Carvalho aprovechó su semidesnudez para llegar a la desnudez total y ponerse el albornoz de toalla colgado junto al botiquín. En el suelo quedaron los pantalones deshabitados y entre la urgencia de recogerlos y la voluntad mecánica de ir a cenar algo, Carvalho eligió la segunda opción. Ante la alacena repleta de latas de conserva dudó entre la facilidad de la lata caliente y la alquimia de un plato cocinado de madrugada. ¿Qué me comería? Unos fideos a la cazuela. Entre la nevera y la breve despensa situada junto a la alacena halló todo lo necesario. La costilla de cerdo ligeramente salada fue sometida al rigor del escaso aceite hirviente en la cazuela de barro. A continuación una patata troceada, cebolla rallada, pimiento, tomate. Apelotonado el sofrito, Carvalho lo saló y pimentó en rojo ligeramente antes de echar los fideos y rehogarlos hasta convertirlos en cristallitos con voluntad de transparencia. Era el momento de echar el caldo hasta una altura que superara en un dedo la de la masa compacta. Cuando el caldo empezó a hervir, Carvalho añadió cuatro rodajas de gruesa *botifarra de bisbe* y poco antes de apartar el guiso del fuego lo ultimó con una picada de ajo y ñora fritos aparte. El empleo de la butifarra negra para los fideos lo aprendió en un convento de monjas donde se escondió a fines de los cincuenta para dejar pasar de largo la caída del aparato de imprenta del partido. Las monjas les dejaban la comida sobre una mesa de madera larga y relavada, la mesa más hermosa que Carvalho había visto en su vida, como extraída de un bodegón. Carvalho conservaba un radical vínculo afectivo con las sayas monjiles, recuerdo del colegio de su infancia regentado por monjas de San Vicente de Paúl.

—José, ¿qué serás cuando seas mayor?

—Santo.

—¿Como San Tarsicio?

—Como San Tarsicio o como Santa Genoveva de Brabante.

—Tú tendrás que ser santo como San Tarsicio, porque eres un niño.  
Santa Genoveva era una mujer.

Entonces no comprendía que también los santos tienen sexo.

—PERDONE si me tomo la libertad. ¿Va usted hacia Barcelona, señor?

—Sí.

—Se me ha averiado el coche y le he visto llegar y pararse para comer. ¿Le importaría llevarme?

Un hombrecillo con demasiado pelo. Pensó Dieter Rhomberg. Luego descendió por la barba cerrada y bien afeitada hasta llegar a un traje discreto, de endomingado cotidiano.

—Soy representante de una empresa de instalaciones deportivas y he terminado mi visita a la zona. Ahora regresaba a casa. Si no le importa.

—No. No me importa.

—Yo también voy a comer. Me sentaré en una de esas mesas y cuando usted quiera irse no tiene más que decírmelo.

—Siéntese conmigo. Yo también he de comer.

—Muy amable, señor. Muchas gracias.

Se sentó el hombre y resopló de alivio.

—No sabe usted de qué apuro me saca. Si no llego esta noche a casa me hubiera costado Dios y ayuda convencer a mi mujer de que la culpa la tiene el coche.

—Es desconfiada.

—Motivos que yo le doy.

Le guiñó el ojo. Un enorme sello de oro refulgía en el mismo dedo

donde lucía una breve alianza.

—Lo da el trabajo. Piscinas. Pistas de tenis. Tome una tarjeta.

—No creo que vaya a necesitarle. Soy extranjero y estoy de paso.

—Algo extranjero sí le he notado, pero habla muy bien el español.

—Vengo con frecuencia.

—Quédese la tarjeta. Nunca se sabe. Un buen día le da por comprarse un chalet en España y me necesita. Juan Higuera Fernández, para servirle.

—Peter Herzen.

—Peter. Me suena a inglés.

—Soy alemán. Pero Peter es igual en inglés que en alemán.

El camarero trajo la ensalada y el filete para Rhomberg.

—Para mí unas rodajitas de merluza a la plancha y nada más. Tengo úlcera.

Sobre la mesa aparecieron dos pastillas distintas directamente extraídas del bolsillo.

—Me pongo la dosis diaria en el bolsillo y así no me olvido. Si no, unas veces porque tengo las cajas en la maleta y otras porque me las dejo no sé dónde. Un desastre. Que son demasiadas cosas las que tenemos en la cabeza y luego vienen las úlceras y cosas peores. Usted tiene un aspecto saludable. Es usted un tío fuerte. Se cuida, vamos. Un filetito, ensalada. ¿Hace deporte?

—El que puedo. Natación sobre todo.

—Muy sano. El más completo. Ya ve usted. Todo el día entre piscinas y yo no sé nadar. Aquí en España nos han educado a martillazos. Cuatro letras. Cuatro números. ¿Ejercicio físico? A correr detrás de una pelota o una lata por las calles y descampados, y eso aún antes, porque ahora no queda ni un descampado. Los chicos de ahora ya es otra cosa. Mi chico estudia natación. Dos días a la semana. Cuando vamos a la playa en



verano me da cierta cosa que el tío se ponga a nadar como un renacuajo y yo con el agua hasta la cintura o en cucullas.

Comió el pescado con la rapidez suficiente para poder tomar café con Rhomberg.

—El café sí que no lo sacrifico por culpa de una o mil úlceras de estómago.

Se levantó con un pretexto y fue hacia el camarero. Rhomberg comprendió que había pagado la comida de los dos cuando le vio señalar la mesa y sacar la cartera. Se levantó el alemán para impedir la invitación, pero llegó tarde.

—Nada, hombre. No faltaba más. Usted me hace un grandísimo favor y esto es un detalle.

Elogió el hombrecillo la comodidad del BMW.

—No es mío. Lo he alquilado.

—Baja usted pronto de vacaciones. Aún estamos en primavera.

—Tuve que cogerlas en esta época.

—No siempre salen las cosas a gusto de uno. Oiga, ¿le importa que me tumbe un ratito detrás? Es por la úlcera. Me conviene estar horizontal un ratito después de comer.

Rhomberg se sentó al volante. Ajustó cuidadosamente el cinturón de seguridad y se volvió. La estatura del hombrecillo casi cabía a lo largo del asiento trasero. Le sonreía satisfecho y tenía las manos cruzadas sobre el estómago.

—Esto es gloria. Es como viajar en coche-cama.

Salieron del área de servicio a la autopista A17. Faltaban setenta kilómetros largos para Barcelona. Dieter no regateó velocidad y a través del retrovisor observaba el rostro del acompañante por si se asustaba por la marcha del coche. Parecía concentrado en la contemplación del techo, tal vez dormía con los ojos semicerrados. A ser posible quería liquidar el

contacto con Carvalho a tiempo de no tener que dormir en la ciudad. Quería llegar de un tirón hasta Valencia y al día siguiente embarcar en Alicante con el coche rumbo a Oran. Mentalmente trataba de organizar una conversación ideal con Carvalho, una conversación convincente para el detective y que no le comprometiera demasiado. Sentía dentro de sí un miedo tan enorme como su cuerpo, un miedo rodeado de soledad. Cuando la angustia le abotonaba la garganta, gemía bajísimo el nombre, de su mujer muerta, Gertrude, y se le nublaban los ojos de pena por sí mismo. El niño aparecía después como si se tratara de una segunda mutilación.

—Me quiere demasiado.

Dijo casi en voz alta. Había leído que un escritor huido de la URSS maltrató a su hijo durante el último año de convivencia para que le recordara con odio y no con añoranza. A su manera había hecho lo mismo. Había apartado al niño de su vida como si fuera un estorbo y en pago recibía una adoración mitificadora. Conservaba sus cartas y fotografías como reliquias. Quería que su tía le redujera las cazadoras del padre para llevar la misma ropa. La misma capacidad de encanto y amor que Gertrude.

—Un día u otro tenía que pasar.

Más adelante, cuando estuviera seguro, le haría llamar o tal vez llegara tarde y entonces fuera el muchacho quien no quisiera saber nada de él.

—Corre demasiado.

Tardó en comprender el exacto significado del tono de las palabras que habían sonado a su espalda. Cuando lo comprendió se volvió molesto. Su acompañante estaba sentado y le enseñaba una pistola a la suficiente distancia como para que Dieter no llegara con el brazo.

—Despacio, germani, despacito y métete en la primera señal azul de P que veas. Esa P azul quiere decir parking. No me hagas una gatada

porque primero te lisis una mano y luego la oreja. Quietecito y para.

—¿Qué quiere usted? No llevo apenas dinero. Viajo con *travellers* y tarjetas de crédito.

—Eso ya lo veremos. Tú para y tengamos la fiesta en paz.

Dieter se aferró a la esperanza de que hubiera otros coches aparcados para poder pedir auxilio. La P azul se acercaba y redujo la marcha. La presencia de un coche estacionado le animó un tanto.

—Para, ahora, en seco.

Frenó el coche bruscamente, levantando una ligera polvareda. El hombrecillo mantenía la distancia y le apuntaba a la cabeza.

—¿Quiere comprobar lo que le he dicho? ¿Le doy la cartera? ¿Quiere registrar el equipaje?

—Dame la tarjeta que te he dado. Tírala hacia atrás.

Algo se había movido en el otro coche aparcado. Un hombre bajaba de él y se les aproximaba. El hombrecillo no se inmutaba. Se acercaba un hombre percherón y cuando estuvo junto al coche se inclinó para mirar hacia dentro.

—¿Es éste?

—Éste es.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Es usted Dieter Rhomberg?

—¿Son ustedes policías?

—Tú, mira para aquí.

Le gritó el de detrás. Dieter se volvió pero aún vio de refilón en la mano del hombre percherón el brillo que le segó la garganta como si fuera cuchillo en el agua.

LA SORPRESA de ver al Bromuro fuera del ambiente del Monforte o de los bares más próximos acabó de despertar a Carvalho. Estaba allí, en la puerta de su casa de Vallvidrera, con traje completo, corbata, zapatos lustradísimos y acompañado por un joven atleta de estatua pública florentina.

—¿Podemos pasar, Pepiño?

—Leche, Bromuro. ¿Te has vestido de primera comunión?

—Es que la ocasión lo requería. Aquí un amigo relacionado con lo que me preguntaste ayer. Además, hacía un buen día y no conocía esto. Conque me dije: un día de asueto y campo. Vete a echarle un vistazo al Pepiño.

El joven atleta parecía un profesional del recelo porque se metió en la casa mirando hacia todos los rincones y dio un paso atrás hacia la puerta para remirar el jardín. Luego siguió a Carvalho y al Bromuro pero no se dejó caer en las butacas, se limitó a apoyarse en el respaldo de una de ellas y a estudiar a Carvalho valorativamente.

—Este amigo mío lo sabe todo sobre ajustes de cuentas entre macarrones, protegidas, clientes sucios y todo eso. Todo lo que quieras saber se lo preguntas.

—¿Tiene una agencia de macarrones?

—No. Él también es macarrón, pero de altos vuelos. Es un profesional

del cine. De los que se tiran de las escaleras y se estrellan con los coches. Un atleta. Enséñale el brazo a mi amigo.

Alejó la tentación el muchacho de un manotazo mientras se le escapaba una sonrisa.

—No ha venido para hacer gimnasia. Muy bien. Bromuro le habrá explicado lo del muerto de Vich, el de las bragas y todo eso. ¿Qué sabe usted de este asunto?

—Nada.

—¿No ha sido un ajuste de cuentas?

—Nunca matamos a un cliente. A algún tío guarro le damos un susto si se propasa con alguna chica. Por ejemplo si la pega o cosas de ésas. Entre nosotros ha habido líos de sangre por si uno se ha metido en el cono de otro y así. Pero cargarse a un cliente es como matar la gallina de los huevos de oro.

—¿Y lo de las bragas en el bolsillo?

—Tampoco me suena.

—¿Pero contesta usted desde una impresión personal o tiene pruebas?

—Explíquese.

—Quiero decir que si usted ha dicho lo que ha dicho porque lo piensa así o ha hecho alguna averiguación entre los del oficio.

—He preguntado. Me han contestado. Y nada.

—¿Fuera de Barcelona?

—Fuera de Barcelona no hay nada. Pequeño vicio en algunos pueblos industriales, pero lo sabemos todo. Más tarde o más temprano se sabe todo.

—Que es un fenómeno, Carvalho. Lo sabe todo. Le llaman *el Martillo de Oro* porque tiene una polla que pica fuerte y brilla como el oro.

Volvió a rechazar la loa el muchacho sin contener la sonrisa de autosatisfacción.

—Cualquiera diría que sólo me dedico a follar y a chulear. Yo tengo un oficio y lo de chulear empezó por vacilar y ha acabado siendo un más a más.

—Éste empezó en las verbenas, haciendo verticales sobre un taburete o sobre el canto un duro. Lástima que no quiera enseñarte los brazos que tiene. Y después de exhibirse las tenía así. Un polvito por aquí. Una que se putea. Él, que se da cuenta de por dónde van las cosas y se asegura una buena cuadra. ¿Cuántas chorvas manejas, Martillo?

—Seis o siete. Tampoco hay que pasarse porque luego no puedes cumplir y hay mucha competencia. Además hoy día la mujer no es tan fácil de manejar como en tus tiempos, Bromuro. Entonces cuatro hostias y todo iba como una rueda. Ahora hay que trabajar la sicología de cada una. A ésta hay que mimarle el crío. A la otra hay que meterla en cintura. Que si ésta tiene una madre con paralís y hay que buscarle una masajista. Aquélla, epiléptica. Las guantás no están de más, pero ya no es la única técnica. Hay que garantizarles un servicio de protección *ful taim*.

—Acabaréis teniendo un sindicato, Martillo.

Carvalho tenía un estómago capaz de digerir piedras lunares, pero no chulos de putas. Le parecían como las garrapatas de los perros, insectos odiosos con el odre hinchado por la sangre ajena. El atleta tenía cara de cordero maligno y la inocencia de una computadora electrónica.

—Volviendo a lo del muerto. ¿Por qué la policía ha dado la explicación del ajuste de cuentas?

—Allá ellos. No tiene sentido.

—Pero cualquier día os cogen a uno de vosotros, al más desgraciado, y le hacen comerse el consumao.

—Hace falta ser muy julai para comerse ese consumao y tampoco te hacen comer consumaos por las buenas. Cuando pillan a un descuidero le suman todos los descuidos que pueden. Pero ellos mismos saben que un

chulo no mata clientes. Puede sacudirle a uno, pegarle cuatro patadas en la bragueta o hacer chantaje, aunque de esto ha habido muy pocos casos porque se saca más a la larga de la tranquilidad de los clientes que del chantaje. Lo que pasa es que hay algún chulillo joven que se pasa de listo y quiere forrarse en cuatro días. A éstos hay que correrlos y nosotros somos los primeros interesados.

—¿Lo de las bragas?

—Literatura. Se lo digo yo.

—¿No se estila?

—Sólo recuerdo el caso de un cagón, de uno de éstos que cogían a las chicas y las hacían cagar o se cagaban ellos. Si a la chica le va, pues que se cague lo que quiera. Pero si no le va, no hay derecho a forzarla. Y un tío cagón venga pasarse. Le advertimos. Otra vez, con otra chica diferente. Y otra. Un día le cogimos los calzoncillos, los llenamos de mierda y se los mandamos a su domicilio familiar con una tarjeta: *Recuerdo de Purita*. Ya no ha vuelto.

—¿Y qué, Pepe? ¿No mojamos mi visita?

—¿Qué quieres, Bromuro?

—Un vino de éstos que tú bebes.

—¿Y usted?

—No bebo, gracias. Si empezase de mañana temprano, no aguantaría hasta la noche, y mi trabajo es nocturno. Agua. Si puede ser sin gas. O un fruco de pera.

Carvalho subió de la bodega un Cote du Rhone 1969 y el Bromuro contempló los preparativos de apertura con la nuez de Adán inquieta, como si fuera a vivir una fascinante aventura.

—¿Y tú abres esa botella por mí, Pepiño? Y está en francés.

A la luz de la mañana el vino parecía algo dormido, como la cara de las muchachas que aún huelen a sábanas, que tienen voces de sábanas. La

luz del Valles acerezaba la transparencia del caldo rojo y la lengua blanquisucia del Bromuro casi salpicaba al relamer el vino.

—Joder con el Pentavín éste, Pepiño. ¿Y después de esto qué bebo yo? Todo me va a saber a agua de grifo. —Es como si hicieras la primera comunión, Bromuro.

—¿Me la puedo beber toda?

—Toda.

—No me debes nada. Pepiño. Esto que has hecho por mí vale todo el dinero del mundo. Cuando estaba en la División Azul nos dieron una vez una caja de vino alemán, del Rin. Blanco, Buenísimo. Pero éramos todos unos críos y no sabíamos apreciarlo. Hubo quien de nosotros comentó que aquello no valía lo que un Valdepeñas. La ignorancia de la juventud. Nos lo dieron en Navidad. Antes de marchar a los frentes de Rusia. Luego quisieron que nos pusiéramos en formación porque iba a revistarnos Muñoz Grandes. El que estaba más firme parecía la torre inclinada de Pisa. Muñoz Grandes pasó ante nosotros como un palo y no quiso ver lo que veía. ¡Arriba España!, gritó un pelota y a todos nos dio la sacudida para ponemos aún más firmes, pero en vez de eso nos caíamos en montones, riendo y meándonos, meándonos, tal como te digo. Porque teníamos el estómago caliente y el pito frío. Y es muy mal contraste, Pepiño, muy mal contraste.



LA ESCALERA modernista estaba jalonada de inmensos portones de madera labrada y herrajes dorados. En la recepción un bedel leía *La realidad y el deseo* de Luis Cernuda. Poco propicio a sorprenderse, Carvalho quedó unos segundos en suspense releendo el título del libro una y otra vez. El bedel levantó la sonrisa irónica desde el parapeto del libro:

—¿Qué desea?

—Pedro Parra.

Puso como punto un cortapapeles de hueso y cerró el libro como si fuera de mantequilla. Le precedió hasta una salita de recepción y apenas Carvalho había tenido tiempo de decidir si hojeaba *Cambio 16* o *Triunfo*, Pedro Parra apareció en la puerta como los coroneles de verdad, a punto de comunicar una orden trascendental. En mangas de camisa, a pesar de la primavera fría o gracias a una calefacción de lujo, el coronel economista se cuadró y se echó a reír mientras palmoteaba la espalda de Carvalho como si fuera un colchón díscolo. Quince años de distancia no habían aminorado su parecido real con Rosanno Brazzi, un Rosanno Brazzi ahora quizá más cercano al de *Locuras de verano* que al de *La corona de hierro*. Canoso con fortuna, piel tostada por el sol de escaladas y esquí, bajo la camisa se adivinaba la gimnasia diaria, uno dos, uno dos, u ao, u ao, cada mañana frente al balcón abierto, hiciera frío o calor, fuera invierno o verano.

—Sólo te falta el uniforme.

—De general. Si a los veintipico años ya me llamabais coronel, ahora ya debo de ser general. Aún puedo serlo. Pronto habrá una guerra de guerrillas y esas ocasiones se aprovechan para ascender.

—¿Una guerra de guerrillas? Me parece que como no escales la fachada del Senado o de las Cortes, tus posibilidades de ascender se han acabado.

—Tan mala leche como siempre, Carvalho. ¿Qué es de tu vida? Lo último que supe es que poco después de la cárcel te habías largado por ahí y luego te perdimos el rastro. Me dijeron que eras detective privado, como en las novelas o en las películas de Bogart.

—Más modestamente. Adolescentes que se escapan de casa. Maridos celosos a la busca de los ratos libres de sus mujeres. Los policías de verdad nos llaman «huelebraguetas».

—Vaya oficio más reaccionario.

—Equivalente al de redactar informes económicos para la oligarquía financiera del país.

—No te mosquees. También redacto informes para ti. Toma, te he hecho un resumen sobre las actividades de la Petnay en España y sus ramificaciones más inmediatas. Por ejemplo, a partir de España se controla parte de Latinoamérica, otra parte está conectada directamente desde San Francisco y ahora están instalando una tercera central en Santiago de Chile. Sobre los hombres clave yo distinguiría dos clases: los de gestión y los políticos. A veces coinciden, pero no siempre. Contra lo que hacen otras compañías, la Petnay no negocia casi nunca aprovechando los aparatos del Estado; por ejemplo, la diplomacia. Tiene sus propios negociadores y sólo recurre al Departamento de Estado en ultimísima instancia. En situaciones límites.

—¿Quién lleva ahora los asuntos en España?

—Antonio Jaumá es el hombre público, el de gestión. Pero al lado o cerca de él debe estar el político. El que va a ver ministros. Moviliza fuerzas vivas.

—Para empezar, Jaumá ha sido asesinado; luego debe haber un sustituto.

—Los archivos no están al día.

—Para continuar: ¿quién es el político?

—Eso no se sabe. O lo saben muy pocos.

—¿Quién es el heredero de Jaumá?

—¿Cuánto hace que murió?

—Mes y medio. Poco más.

—Tal vez haya un interino. Estas empresas no resuelven un sustituto en tan poco tiempo. Voy a hacer una llamada y lo sabré.

—Oye. Ese portero. El bedel. ¿Exigís la licenciatura en Filosofía y Letras para ser bedel? Estaba leyendo *La realidad y el deseo*.

—¿Y eso qué es? Ya sabes que soy un humilde economista. —Los poemas completos de Cernuda.

—Ah. Claro. Es poeta. Es un bedel poeta. Ha publicado varios libros.

Mientras esperaba a Parra, Carvalho pensó en otros poetas de raros oficios. Emilio Prados trabajando como vigilante de niños a la hora del recreo en un colegio de su exilio mexicano. O aquel poeta que acabó como maestro de párvulos en Tijuana. Carvalho le conoció en un bar de la frontera tomando tequila con sal tras tequila con sal y, entre vaso y vaso, medio sorbo de agua con bicarbonato.

—Hasta que muera Franco no vuelvo. Es un hecho moral. Y eso que no soy nada. Pero tengo mi orgullo. En las antologías más jóvenes de antes de la guerra yo salgo. Justo Elorzía. ¿No ha leído nada mío? Apenas si he podido moverme para volver a publicar. Del campo de concentración de Argeles a Burdeos, luego el barco, México. Y nada más

llegar ya caí en Tijuana. Un puesto de trabajo provisional en una escuela. Provisional.

Treinta años, amigo. Treinta años. Cada vez que me ha llegado un rumor de que Franco estaba enfermo o de que estaba a punto de caer, he dejado de afeitarme, he hecho las maletas y no me he cambiado las sábanas de la cama. Para que todo me empujara a marcharme de aquí. Hace unos meses me desesperé. Tengo veinte libros de poemas inéditos, amigo. Bajé a México para hablar con la Exprésate, la de ediciones Era. Yo conozco mucho a Renau, el pintor cartelista. Ahora está en Alemania Oriental. Pues bien, la chica de Era es hermana de un yerno de Renau. Me propusieron hacer una antología. ¿Oye usted? Una antología de libros que nunca se han publicado. Es como matarlos de uno en uno.

Mal afeitada la barba blanca, rostro de profesor machadiano con estómago ametrallado por el ácido, un cristal de las gafas mal tapado con esparadrapo para concentrar el resto de visión en un único ojo, manchas sobre una camisa que había sido blanca y parecía amarilla, reborde de suciedad en tomo al cuello deshilado y un olor discreto a sudor de viejo, un olor discreto a animal que ha de morir pronto.

—Hay una comisión permanente de tres o cuatro inspectores de la Petnay asesorando al sucesor. Estarán aquí unas semanas más y luego quedará al frente Martín Gausachs, el segundo de a bordo de Jaumá.

—¿Le conoces?

—Una carrera meteórica. Iba cuatro cursos detrás del mío en la Facultad y al mismo tiempo estudiaba Derecho. Todos los premios fin de carrera que quieras. Luego estudios en el MIT, profesor en escuelas de administración de empresas, en la Facultad de Ciencias Económicas. Un auténtico técnico.

—¿Opus?

—Tal vez jugueteara con el Opus en el momento de promocionarse,

pero por los signos externos no ha hecho voto ni de pobreza, ni de obediencia, ni de castidad.

—¿Jode hasta por los codos?

—Es un tipo raro, Pepe. En un momento se dijo que era afeminado porque tiene maneras de mayordomo británico. Creo que no le he visto sin chaleco ni en agosto. Cuando llegaron a sus oídos los rumores sobre su mariconería se dedicó a frecuentar a todas las tías que podía, y algunas de bandera. Cada noche lleva una distinta y luce una o dos habituales cuando tiene que alternar. —¿Dinero familiar?

—Nada. Es el hijo tercero del hijo quinto del hermano de los herederos de la dinastía Gausachs. Hilaturas de algodón. Se codeaban con los Güell, los Bertrán, los Valls y Taberner hasta la crisis del algodón. Ahora vuelven a levantar cabeza. Pero Martín Gausachs no tiene nada que ver. Su padre era un abogado que no tenía dónde caerse muerto. Abogado de riñas de vecindario y alguna que otra separación.

—¿Todo eso lo tenéis en los archivos de aquí?

—No. El caso Gausachs lo tengo presente de cuando hicimos el estudio de la economía de Catalunya. Salió el apellido, y como resulta que hay un Gausachs metido en la extrema izquierda, me entró la curiosidad de ver por dónde iba la familia. Tienen de todo: un maoísta, otro aún más maoísta, Martín que es el ejecutivo perfecto, otro hermano con Jordi Pujol, una chica en el partido comunista, los dos hermanos pequeños estudian uno en un colegio del Opus y otro en los jesuitas.

—Una familia con voluntad de supervivencia mande quien mande.

—Justo. Es una ley inexorable. Toda clase dominante tiende a perpetuar su poder reproduciendo otra clase dominante, sea por la vía de la herencia económica, sea por la vía de la adaptación política o del poder cultural.

Ni una brizna de ironía. Parra tenía pegado a la lengua el lenguaje de

germanías, el suyo, como Bromuro o *el Martillo de Oro*.

—Salgo de este Banco con la impresión de que me llevo algo sin pagar nada a cambio.

—Envíale un cheque a Leopoldo Calvo Sotelo o a Trías Fargas; están metidos en el Consejo de Administración.

—¿De cuánto?

—Yo calculo que mi hora de trabajo me sale a cuatrocientas sesenta y seis pesetas. He gastado contigo dos. Son novecientas treinta y dos pesetas. Te hago un descuento y te lo dejo en ochocientas o les haces tú un regalo a los jefes y les mandas mil pesetas.

—Florentino. Este amigo mío también era poeta.

El bedel levantó los ojos y estudió al uno y al otro por si era objeto de alguna broma.

—Poeta social, de los suyos.

—La poesía no es ni social ni tangerina, o es poesía o no es nada.

Dijo el bedel sin ira, pero con la dignidad de Pedro Crespo ante el intento de ultraje de los tercios reales.

NÚÑEZ llegó puntual con su fiel jersey inasequible a la suciedad, las puntas de la camisa flotantes sobre el cuello como avanzadilla de un extraño vegetal escondido, la mirada gandula y la sonrisa fija según el más puro estilo *Actor's Studio*.

—En este país sólo son puntuales los que han hecho trabajo clandestino.

Núñez rechazó la carta que le ofrecía la dueña.

—Crudités para empezar y luego el *confit d'oie*.

Secundó Carvalho la petición de *confit d'oie*, pero escogió unos caracoles a la borgoñona de primer plato. Eligió un St. Emilion entre la escasa variedad de la carta de vinos y ya ni Núñez ni él tuvieron la menor excusa para afrontar la necesidad de conversar y mirarse. El embarazo de Núñez formaba parte de la liturgia de su comportamiento. El de Carvalho era un eco residual del pasado respeto mítico, el mismo que conservaba ante un viejo profesor o alguna de las figuras que había admirado. Con un suspiro, Núñez sacó una fotografía de un billetero deslucido en el que se entrevió un solitario billete de quinientas pesetas.

—Tenga. Es como un recuerdo de familia.

Una foto de aficionado, con el borde acanalado, algo mate ya. En pie cuatro muchachos y dos sentados en cuclillas. Entre los dieciocho y los veinte años en 1950, ahora parecían salidos de un tiempo no delimitable pero lejanísimo. Traje chaqueta todos, corbata todos, menos el adivinable Marcos Núñez sentado en cuclillas con traje chaqueta y un jersey hasta la nuez. Jaumá era sin duda el de más a la izquierda entre los que estaban de pie. Pelo completo y los rasgos sefarditas algo más agudizados por la delgadez.

—¿Los otros?

—Por orden de aparición escénica. Junto a Jaumá, Miguelito Fontanillas, abogado, como todos nosotros, pero ejerciendo y bien. Es

decir: abogado de no sé cuántas empresas, tres casas, cuatro piscinas.

Despeinado, algo bizco, en la fotografía tenía un gesto simpáticamente achulado; a pesar del traje hubiera podido parecer un joven golfo de barrio disfrazado de domingo.

—Tomás Biedma, abogado laboralista. El más alto. El que parece la imagen misma de la sensatez y la gravedad. Es el más rojo de todos nosotros. Al menos más que yo. Capitanea un grupúsculo de extrema izquierda.

Había algo de joven príncipe borbónico en aquellas facciones de sensualidad contenida por la juventud.

—Tiene aspecto de alcalde de ciudad importante.

—Nunca llegará a alcalde si no consigue asaltar el Palacio de Invierno. Ya le he dicho que pertenece a la extrema izquierda. De mí piensa que soy un revisionista y un cínico. Que soy un cínico lo piensa mucha gente, pero por motivos diferentes a los de Biedma. Dice que soy un cínico porque sé lo suficiente para no ser un revisionista y sin embargo sigo siendo un revisionista. El otro que está de pie es el novelista Dorronsoro.

—¿Cuál de ellos?

—El hermano menor. Juan. Acaba de publicar *Los cansancios y las noches*. Yo soy uno de los personajes. No se moleste en leerla por esta causa. Salgo tal como usted mismo me ve.

—¿Sabe usted cómo le veo?

—Es uno de mis ejercicios preferidos. Pensar en cómo me ven los demás. A veces los ayudo a totalizar la imagen, a veces trato de desconcertarlos. Pero por poco tiempo. Me canso en seguida de todo, menos de estar cansado. Además, concentrarse demasiado en algo impide una disposición abierta a captar todo lo que pasa alrededor de ese algo. Ya se habrá dado cuenta usted de que el esfuerzo no va conmigo.



—¿Y éste?

Junto a Núñez, también sentado en cuclillas, un muchacho que parecía la imagen misma del alborozo. Pelo espeso como una boina, gafas cargadas de dioptrías, rasgos pequeños y duros, en la fotografía suavizados por una amplia sonrisa y todo el ademán del cuerpo acompañando el saludo del brazo al fotógrafo.

—¿Quién les hizo la foto?

—Hay una seria polémica sobre la cuestión. La señora Biedma sostiene que la hizo ella, y otro amigo que no aparece en la foto reclama para sí la paternidad, sin duda con una cierta coartada técnica: es o quiere ser director de cine. Se trata de Jacinto Vilaseca. Ha tenido mala suerte con lo del cine, ya sabe usted, es una industria difícil y Vilaseca tampoco se presta a según qué cosas. También es de extrema izquierda. Ha sido incluso propietario de un pequeño grupo político, como Biedma, aunque no el mismo.

—Vaya carnada. Sobre un total de siete amigos, dos grupos extraparlamentarios, un manager, un abogado de postín, un novelista, usted, ¿y éste? El de las gafas. No me ha dicho su nombre.

—Argemí. En esta época estaba llamado a ser el heredero de la gran tradición poética catalana. Ahora es un importantísimo fabricante de yogur. Es al que menos veo. O está en el extranjero o en su casa del Ampurdán, una inmensa masía del siglo xvii que él ha convertido en un palacio del siglo xxi.

—Quisiera las direcciones de todos ellos.

Metió la mano Núñez por la boca del jersey y de un supuesto bolsillo de la camisa extrajo un papel doblado.

—Aquí están. Ya he previsto que las necesitaría.

—¿Qué relaciones conservaban con Jaumá?

—Muy buenas. Pero de uno en uno o de dos en dos. Sólo nos hemos

reunido todos en dos ocasiones. En una fiesta que me dieron cuando volví del exilio y hace un año, más o menos, a causa de Jaumá. Le entró un neura de espanto y quiso que nos volviéramos a ver. Fue una catástrofe. De uno en uno o de dos en dos en seguida recuperamos el lenguaje y nuestra historia. Pero todos juntos tratamos de recordar y recuperar la imagen de cada uno con respecto a los demás y acabamos hechos un lío y defendiéndonos desde posiciones actuales. Yo leo en sus ojos que esperaban más de mí y les sugiero que quizá yo esperara más de ellos. Entonces se vuelven agresivos.

—¿Todos?

—Dorronsoro no. Habla poco. Creo que nos estudia como personajes para sus novelas. Como escribe a un promedio de diez líneas diarias, con nosotros tiene material para toda la vida.

—¿Jaumá demostraba especial confianza con alguno de ellos?

—A Fontanillas le ha encargado algunos trabajos en relación con la empresa. También ha utilizado a veces a Biedma, porque confía mucho en su «racionalismo». Con Argemí ha hecho algún viaje.

—¿De negocios? ¿De placer?

—Más bien de placer. Con las mujeres propias.

—¿Y las mujeres?

—Más o menos formaban parte también del grupo. Casi todas fueron novias en los años de la Universidad. Creo que todas, menos la mujer de Argemí. Es hija de fabricante de yogur, de pequeño fabricante de yogur. Luego llegó Argemí y sobre el pequeño tinglado ha armado una industria importantísima. Exportan al mundo entero.

—¿Los Aracata?

—Exacto. Se llaman así porque empezaron el negocio dos socios. El uno aragonés y el otro catalán, el suegro de Argemí.

El *confit* era excelente, tostada, consistente la grasa convertida

cualitativamente en otra cosa llena de sorpresas táctiles. Puntos de sabor deslizante, ligeramente quemados, crujientes entre los dientes la piel adherida a la inmediata capa de grasa. La carne fibrosa pero nada reseca, empapada de bálsamos de hierbas y especias a lo largo de su sueño inmovilizado en la grasa fría. ¿Desean postre los señores? Núñez guiñó un ojo a Carvalho y pidió:

—Tráigame un yogur Aracata, un vaso de zumo de naranja y una copita de triple seco. Yo mismo me lo mezclaré. Se lo aconsejo, Carvalho. Es una receta del propio Argemí. La pide en todos los restaurantes y así vende un yogur más.

Núñez había bebido con moderación y comido sin excesos. Carvalho intuyó que cuidaba su madura juventud, que luchaba cotidianamente para que sus cuarenta y cinco años parecieran cuarenta y cuatro.

—Le voy a hacer la misma pregunta que haré a sus amigos. Deme su versión del asesinato de Jaumá.

—He leído novelas policíacas y sé que hay que buscar un móvil. Ya hay un móvil oficial: el ajuste de cuentas originado por la agitada sexualidad de Jaumá. La mujer lo pone en duda. Yo no tengo por qué ponerlo en duda, pero me parece un móvil demasiado preparado, como escenificado. Si perdemos de vista ese móvil, yo soy el menos indicado para proponerle otro. Según las novelas, Jaumá ha podido ser asesinado por cuestiones de negocios, o por una venganza laboral, o como consecuencia de líos de herencia, o en una disputa con cualquier posible amante de su mujer, o víctima de un error. Puede usted coger todo el abanico y hacerse aire. Cada posibilidad tiene más contras que pros. Hay asesinatos «por negocios» entre pequeños comerciantes o industriales que se ven «las caras» en la dura lucha cotidiana, no entre altos ejecutivos. Ya le he dicho que Jaumá cuidaba muchísimo los conflictos laborales y los eludía con mucha habilidad. Lo de la herencia es descabellado. Sus hijos

aún no tienen edad de matar para heredar y además su economía está prendida de alfileres. Posee muchas cosas pero la mayoría aún estaba pagándolas y el alto sueldo de ejecutivo queda aminorado cuando lo recibe la viuda sin los beneficios anuales. Hay algún seguro importante, pero que no garantiza el que Concha y sus hijos mantengan el estándar de vida anterior. Lo del lío amoroso por parte de Concha me resulta tan difícil creerlo como supongo que a usted después de haberla conocido. Queda el error. Igual se trata de un asesinato por error.

UNA NOTA de Biscuter le avisaba de una llamada del abogado Fontanillas. Los personajes empezaban a perseguirle, se dijo Carvalho, y llamó al teléfono que le indicaba la nota como el más adecuado para localizar al abogado a media tarde. Hasta dos secretarias intermediarias midieron la importancia del acceso a Fontanillas y la voz que se puso al otro lado estaba imbuida de ese énfasis con el que los curas, los médicos y los abogados pretenden hacernos olvidar que pueden llevarnos a la otra vida por el más mínimo de sus errores.

—Señor Carvalho. Encantado de conocerle. Sin más preámbulos, puesto que los dos somos hombres ocupados. La señora viuda de Jaumá, de soltera Hajar, me hizo un extraño encargo. Averiguar si las bragas encontradas en el bolsillo del malogrado Antonio estaban usadas o sin usar. Usted comprenderá que no me dedico habitualmente a estos menesteres, pero a título excepcional, por pedírmelo Concha, por tratarse de algo relacionado con mi gran amigo Jaumá, he movido peones, amistades. En fin. Estoy en condiciones de responderle. Eran unas bragas sin usar.

—¿Sin usar?

—Completamente nuevas para ser más exactos, si el detalle le interesa o le divierte. Le diré que el asunto me ha reportado alguna molestia porque hace unos minutos he recibido la llamada de un

inspector de policía dispuesto a saber por qué estaba yo interesado en ese pormenor. No he tenido más remedio que darles una explicación que le concierne a usted. Es decir, la policía ya sabe que usted ha empezado una investigación por cuenta de la viuda.

—Sabe más de lo que debería saber.

—No he tenido más remedio. Y ahora le dejo porque mis obligaciones...

—No cuelgue. Aprovecho la llamada para concertar una cita. Es importante que hable con los principales amigos de Antonio.

—Aguarde un segundo.

La voz enfática se suavizó cuando hizo un aparte del teléfono y preguntó a la secretaria qué horas tenía disponibles al día siguiente.

—¿Le gusta hacer deporte?

—Deportes imaginativos. Comer. Joder.

—Lamentablemente no puedo complacerle en nada de eso. Mañana tengo una hora libre de 11 a 12 y pienso destinarla a pasarme por el club Cambridge a jugar un poco al frontón, una sauna, masaje. Con mucho gusto le invito y de paso charlamos. Puedo llevar invitados. Y ahora disculpe. Hasta la vista.

Sin opción de réplica, Carvalho se vio implicado en un turbio asunto deportivo. Colgó el teléfono y realizó unas cuantas respiratorias paródicas en busca de aires perdidos de antiguas gimnasias. Incluso flexionó las rodillas y se quedó sentado en cuclillas, riéndose sin saber muy bien por qué. Fue el momento escogido por Biscuter para entrar empujando la puerta con una rodilla, las manos cargadas con cestas desbordadas de verduras y botellas de detergentes.

—¿Se ha caído, jefe?

—No. Es que estoy bien así.

—¿Va bien para la columna vertebral?

—Va bien para algo de lo que no me acuerdo, pero va bien.

—He ido hasta la Boquería a comprar unos pies de cordero. Los voy a hacer con alcachofas y guisantes. Sé que le gustan. También hay que hacer una limpieza general de todo. ¿No huele usted a polvo?

Una vez en pie comprobó que le dolían las piernas desde las rodillas hasta los pies.

—Hay que hacer gimnasia, Biscuter.

—Más gimnasia de la que yo hago. No paro. Cuando no hay nada que hacer me lo invento. Algo que me enseñaron en el hospicio. La pereza es la madre de todos los vicios.

—Déjalo ya, Biscuter. Cuando te pones moralista me revientas.

—¿Un café, jefe?

—Un vaso de orujo frío. Voy a salir y quiero que me cites a todas estas personas de una manera racional. Es decir, no me cites a dos a la misma hora. Apriétalos para que pueda verlos a todos en un día.

Añadió el nombre de Gausachs a la lista que le había dado Núñez.

—Biscuter, pon un tono de voz adecuado. Que no te salgan esos gallos de vicetiple. Has de parecer un secretario de verdad.

Mientras Biscuter manejaba el teléfono, Carvalho trató de situarse frente al muro del enigma Jaumá. Ninguna puerta de entrada. Tampoco a la vista el lado propicio para escalar la pared. Una serie de movimientos hacia el éxito o el fracaso a partir de la casi evidencia de la falsificación del móvil. El asco con el que Carvalho solía acoger casos menores, casi todos producto de la usura moral de gente pequeña, parecía preferible a la inquietud con que se enfrentaba a un desafío tal vez por encima de sus posibilidades. ¿Cuáles son mis posibilidades? Voy a remover veinte posos y tal vez en algunos esté la clave del crimen. ¿Y si no? Señora Jaumá, las bragas pueden ser todo lo nuevas que quieran, pero su marido murió como consecuencia de una camorra. Tal vez en lugar de pedirle a

la chica las que llevaba puestas, le quitó unas nuevas del cajón de la cómoda o del armario. O tal vez se insinuaba enseñando unas bragas nuevas:

—Señorita, si se quita las bragas que lleva puestas le regalo unas nuevas.

Al fin y al cabo las tesis del *Martillo de Oro* no tienen por qué ser infalibles. Cuatro golfos incontrolados putean a una muchacha y aparece Jaumá. Se dan cuenta de que va forrado y se presentan de pronto para chantajearle. Jaumá se resiste. Le dejan seco. Pero ¿por qué las bragas? Ese detalle sólo podía obedecer a dos causas: o porque forma parte del ritual del ajuste de cuentas chulesco o porque se conozca la personalidad de Jaumá lo suficiente como para saber que muchos encontrarán lógica su muerte «detrás de unas bragas». El *Martillo de Oro* niega la primera posibilidad. Queda la segunda. ¿Y la torpeza de poner unas bragas limpias, nuevas? ¿Y las prisas por dar esta explicación como la justa?

—Jefe, le buscan.

Carvalho vuelve de su ensimismamiento y se da cuenta de que no están solos. Dos muchachos melenudos le tienden la chapa de policía y están ahí, ante él, dentro de su despacho.

—¿José Carvalho?

—Sí.

—Nos envían a hacerle algunas preguntas sobre el asesinato de Antonio Jaumá.

Ha de buscar Biscuter otra silla en el cuarto de baño y la trae, fría, de fórmica azul y metal. Carvalho mueve con disimulo la manivela que permite alzar su propio asiento y ganar unos centímetros sobre sus interrogadores.

—¿Es usted detective privado?

Les tiende Carvalho un carnet que ni miran.



—En España los detectives privados no suelen meterse en camisas de once varas y mucho menos en terrenos que ya pisa la policía.

—Por lo que yo sé, el caso Jaumá se dio por cerrado.

—¿Por qué lo abre usted?

—Es un encargo de la viuda.

—El jefe nos ha dicho que de momento le diéramos un consejo: nada de voces. Cualquier cosa qué usted sepa nos la ha de decir. Mucho ojo con que se entere antes cualquiera que nosotros. Un carnet de detective privado puede durar media hora si nos da la gana.

—No quiero que me den el Oscar ni el Nobel. Sólo quiero que mi cliente me pague, y en cuanto sepa algo, por descontado que se lo diré en primer lugar al cliente y luego ella decidirá.

—Cuidado con las atribuciones que se toma y a quien molesta. Luego se echan sobre nosotros y hemos de dar explicaciones. El jefe nos dice que no se crea usted el James Bond.

Biscuter miraba a los jóvenes policías y a su jefe como si estuvieran jugando al tenis.

—Me parezco más a Gregory Peck.

—No se lo tome usted a guasa.

Intervino con la voz crispada el hasta ahora silencioso:

—Hemos venido de buenas maneras, pero sabemos con quién hablamos. Tiene usted un historial muy raro y el jefe al leerlo se hacía cruces de que le hubieran dado el carnet de investigador privado.

—Conocía al sobrino de un sobrino del primo del ministro de Gobernación de la época.

—¿Cuándo fue eso?

—Aún vivía el glorioso general Franco.

—Pues no habla usted de tiempo. Eso fue cuando lo de Matusalén.

EL DIARIO de la tarde daba la noticia del hallazgo de un coche extranjero en el río Tordera. Bajaba el río con crecida inhabitual por las últimas lluvias y se había llevado el coche unos metros sin dejar ni rastro de su ocupante. Sólo se sabía que era un coche de alquiler de la compañía Avis contratado en Bonn por Peter Herzen. Lo curioso del hecho es que dentro del vehículo tampoco había ni rastro del equipaje y se adelantaba la hipótesis de que al viajar solo llevara la maleta en el asiento de detrás y de que la hubieran arrastrado las aguas.

Anohecidas las Ramblas, Carvalho empezó a captar los síntomas de que se acercaban las algaradas cotidianas. La policía de la Brigada Especial Antidisturbios había empezado a tomar posiciones según un ritual de perpetuo estado de sitio. Jóvenes contraculturales apolíticos y jóvenes contraculturales políticos divorciaban sus grupos. En cualquier momento podía aparecer un comando de ultraderecha actuando como provocador y por las aceras se deslizaban los militantes de éste y aquel partido en busca de sus sedes ya legales, sin ganas de verse mezclados en la inmediata trifulca, dispuestos a no verse desmontados de un porrazo del recién adquirido caballo de la legalidad y la respetabilidad histórica. Entre las ocho y las diez desaparecían putas, macarrones, maricones, hampones mayores y menores para no recibir de rechazo un golpe político. Desde la ventana Carvalho contempla el aumento de la tensión

Ramblas arriba y a su lado Biscuter se quejaba de lo peligrosa que se está poniendo la ciudad.

—Y aún esto es tranquilo, jefe. ¿Se imagina Bilbao? ¿San Sebastián? ¿Madrid? Los del Grapo y la Eta secuestrando. Los de la derecha disparando contra manifestantes. Y lo de los abogados. Quieren así desestabilizar la situación.

—Desestabilizar, Biscuter.

—Y eso ¿qué quiere decir exactamente, jefe?

—Creas la sensación de que el poder no controla la situación y de que el sistema político no sirve para garantizar el orden.

—Y eso ¿en favor de quién?

—Casi siempre en favor del propio poder, que así obtiene coartadas y cheques en blanco para hacer lo que le pasa por los cojones y como le pasa por los cojones.

—No hay derecho, jefe. Habría que colgarlos a todos. O mejor dicho: a pico y pala. A pico y pala los ponía yo. ¡Me cago en la mar! ¡Los pies!

El pitido de la olla a presión se había extinguido. Los reniegos de Biscuter llegaron a los oídos de Carvalho casi al mismo tiempo que los primeros gritos. En pocos segundos las Ramblas se convirtieron en un desfiladero nocturno lleno de seres humanos en estampida. Como soldados de plomo acristalados bajaba la Brigada Antidisturbios en una crispada carrera hacia el golpe. De pronto, como movidos por un resorte colectivo, se paraban y los manifestantes fugitivos se reagrupaban lentamente, disminuidos sus efectivos, pero aún suficientes para que alguien renovara los gritos de *Amnistía total* y los pelotones avanzaran de nuevo desafiantes hacia la policía. Otra carga. Entre la vanguardia de policías estalla un cóctel Molotov y la lógica de la carga se descompone. Diríase que la ira controlada anterior ha sido sustituida por una rabia aniquiladora. Al paso de la policía caen transeúntes cazados al vuelo de

las porras y los tiradores de bombas de humo y de balas de goma lanzan el cuerpo atrás para respaldar el disparo hacia los grupos que huyen. El ruido de un tiro pone alarma en los nervios del Carvalho mirón desde la ventana. La policía se ha detenido y se revuelve mirando hacia las bocacalles y hacia las ventanas. Un agente dispara una bala de goma ciega contra las fachadas y el público cierra los portones de los palcos con urgencias de lluvia. Carvalho entorna los postigos y por la ranura presencia una estilizada carga, movimientos rotos de las fuerzas del orden obligadas a pasar por tan escaso punto de mira. Desde la cocina grita Biscuter:

—¡Le echo la picada y ya está, jefe! ¡Ya he ligado el sofrito!

Cuando el olor de los platos le hace volver la cabeza, la paz ha vuelto a las Ramblas. La policía ha recuperado la vigilancia parsimoniosa del inicio y en las «tocineras» los guardias se relajan con las viseras de plástico levantadas.

—¿Estaban bien limpios?

—Yo mismo he rascado los pocos pelos que les quedaban. Están tiernísimos.

Sobre la base del sofrito y la picada se ha construido una buena cocina popular, la catalana; y Biscuter tiene aprendida la lección. Come el hambrecillo sin quitar la vista de Carvalho por si se le escapa el necesitado comentario elogioso.

—De rechupete, ¿eh, jefe?

—Correcto.

—¿Correcto sólo? Hosti, jefe. A usted hay que hacerle cojones de periquito a la bechamel para que diga ¡buenísimo, Biscuter! ¡De puta madre, Biscuter!

Minutos después, Carvalho se toma un carajillo en el Café de la Ópera, rodeado de restos de manifestación y de los primeros caracoles de

la fauna ramblesca salidos de sus madrigueras. Carvalho selecciona intuitivamente los que pueden ser policías disfrazados. Entre los disfrazados y los qué llevamos un policía mental prohibidor ¿quién de aquí no es policía? Dos aprendices de maricón se acarician bajo un espejo modernista que reproduce la ternura de sus nucas. Diecisiete muchachas disfrazadas de fumar grifa y de haberse ido de casa, acaban de llegar de sus casas y piden al camarero agua mineral sin gas. Doscientos treinta clientes del Café de la Ópera dan el espectáculo sobre su isla en cinemascoppe, contemplada desde fuera por transeúntes tímidos que van de mirón o de putas. Los camareros se abren paso entre los isleños como serpientes blanquinegras y el imán de sus manos sostiene bandejas de latón, antaño corroídas por absentas volcadas en las noches locas de los señores y sus fulanas de moaré.

—¡Más madera, que es la guerra!

Grita un jorobado doble que trata de abrirse paso. Las ropas huelen a hierba. Los sobacos a cuerpo. Las voces a tabaco y a bocadillo engullido como una gasolina que garantice el largo viaje del cuerpo de la nada a la muerte, pasando por la más absoluta inapetencia. Sobre los hombros y la cabellera de un hombrón huesudo, un niño de dos años se asoma al pozo de un *gin-tonic* y acepta el chupachup de fresa que le tiende un camarero de mejillas rosadas. En un rincón el joven pretuberculoso escucha solo su solo de guitarra con las guedejas de pelo sucio derramadas sobre las cuerdas. En la puerta se abren de piernas dos antidisturbios con la visera calada, la sonrisa de sorna aplastada por la mirilla de plástico. Ni avanzan ni se van. Miran y probablemente escuchan el silencio que han creado, roto por alguna tos y el toque de los vasos abandonados sobre los veladores de mármol. El niño se echa a llorar. Los antidisturbios se marchan.

—¿NO CONOCE usted nuestras instalaciones? ¿No se ha dado usted una vuelta por nuestro bosque privado? ¿Quiere usted hacer un recorrido para familiarizarse con la mansión?

Carvalho duda si Gausachs ha dicho una de estas tres cosas. La que ha dicho o las dos que ha sugerido su entonación. Alto, con el tórax en forma de campana, la espalda tiesa, rubio cabello caro de joven patricio del textil con algún ingeniero inglés o su hija entre sus antepasados, la corrección misma en unas facciones griegas algo hinchadas en los primeros años de la treintena por un exceso de mesa y bebida, ademanes de jefe de protocolo, mirada semientornada, sonrisa contenida y sólo un brazo en movimiento suave para indicar asiento, memoria, olvido, dirección a, un castellano forzado para evitar las relajadas vocales catalanas, falsamente acastizado para estar a la altura de gentes importantes de Madrid:

—Me han explicao... he constatao... se ha cerrao y toda la jerga lingüística de joven ejecutivo: por supuesto, en base de, a nivel de, eso está hecho.

—Con mucho gusto se las enseñaré aunque ha de disculpar un cierto desorden porque estamos en obras. Cada maestrillo tiene su librillo y he querido adaptar a mi estilo sobre todo la parte de recepción. El llorado Jaumá, como en todo, era un intuitivo y no concedía excesiva

importancia al escenario. Incluso este improvisado despacho en el que le recibo hubiera sido inconcebible en sus tiempos.

Revestimientos de pared en madera de haya, mesa Res Mobel, nevera de despacho, tresillo Oxford en piel auténtica, tan delicada que diríase piel humana, alfombra india, un Sunyer adquirido en una reciente subasta, un regalo, apostilló Gausachs, un mueble bar donde el whisky de malta predominaba en torno a un cubo de hielo de plata maciza.

—Luego le enseñaré donde ejercía Jaumá. Parece la oficina de un almacén del Pueblo Nuevo o del Pueblo Seco, de un barrio de éstos. Era un hombre de intuiciones geniales pero un poco chapado a la antigua, aunque puede decirse que estaba en plena juventud. A nivel de gestión, un águila. Pero a nivel de representación, de imagen, vivía con cincuenta años de retraso.

—¿Ya se ha hecho usted cargo totalmente de la empresa?

—Me asesora una junta enviada desde la central de Londres, pero próximamente se irán.

—Según los especialistas en la Petnay, y usted sabe que los hay sobre todo desde el golpe de Chile, junto a los altos cargos de gestión, por ejemplo usted, siempre hay altos cargos... políticos. Algo equivalente a la función del comisario político en los ejércitos populares.

Milagrosamente Gausachs conseguía reírse sólo con el labio inferior, maravilla técnica que dejó boquiabierto a Carvalho.

—Las multinacionales no sé si pasarán a la historia de la Economía, señor Carvalho, pero desde luego ya tienen un lugar en la historia de la Literatura, capítulo de Cuentos y Leyendas. Absurdo. Completamente absurdo. No le negaré que hay gestiones que rozan la política y, más que la política, la legislación vigente. Esas gestiones se realizan a altos niveles políticos, pero las realizo yo, Martín Gausachs Doménech, ¿comprende?, como en su día las realizaba el señor Jaumá.

—¿Nada escapa al control de un gerente general de zona?

—Absolutamente nada. Cada uno de nosotros tiene contactos bilaterales trimestrales con la dirección y cada semestre hay una convención general. Periódicamente pasan inspectores de zona o generales y hay una especie de comité de administración central que cumple el papel de gran cerebro contable.

—Dieter Rhomberg ya no es el inspector de esta zona.

—En efecto. Ha dimitido.

—¿Cuándo?

—Yo me enteré ayer. Recibí un télex de la central en el que dicen: Desde hace dos meses Rhomberg ya no es inspector de zona. Ha dimitido.

—¿No es extraño que le comuniquen esa dimisión con dos meses de retraso?

—Desde la muerte de Jaumá ha habido algunos desfases, evidentes décalages en base al necesario período de reajuste abierto y que aún tardará en cerrarse. Aunque estas grandes empresas son como maquinarias gigantescas, el factor humano cuenta y sobre todo en el caso de Jaumá, un hombre muy personal, con muchas cosas en la cabeza y poco uso de la agenda. Montones de rincones dejados por Jaumá aún no han sido explorados. Confiaba en su prodigiosa memoria y eso no se hereda. No se fiaba de la división de poderes y trabajos. Imagínese usted. Esta empresa tiene un equipo de administración impresionante, absolutamente fabuloso y con un centro de cálculo comparable al del Pentágono. Pues bien. ¡Jaumá hacía repasar las cuentas de su jurisdicción por misteriosos contables amigos suyos!

De nuevo la risa plana, como si fuera una lámina descargada a síncope por el labio inferior de Gausachs.

—¿Sospechaba de algo o de alguien?

—No. No creo. Era una manera de ser en base a un origen rural o algo



así, provinciano, eso es. Era un poco provinciano en algunas cosas.

—¿Le tenía usted aprecio?

—Apreciaba sus cualidades profesionales, innegables, aunque muchas cosas yo las hubiera hecho de otra manera. —Ahora podrá hacerlas.

—Se me ha complicado mucho la vida. El puesto de Jaumá obliga a viajar mucho. He de dejar mi adjuntía en la Universidad y ahora mismo se me plantea un problema de conciencia. ¿Me presento como candidato a diputado para la próxima legislatura de las Cortes? Un grupo de amigos me anima a que lo haga. Catalunya necesita hombres de empresa que la representen en los supremos órganos legislativos.

—Y los órganos legislativos necesitan la representación de Catalunya a través de los hombres de empresa.

—Sin duda. Pero no sé si podré alternar la responsabilidad política y la responsabilidad profesional. Creo que hay que elegir.

—¿Qué elegirá?

—De momento, sin duda, tal como están las cosas hoy, a las diez de la mañana, en base a los datos que todos tenemos y a nivel de decisión estrictamente privada, elijo la Petnay. Puedo esperar otra convocatoria de elecciones y, por supuesto, de momento este cargo me fascina.

—¿Qué fabrica la Petnay en España?

—Fabricar, fabricar, sobre todo cosmética, farmacia, abonos, piensos, industria alimenticia. Pero tiene cadenas de acabado de muchísimos otros productos y no es un secreto que los intereses de la Petnay participan en condiciones cualitativamente determinantes en muchos otros sectores industriales del país.

—¿Cualitativamente determinantes?

—Es una expresión que yo he acuñado en mis clases sobre la inversión exterior. Muchas veces no es necesario que la gran empresa internacional controle el 51 por ciento de las acciones. Le basta con tener

un paquete de acciones suficiente para garantizar el equilibrio interno de la empresa y su imagen exterior de cara al crédito bancario.  
¿Comprende?

CASI NADA quedaba de aquel muchacho despeinado, algo bizco, simpático, achulado. Tenía el suficiente pelo como para no ser calvo, pero no el requerido para poder ir despeinado. Gruesos cristales diluyentes parecían haber corregido el estrabismo por el procedimiento de sumergirle los ojos en un mar de distancia lechosa. Arrugas, surcos en ambas mejillas, ahora convertidas en desagües para el reguero de sudor que le brota de las raíces del cabello, mientras el abogado Fontanillas se esfuerza en seguir los movimientos del monitor.

—Esa cintura. ¡Esa cintura! Trabaje esa cintura, así, ¡así! ¡¡así!! Con rabia ¡U ao! ¡U ao!

Con un resoplido da por terminada Fontanillas la gimnasia y se encamina hacia la bicicleta fija. Mientras tanto Carvalho se va vistiendo con ropas prestadas para los visitantes. Camiseta y shorts blancos, debajo unas bragas de nailon rojo para la sesión de piscina y sauna. Carvalho mueve las piernas como en la fase de precalentamiento de un partido de fútbol. Las rodillas le crujen, pero conserva elasticidad muscular suficiente para saltar con flexibilidad sobre las zapatillas de gimnasia. Como si cumpliera todas las estaciones del vía crucis, resoplando, sudoroso, Fontanillas le indica con un ademán que le siga. Escogen raquetas y se introducen en la habitación frontón que finge verdes de primavera. Los primeros pelotazos resuenan contra la pared huecos y

duros. A veces da la pelota en el límite metálico de tolerancia y el ruido del fracaso parece como el chasquido de una máquina denunciadora. Deporte de refugio antiatómico en el que la blanca pelota de tenis no puede escapar hacia el cielo ni rebasar ninguna orilla en busca de escondite. Condenadas a rebotar y rebotar hasta una prematura vejez de gomas calvas y finalmente la muerte un día, un pelotazo, un corte por el que sale el liberado aire interior y el alma del caucho se va a los cielos.

Fontanillas tiene los reflejos educados por este frontón de animales subterráneos. Cada jugada afortunada pone a prueba sus largos músculos y la sonrisa semiescondida en un gesto de fatiga indica que ama y necesita esta victoria menor. Para Carvalho el ir y venir de la pelota, unas veces expulsada por las paredes laterales, otras lamiendo el techo y con un rebote semimuerto en el frontón, se convierte en una multiplicación de idas y venidas, las más veces infructuosas. Cuando le asoma a la piel su escaso sudor dormido ya ha educado sus ojos y sus brazos al ir y venir de la pelota y responde precariamente al juego sin coricesiones de Fontanillas. Consulta el reloj el abogado, agacha la cabeza y no acude a la recogida de pelota que le corresponde.

—Sauna y piscina. Allí hablaremos.

En bragas rojas avanzan por un pasillo moquetado y una puerta batiente los introduce en la zona húmeda del club. Una ducha fría, unas cuantas brazadas por la breve piscina cubierta unida al techo por un duro chorro de agua constante, secarse levemente con la toalla y entrar en la precámara del infierno cerrada por una pesada puerta de madera. Un recipiente de carbón caliente, bancos de madera, revistas maltratadas por el calor ambiental, relojes de arena en las paredes y termómetros, los dos cuerpos tumbados sobre un altillo como si hubieran sido introducidos por una pala de panadero en el horno y se cocieran lentamente. Los ahorros de sudor de Carvalho se dilapidan como aguas desbordadas y Fontanillas

le observa con la satisfacción del que le ha brindado una experiencia provechosa.

—Esto es sanísimo. No porque adelgace, sino porque abre los poros.

—¿No hay un sistema menos torturante de abrir los poros?

—Esto no es nada. Es la presauna. Por aquella puerta estrecha se va al verdadero infierno. Me estoy haciendo una torre en el Desierto de Sarria y he hecho que me instalen una pequeña sauna. Para mí es como revivir. Por cierto, se agota el tiempo. Usted dirá.

—No. Usted. Es usted quien ha de contarme cosas sobre Jaumá.

—Supongo que querrá cosas concretas. No que le hable al tuntún.

—¿Le consultó alguna vez Jaumá algo que pudiera aclarar las circunstancias de su muerte? Algún asunto peligroso.

—Yo soy un abogado de combate, señor Carvalho, de combates pesados: artillería, acorazados, superbombarderos. He ganado mi prestigio en las salas de la audiencia casi siempre en torno a asuntos empresariales de gran envergadura. He hecho ganar a muchos clientes y perder a unos cuantos. Ninguno se me ha muerto por estas causas. Hay crímenes entre campesinos por cuestión de márgenes o entre tenderos porque se hacen la competencia en la misma calle de un pueblo. Pero en el mundo de los grandes negocios las reglas del juego son dantescas, señor Carvalho, y todo el mundo las sabe. Al margen de esta reflexión, he de decirle que yo he asesorado a Jaumá en algunos casos en que lo empresarial rozaba lo personal. La Petnay tiene su propio equipo de abogados.

—Es curioso. En el seno de una empresa multinacional en la que todo está escrito y ligado, Jaumá recurre a sus contables de confianza, a sus abogados de confianza, casi a título personal.

—Mis minutas las pagaba la Petnay. No Jaumá. Nada de lo que yo sé puede ayudarle. Son consultas muy técnicas.

—¿Qué explicación da usted a la muerte de Jaumá?

—No tengo otra que la oficial, y me sorprende que Concha no se haya conformado con ella.

—Según parece los técnicos en macarrones, putas y todo eso no creen en esa explicación oficial. El detalle de las bragas es casi una ingenuidad. Además estaban sin usar, eran nuevas. Ninguna mujer se las había puesto nunca. ¿Para qué sirven unas bragas en el bolsillo si no huelen a mujer?

—No es necesario que lo hayan hecho chulos o sus señoritas. ¿Por qué no la venganza de un marido celoso o un amante sustituido o el padre de alguna chica? Todo eso se lo planteó la policía, interrogó a mucha gente y nada. Concha se ha movido por un impulso sentimental comprensible pero discutible.

—Usted no quiere que el crimen se complique.

—¿Cómo dice?

—Usted no tiene interés en que el crimen se complique. Se le nota por lo fácilmente que niega toda posibilidad de complicación.

—No quiero complicaciones inútiles. Nunca las he querido y ha sido un método perfecto para abrirme camino en la vida. Concha se está buscando complicaciones inútiles y la culpa es de Núñez. Yo le quiero mucho, pero Núñez es una calamidad. A sus cuarenta y cinco años sigue siendo un joven prometedor. Dentro de cinco años será un cincuentón fracasado. Va por el mundo viendo la paja en el ojo ajeno y las manchas de la Luna. Ahora duda de las causas de la muerte de Jaumá y pone peros. Lía a Concha en el asunto y ya la tenemos armada. ¿Por qué? ¿Para qué? Porque Núñez casi no tiene nunca nada que hacer. ¿Para qué? Para compensar su indudable frustración por no hacer nunca nada de provecho.

—Tener una mujer, unos hijos, una casa en el Desierto de Sarria, una sauna.

—Vamos. También es usted un *enragé*. Suponía que los detectives

privados eran más sensatos o más de vuelta de todo. ¿Pertenece usted a la célula de detectives privados del partido comunista?

—No. A la célula de gastrónomos.

—En ese caso le conviene pasar a la sauna propiamente dicha porque comer bien engorda y recibir satisfacciones éticas y políticas también.

NADA QUE oponer a la sensación de ligereza y flotabilidad con que Carvalho salió del taller de ejecutivos descompuestos. Parecía como si sus poros realmente absorbieran más y mejor el aire y cuando empezó a escalar el despacho del laboralista Biedma las piernas tenían alguna razón secreta para llegar cuanto antes. En la recepción un grupo de obreros escuchaba explicaciones sobre algo que había ocurrido aquella mañana en Magistratura de Trabajo. Una secretaria escribía a máquina en una esquina bajo un póster de la revolución portuguesa: un niño tiende la mano para coger el clavel que asoma de un fusil. Coge el fusil y deja la flor, piensa Carvalho, de lo contrario un día te pegarán un tiro y descubrirás con sorpresa que el clavel era una bala. Lo que discuten los obreros es el cierre de una sección de una fábrica de sanitarios. Un piso del Ensanche con mosaicos historiados, cegada chimenea de alabastro, portones de madera repujada sobre los que se ha colocado una capa de laca azul y en el mar de laca se abre un rectángulo que ocupa casi enteramente Biedma, alto, sólido, con los ojos grandes muy abiertos sobre un rostro cilíndrico. Los obreros callan y le saludan con el mismo respeto que si fuera un médico. Se sumerge Carvalho en el mar de laca azul y a sus espaldas queda Biedma intercambiando información con los contertulios. Un despacho eficaz lleno de muebles de oficina de los años cuarenta muy parecidos a los que llenan la oficina de Carvalho: archivo



de madera con persiana, librería acristalada, dos butacas forradas de hule raído en el cular y en las acodaderas. Sobre la mesa un cierto desorden que parece perder importancia cuando se sienta Biedma con suavidad, fija los codos como si sus brazos fueran arquitrabes para el cuerpo y con la voz lenta, honda y joven perpetúa la sensación de templanza que brota de su cara, sólo traicionada de vez en cuando por un tic de ojos fruncidos y en fuga buscando algún punto inexistente hacia el noreste.

—Acabo de tomar una sauna en compañía de Fontanillas.

Se ríe Biedma.

—¿Gratis? ¿Le ha salido gratis?

—No le he preguntado si le debía algo.

—Le enviaré factura.

Volvió a reír Biedma y sus facciones de primo hermano de Luis xv se aniñaron.

—Siempre ha sido igual. Cuando estudiábamos necesitábamos dinero. Ninguno de nosotros pertenecía a familias con mucho dinero. Tal vez Vilaseca, porque su padre era notario. Los demás temamos que ingeniárnoslas para sacar algún dinero: clases particulares, ventas de libros a domicilio. No es que nos faltara lo fundamental. Era para «los gastos». Quién más quién menos ejercía funciones de mercader digno. Fontanillas era un caso. Se iba hacia los grupos de las chicas de Filosofía y Letras y les vénula medias de nailon, perfumes franceses de contrabando. Llegó a hacerse coser dos cintas en el forro de la chaqueta, se la desabrochaba, la abría y enseñaba todo un muestrario de relojes, mecheros, medias. Pregonaba su mercancía por el patio: ¡relojes, mecheros, quién compra!

—Ahora es rico.

—Riquísimo.

—Y usted no.

—No.

—Pero usted irá al cielo y él seguramente tendrá que pasar una temporada en el purgatorio.

—Pienso en ello continuamente.

—¿Por qué es usted tan rojo?

En la sospecha de la burla, Biedma se olvidó por un momento del tic y estudió la sorna desarmada que había en los ojos de Carvalho.

—Porque soy fiel a mi propia lógica. Todos tuvimos iniciaciones políticas similares. Allí donde ve usted a Fontanillas o a Argemí, también ellos se han jugado el tipo y han impreso o distribuido propaganda. Han montado «seminarios de marxismo», sí, tal como se lo digo. Yo debo a Fontanillas la primera explicación sobre la ley de la oferta y la demanda. Siempre era el primero en enterarse de todo, el primero en utilizarlo y el primero en olvidarlo. Todos mis amigos o abandonaron a tiempo la lógica política o se quedaron anclados, como Núñez, fiel para toda la vida a un partido en otro tiempo revolucionario y hoy francamente reformista, fiel porque está casado con el partido o no quiere renunciar a los votos sentimentales que hizo casi treinta años atrás. ¡Treinta años! Casi, casi. Yo fui fiel a la lógica que liga la acción política con la voluntad real de cambiar la historia en un sentido progresivo y con la mayor aceleración posible, sin caer en un pactismo en el que las coartadas doctrinales no consiguen disimular la impotencia revolucionaria.

—No es usted el único «rojo». También Vilaseca parece ser muy revolucionario.

—Bah. Ése es un esnob. Un inteligentísimo esnob. Ahora ha descubierto la anarquía después de haber pasado por toda la fauna ultraizquierdista. Yo soy lo que era en 1950 aplicado a las necesidades históricas de 1977: un marxista leninista.

—Para usted Argemí, Fontanillas o Jaumá son algo así como dulces

traidores, Núñez un anquilosado y Vilaseca un esnob. Se lo ha puesto muy fácil para sí mismo.

—Yo no diría que Argemí, Fontanillas o Jaumá traicionaran algo. Simplemente fueron consecuentes con su origen e interés social y volvieron al seno de la burguesía para hacerse un lugar, el mejor posible. Núñez utiliza la militancia para no ser totalmente un fuera de juego y Vilaseca es un curioso, un chafardero de la Historia y la Política.

—¿Y Dorronsoro?

—Es un escritor, un artista, y a éstos hay que dejarlos a su aire siempre y cuando no sean totalmente regresivos.

—Jaumá ha muerto. ¿Por qué ha muerto Jaumá?

Una niebla, resultado de posibles evaporaciones de lágrimas ocultas, apareció en los ojos de Biedma. Bajó la cabeza.

—Es como si nos hubieran mutilado. Como si a mí me hubieran mutilado. Un hombre que era la vivacidad misma. No había cambiado, seguía siendo el mismo. Erotómano. Enloquecido. Afectivo.

Se ensimismó con la vista fija en un montón de ejemplares de una publicación ciclostilada titulada *Papeles Rojos*.

No a la monarquía fascista  
y al continuismo oligárquico.

—Cenamos pocos días antes de su muerte. Él acababa de volver de un viaje a San Francisco y quiso que yo le informara sobre la situación laboral ante la previsible legalización de todas las centrales sindicales.

—¿Le daba usted consejos sobre cómo tratar a los líderes de sus empresas?

—Yo no soy un asesor de empresarios, señor Carvalho. Con Jaumá

siempre me he limitado a darle mi versión política del momento, no le he dado consejos para que engañara a la clase obrera, sino para que no se engañara a sí mismo.

—¿Tiene usted ideas propias sobre su muerte?

—En un primer momento di por buena la explicación policial y aún ahora no tengo suficientes elementos como para darla por mala. Usted, según parece, sí.

—No. Yo estaba tranquilo en mi casa siguiendo a adúlteras y a adolescentes sensibles escapados de casa. De pronto me encargan que demuestre que la explicación oficial sobre el asesinato de Jaumá no explica nada. En eso estoy. Soy un profesional y mis motivaciones son rigurosamente económicas, aunque conociera hace años a Jaumá en Estados Unidos. Nos vimos durante tres días. Hicimos un viaje juntos por el desierto de Mohave, desde Los Ángeles a Las Vegas. La última vez que le vi estaba jugando a la ruleta en el Caesar de Las Vegas. Yo traté de despedirme varias veces y él no levantaba la vista del tapete. Aproveché un despegue de sus ojos para hacerle un signo de despedida desde la otra punta de la mesa. Ni siquiera sé si me vio.

—Él, que era un hombre de orden, tenía un hobby apasionado y peligroso: el juego. Yo que soy un hombre de desorden tengo un hobby decadentemente sereno y reposado.

—Toca el violín.

—No. El arte. Soy un auténtico especialista en pintores de segunda. ¿Sabe usted lo que muchas veces separa a un pintor de segunda de un pintor de primera?

—No.

—Nada. Absolutamente nada. La historia del arte, y supongo que también la historia de la literatura, están llenas de amargas injusticias. Una época consagra valores y los transmite en bloque a la siguiente.

Jamás se revisa si fue injusta la clasificación originaria. En el taller de Velázquez había al menos dos discípulos que pintaban como él. Veá.

Se levantó como un príncipe lento para acercarse a la estantería. Al abrirla enseñó su interior lleno de cajas metálicas iguales. Eran maletines clasificadores de diapositivas. Sacó varias transparencias de una de las cajas y llevó hasta la mesa un visualizador.

—Mire por aquí. ¿Qué ve?

—Un cuadro. Muchachas refrescándose los pies en un riachuelo.

—¿De quién diría que es el cuadro?

—Parece de un holandés.

—Excelente. Siga.

—¿Rembrandt?

—Pues no.

Con la satisfacción de sus tesis comprobadas, Biedma dio la vuelta a la mesa y se instaló más que se sentó, determinado a proseguir la exposición de sus teorías.

—Es de Lucas Paulus, un discípulo de Rembrandt. Tenía que ver el cuadro. No figura en ninguna pinacoteca importante. Forma parte del tesoro de una iglesia flamenca de mala muerte. Tendría usted que ver el cuadro. Si llevara la firma de Rembrandt hoy figuraría en todos los tratados de arte. Mire esta otra.

—Lo siento, señor Biedma. Tengo un día apretado y repartido entre amigos suyos. Ahora voy a por Vilaseca y usted aún no me ha contestado a una pregunta que me interesa. En sus últimos encuentros ¿reveló Jaumá alguna preocupación especial, nueva?

—Quería dimitir. Encontrar otro trabajo antes de cumplir cincuenta años. Su tono era muy dramático al principio. Me lo dijo en el transcurso de la última cena. Luego la conversación se hizo más burlona. Acabó riéndose de sí mismo y recitando a Santa Teresa: «Vivo sin vivir en mí»,

etc., etc., para concluir con su frase preferida.

—¿Qué frase?

—La soledad del manager.

FRENTE a la pulcritud juvenil y pobre de Núñez, Vilaseca exhibía una provocadora imagen de marginación. Cabellos largos despeinados, bigote y barbas irregulares, una cazadora ex militar sin duda reliquia de algún héroe de Sierra Maestra, pantalones tejanos diríase que previamente arrastrados por un vertedero de basuras y luego planchados con una apisonadora, un macuto caqui de recluta de la posguerra y botas de soldado oscurecidas sagazmente con grasa de caballo flaco. Llegó a la cita con una muchacha esbelta como un bambú, manos de mimbre, cabello castaño peinado a lo afro, dos tetas que pedían excusas por su poquedad bajo una camiseta robada de algún Museo de la Esclavitud en el Mundo Antiguo.

—Donde comen dos, comen tres. Y el que invita a dos puede invitar a tres.

—¿Quién invita?

—Usted. Por descontado. Yo no. Llevo doscientas pesetas en el macuto y me han de durar hasta mañana. A cambio compartirá usted la mesa con dos celebridades. Yo y esta señorita: Ana Marx. No tiene nada que ver ni con Marx ni con los hermanos Marx. Le puse el nombre hace tres meses. Nombre artístico. Es una musa cinematográfica.

—Estás loco... loco...

Decía la muchacha con un asco pequeñísimo en la punta de la

naricilla arrugada.

—Elija usted restaurante, ¿cómo ha dicho que se llama? Carvalho. Colóquese a mi lado. Convengamos que el norte está allí, el sur se va por esa calle y luego el este y el oeste. Al norte, detrás de la iglesia de Santa María del Mar, tenemos El Borne, el restaurante de otro director de cine. *Self-Service* de unas cazuelas bastante buenas con guisos franceses y quesos ídem. Bastante bueno. Al sur un tascorro gallego, detrás de ese pórtico. Ya sabe usted lo que nos espera, y a estas horas está lleno. Andando un poco más, al este El Raim, cocina del país, casera, buena. Pocas mesas. Al oeste acaban de inaugurar...

—Conozco el barrio y el paño.

—Entonces usted dirá.

—El Raim estará lleno. Vamos a El Borne.

Es cosa suya. Luego no se queje a la hora de pagar.

Le guiñó el ojo y se puso a caminar ante él con un brazo sobre los hombros altos y puntiagudos de la muchacha.

—Estás loco... loco... loco.

Vilaseca llevaba el mismo disfraz que Stanley Kubrick diez o quince años antes, en la época en que rodaba *Odisea del espacio*. Incluso tenían cierto parecido físico.

—Yo la pintaría de color lila y dentro pondría un zoco árabe.

Dijo señalando la iglesia. La rodearon y se abrió la perspectiva del Paseo del Borne, como un capricho de calle ancha y arbolada en el contexto del viejo barrio medieval lleno de callejas gremiales umbrías.

—Pobre Jaumá.

Y sus párpados cayeron como si fueran tapaderas de ataúd.

—Me ha sugerido un argumento cinematográfico. Escuche. Un alto ejecutivo obsesionado por el mito de Gauguin decide dejar a la familia y el trabajo y marcharse a Tahití. El título podría ser *Gauguin 2* o *Tahití*.



Coge el metro en una hora punta y llega a una barriada obrera. Imita los modos de vida de los tahitianos. Se junta con una chica de fábrica, una canaca del cinturón industrial barcelonés. Nadie le conoce. Se siente feliz inicialmente pero hay una serie de barreras mentales de clase que no puede superar. Llega la infelicidad propia y ajena. Él ha introducido la insatisfacción como un virus desconocido por los tahitianos. Para no causar más desgracias a los demás ni a sí mismo, se suicida. Ana hará de joven obrera.

Le aparta el brazo de sobre los hombros, la aleja como para verla con perspectiva.

—No crea. Ya sé que parece lo que es: la hija de un ricachón que ha sido concejal del Ayuntamiento. Pero en cine da muy bien para papeles críticos. Usted seguro que podría hacer de asesino. Una especie de Richard Widmark a la española. Saque un poco los hombros, por favor. Así. Ponga las palmas de las manos hacia afuera. Así. Camine un poco. Vamos. No se envare. Los españoles parecemos hechos de cemento rápido. No tenemos soltura corporal. Somos como volúmenes incapacitados de establecer una relación con el espacio y modificarlo mediante el movimiento. Si quiere, el papel es suyo.

—¿Qué papel?

—El de asesino de Jaumá.

—¿No se suicidaba?

—Caben las dos posibilidades.

De detrás de la barra llegaron algunos saludos para Vilaseca y en su seguimiento Carvalho subió por una estrecha escalera de caracol hacia el altillo de dos piezas que era todo el territorio del restaurante. Sobre un aparador se insinuaban varias cazuelas de inmejorables contenidos y una bandeja llena de arroz indio cocido. Colocó Vilaseca el macuto sobre una mesa en señal de toma de posesión e invitó a Carvalho a seguirle hacia el

aparador. Sobre un plato desplazado de una pila, Vilaseca situó una tonelada de arroz y civet de liebre. Eligió Carvalho lo mismo y cuando ambos llegaron a la mesa, derrengada sobre una silla la muchacha contemplaba con angustia la isla de su plato sólo habitada por una cucharadita de arroz y algunas briznas de goulash.

—No tengo nada de hambre... pero es que nada.

—No come otra cosa durante todo el día. Para desayunar, para comer, para cenar. Sólo come ese comentario: No tengo nada de hambre, pero es que nada.

Había asomado en Vilaseca una extraña intransigencia paternal ante la hija inapetente y la chica se rebeló.

—Pues soy yo la que como con mi boca. Y como lo que quiero.

—Luego vas por ahí. Limando las paredes con las manos. Pero no porque imite a Monica Vitti, no. Porque se cae de debilidad. Oiga, está buenísimo. ¿A qué vino invita? No hablemos más. Elijo yo. Murrieta tinto.

—¿Qué relación mantenía usted con Jaumá?

Con la boca llena de civet y arroz, Vilaseca se puso a gesticular violentamente sin decir nada. Cuando el bolo digestivo inició su caída en el esófago, aclaró:

—Paternal. Relaciones paternas. Él me reñía como si yo fuera un niño. Tienes que ser un hombre de provecho, Vilaseca. Bueno. No con estas palabras. Yo le irritaba. Mi total disponibilidad. Mi total libertad le irritaba porque las envidiaba.

—Me da asco la comida.

Dijo la chica contemplando los platos como si estuvieran llenos de inmundicias.

—Vete a tomar el fresco por ahí. No se puede comer junto a una inapetente. Da mala suerte. Anda, vete ya por ahí.

Salió la chica enfurruñada y con toda la dignidad de un mutis preñado de despecho.

—Una mal criada. Pero tiene un gran temperamento y da mucho ante la cámara. Es muy sexy. Usted la ve así y dice: no tiene nada. Pues si tiene. Y esas dos tetas que parecen dos ensaimadas mallorquinas, desnudas y en la película, tienen el encanto de las tetas de la Olimpia de Manet. En cuanto consiga dinero me pongo a rodar y esta chica sube, sube. No a la manera burguesa. No quiero hacer de ella una estrella. Quiero producir perchas nuevas para un cine nuevo, al servicio de nuestro tiempo.

—¿Veía usted a Jaumá con frecuencia?

—Últimamente no mucho. No soporto el paternalismo. No se lo aguanto a mi padre, se lo iba a aguantar a él. Estaba nervioso. Últimamente le vi más crispado. Más crítico. Más envidioso. Se comía a estas chicas con las que yo voy. Con los ojos. Son chicas para navegar y él vivía fatalmente varado y cada vez más angustiado.

VILASECA se consideró indispensable para acompañar a Carvalho en su visita a Argemí. La muchacha los esperaba a la salida del restaurante semisentada en uno de los coches aparcados sobre el paseo central. Indolentemente los siguió y ya en el coche, cuando se enteró de los planes próximos, empezó a oponer obstáculos, primero con una cierta discreción pero ante las contestaciones evasivas de Vilaseca acabó gritando y exigiendo que la dejaran bajar del coche.

—Cambia de papel. Deja ya el papel de niña mal criada de buena familia y recita algo bueno. Por ejemplo, el diálogo de Gloria Grahame con Glenn Ford en Sobornados. Te pareces a Gloria Grahame, te lo he dicho cien veces. ¿Recuerda a la Grahame, Carvalho? Nació con la mirada más hermosa de este mundo, equívoca, tierna, lasciva. Tenía la expresión necesaria para sostener un diálogo inteligente. Te pareces mucho a la Grahame, Ana, en serio.

—Quiero irme. No soporto a tus amigos. No soporto el que os paséis cinco horas recordando majaderías que os hacen reír sólo a vosotros, sólo a vosotros. Yo me aburro. Sois aburridos.

—¡Pare, Carvalho!

Arrimó el coche a la hilera de los aparcados y aún finalizaba la maniobra cuando ya Vilaseca había saltado, abría la portezuela del asiento trasero e instaba a la muchacha:

—Baja. Vete ya a parir panteras. Tienes el día.

Bajó la chica con todo el empaque posible y al pasar ante Vilaseca dijo sin mirarle:

—Te espero en Zeleste a las once.

—Yo estaré en casa dentro de dos horas.

—Yo no.

—¿Adónde vas?

—Es cosa mía.

—Carvalho, lo he pensado mejor; no voy a ver a Argemí. Por favor, dígame que le llamaré uno de estos días. Tengo proyectos interesantísimos.

Se agachó más para que solamente Carvalho oyera sus palabras:

—Disculpe si no le acompaño. Es como una niña. He abusado un poco y he cargado el día de situaciones que a ella ni le van ni le vienen. Si alguna vez me necesita no tiene más que llamarme. Ha de cuidarse el pelo, caramba. Esas entradas. Yo estaba al borde de la calva y fui al médico a tiempo. ¿Sabe cuál era el problema? Nervioso. Vida doméstica. Consecuencia: calvo y gordo. Acabé con la vida doméstica y ya ve usted. Llámeme. No lo olvide.

La generosa disposición personal de Vilaseca era conmovedora. Por el retrovisor vio cómo el cineasta descomponía el gesto de comandante USA despidiendo al comando suicida y adoptaba la gesticulación del amante interesado por la congoja de la muchacha. Carvalho exploró con dos dedos en uve las supuestas entradas y se mesó el cabello por si había disminuido su consistencia.

—Cosas de este loco.

El mismo comentario que Carvalho había hecho en el coche apareció en labios de Argemí cuando le hizo un resumen del encuentro con Vilaseca. Bajo, de espaldas anchas, con vigor en un pelo negro donde

apuntaba el gris, mirada falsamente dormida tras un fondo de pozo de dioptrías, lento al explicarse con una voz sin duda temible en los momentos de enfado, Argemí aparecía siempre como sorprendido entre dos sueños, nunca recuperado de la cólera de despertarse o de la cólera de estar a punto de dormirse. A esta impresión contribuía el achicamiento de los ojos tras las rejas de lentes espesos y la morosidad de movimientos y dialéctica.

—Vengo sólo a firmar.

Dijo y comprobó por encima de las gafas el efecto que sus palabras producían en Carvalho. Se rio para arrastrar la risa de Carvalho y consiguió una sonrisa de solidaridad. Con una gruesa estilográfica sin duda carísima iba firmando los papeles que le sustituía una secretaria joven, pulcra, recatada, virgen como deben ser las secretarias de las empresas de yogur, producto al que se asocian ideas de pureza e inocencia sólo aplicables a las carnes de los niños que aún no han hecho la primera comunión. Porque es blanco, porque se recomienda a los enfermos y porque es barato, el yogur es como la violeta de los alimentos. La mano firmante mostraba parte de la selva pilosa que Argemí escondía a lo largo y ancho de su cuerpo de hombre-lobo traicionado por una carita de niño con gafas. El marco merecía ser el despacho de unas granjas para señoras desocupadas en la era de la pérgola y el tenis. Rosas las paredes forradas de raso, blanco el techo levemente estucado y pendiente del cuadrado de una lámpara cenital de cristal grabado con el vuelo de unos pájaros opacos. También grabado el cristal que respaldaba un mueble bar al que sólo faltaba la presencia de Ella Rames con los hombros desnudos y los ojos vaselinados ofreciendo un martini al oficial de la RAF a punto de partir para morir en el bombardeo de Dresde. O tal vez encajaría mejor Gene Tierney ofreciendo un manhatan y pidiendo la protección del oficial de la Navy a punto de

irse a la conquista de Alemania y volver con el mundo entero bajo el brazo, como si lo hubiera ganado en el tiro al blanco de una barraca de feria. Suelo de parket de roble sólido como los zapatos ingleses con mucho tacón que Argemí enseñaba enmarcados en la doble falda de una grave mesa acajonada doblemente y dejando en el centro un vacío teatral en el que las piernas de Argemí constituían el único espectáculo.

Cerró la pluma como si fuera de cristal, enarcó las cejas con el suficiente esfuerzo como para mantenerlas en alto una temporada.

—Bien. Usted dirá. Supongo que no habrá venido sólo para contarme cosas del loco de Vilaseca. Bueno loco, loco... Otra vez la risa personal y transferible.

—Ya me gustaría vivir como ese loco... Vive de puta madre, ¡de puta madre!

Se envainó una mano con la otra, hundió su cabeza en el pecho como para concentrarse más en el personaje que tenía delante y le alentó:

—Dígame, dígame.

—Usted parece haber sido uno de los compañeros de juventud que más siguió relacionándose con Jaumá.

—Tal como lo dice debo entender que ya no me considera joven.

—Ya no tan joven.

—Así está mejor.

De nuevo la propuesta de risa.

—He vuelto a abrir el caso y quisiera qué usted me contara cosas que me inciten a mantenerlo abierto. Es decir, cosas que hagan viable la sospecha de que Jaumá no fue asesinado como pretende la explicación oficial.

Suspiro lento. Meditación lenta. Movimientos lentos en búsqueda de la retaguardia del sillón con orejeras, lento descanso de la cabeza en una orejera, lento regreso a la posición inicial.

—Nada me permite ayudarlo. Todo lo que sé sobre Jaumá se lo conté a la policía y todo lo que sé y puedo contar hace perfectamente lógico el desgraciado final de Jaumá. Yo le conocía mucho, mucho...

Sacó un Davidoff especial de una caja de tabaco inglesa con humidor marca Dunhill. Con una ligera tea de madera de cedro calentó meticulosamente una punta del puro y cuando quedaron prendidos los cantos lo agitó continuamente entre dos dedos hasta conseguir un encendido total. Luego cortó la otra punta con un cortapuros de plata y succionó una compacta masa de humo.

—Por favor.

Dijo de pronto como molesto consigo mismo por un imperdonable olvido, y tendió a Carvalho la caja de los Davidoff. El detective estaba seguro de que la maniobra había sido estudiada y de que era un test para comprobar hasta qué punto Carvalho se sentía atraído por el tabaco de calité. Los ojos de Carvalho no habían abandonado el Davidoff desde que apareciera en la mano de Argemí como brotó la manzana en la mano de Eva. Con complacencia evidente Argemí observó que Carvalho repetía el encendido ritualesco, y cuando los dos Davidoff quedaron con las perfectas ascuas enfrentadas un vínculo de connaisseurs se había establecido entre el empresario y el detective. Se palmeó Argemí una leve tripita de animal lujoso.

—Jaumá no fumaba.

—Pero comía y bebía.

—¡Y jodia! ¡Y jodia! ¡No lo olvide! ¡Y jodia!

Risas y humos salían de la boca semicerrada de Argemí mientras recalaba su aseveración con el cuerpo volcado hacia Carvalho y el puro pugnativo en primer término.

—Viajábamos mucho. A veces solos. A veces con nuestras respectivas esposas. Viajar ayuda a conocer a las personas. Yo puedo



decir mucho, pero es que mucho, sobre la obsesión erótica de Jaumá. Entre otras cosas porque la comparto.

—¿Por qué viajaban tanto juntos?

—Digamos que a veces por afinidad y otras por negocios. Hay aspectos complementarios entre los negocios de Jaumá y el mío. Determinados productos de los que me abastece la Petnay a través de la filial equis, ¿comprende?

—¿Corroboras usted la impresión de que últimamente Jaumá estaba especialmente deprimido, casi angustiado?

—En absoluto. De ninguna manera. Pasaba de la depresión a la euforia con facilidad. Pero últimamente no capté en él ningún cambio revelador de nada. ¿Quién le ha hablado de las depresiones de Jaumá?

—Núñez, Vilaseca, Biedma.

—El ala izquierda, vamos. Ésos siempre tienen muchas ganas de demostrar que Jaumá, yo o Fontanillas nos hemos equivocado en la elección de sistema de vida.

—¿Se han equivocado?

Levantó el Davidoff como si fuera un cáliz a punto de consagración y con la cabeza indicó el Davidoff que Carvalho estaba fumando.

—¿Usted cree que me he equivocado de sistema de vida?

—CUANDO se descubre que se vive solamente una vez es cuando se ha alcanzado la madurez. Entonces, una de dos: o decides vivir materialmente lo mejor posible, o te drogas de trascendencia y te haces religioso como Núñez, Vilaseca, Biedma o Santa Teresa de Jesús. Cada vez que me angustio excesivamente cojo un avión y me voy al hotel Princess de Acapulco. ¿Lo conoce? De oídas. Bueno. Es el hotel más lujoso del mundo. Cuando era joven y no tenía dinero escribía versos y me compraba corbatas. Así superaba las depresiones. Núñez, Vilaseca o Biedma creen en la inmortalidad del alma, no en la inmortalidad del alma individual, sino en la inmortalidad del alma de las clases sociales ascendentes, ¡ascendentes! No lo olvide, porque la mía es descendente, según ellos. Muy bien. El alma de la burguesía merece morir con el estómago lleno de champán Krugg del 72 y los ojos velados por los vapores de los especiales Davidoff. Cada mañana desayuno tres suficientes canapés de caviar iraní y una copa de champán francés con zumo de naranja. Luego o nado en la piscina cubierta de casa o juego al tenis en mi pista o me voy a jugar al golf. Cuando llega el buen tiempo hago vela deportiva durante la semana y los fines de semana saco el yate para las amistades y disfruto del placer de ser impotentemente envidiado. Nunca como rutinariamente, Carvalho, ¡nunca! Ningún sentido merece ser tratado rutinariamente porque mediante los sentidos estamos vivos.

En mi casa comemos a la carta. Al menos cinco posibilidades de elección cada día y en cada plato. Mi mujer y yo hacemos régimen para mantenemos en forma. Nada triste. Langosta a la parrilla con una ligera salsa de alcaparras o un solomillo a las hierbas o incluso un estofado de toro hecho casi sin grasa. Envié a mi cocinero a unos cursos especiales sobre cocina dietética que da el profesor Bricher Benner. ¿Sabe usted lo que me cuesta el cocinero? Ante todo pagarle suficientemente para que no se marche *de motu proprio* y luego costearle una malla que le impida marcharse ante tentaciones exteriores. Tengo a toda su familia colocada en mi empresa. Pero un cocinero es el amigo más fiel del hombre y si mi cocinero muriera, Carvalho, le lloraría desconsoladamente. Tengo cinco mil botellas en mi bodega del Ampurdan y unas dos mil en la de Barcelona. Muy seleccionado todo. Las mejores cosechas de vinos franceses. Poco español. Algunos blancos porque a veces me apetece un vino verde gallego muy frío, en verano o cuando tengo sed. Mañana me voy a París, a cenar en la Tour d'Argent, y al día siguiente voy por carretera a Lyon a comer en el Paul Baucus. Es un viaje de rearme moral gastronómico. ¿Lo ve? ¿Cree usted que me he equivocado de sistema de vida? Grotesco. Vivo de puta madre, ¡de puta madre! Ni siquiera tengo preocupaciones empresariales excesivas. No tengo competencia en el mercado interior. Exporto. Oiga bien: ¡exporto yogures! El procedimiento industrial es simplísimo y la red comercial también. En cuanto a mi vida afectiva, podría asegurarla en la Lloyds por diez mil millones de dólares. Una esposa equilibrada que sabe estar cerca y lejos, que sabe llevar trajes de noche y saltos de cama. Hijos tal vez no tan inteligentes como yo hubiera querido, pero satisfechos y sanos. Amistades complementarias: desde la dosis de placentera nostalgia que me suministran los compañeros de Universidad, hasta las cenas de matrimonios ricos y lustrosos. Amantes igualmente complementarias. La

ex compañera de estudios con el cuerpo cuarentón, pero que me libera de las represiones adolescentes. Muchachas en flor cazadas con la cartera, con el descapotable o con este leve parecido a Onassis que se me insinúa a medida que envejezco. La mujer de alguno de mis subalternos, lo que me suministra esa dosis de ofensa y humillación que a veces requiere el acto sexual. La mujer o la hija de una de esas amistades de cenas de matrimonios. Podría decirse incluso que soy un coleccionista. Se lo cuento a usted porque a los detectives y a la policía hay que contárselo todo y porque usted sabe fumar un Davidoff. La semana pasada me gasté doscientas mil pesetas comprándome camisas en Londres. En setiembre volveré para reponer mi surtido de jerseys. Tengo cuanto deseo y gracias a Dios estoy libre de la necesidad de erotismo de poder político. Miro a mi alrededor y desde hace semanas descubro a muchos empresarios agobiados por la concupiscencia política. Quieren ser diputados o senadores. En parte por el temor de que los políticos no representen suficientemente sus intereses. En parte por el erotismo del poder. Porque saben que en los manuales de Historia gordos suelen reproducir los nombres de los gobiernos del país y en cambio no quedará constancia de que yo fui propietario de Aracata, S. A. Es otra forma de apetito trascendente para el que estoy vacunado. Tengo escritos excelentes libros de versos en catalán y pienso publicarlos cuando tenga casi sesenta años, por el simple placer de que pierdan el culo los de la Enciclopedia Catalana y me dediquen diez líneas en la edición contemporánea y sin duda treinta en una edición de dentro de cincuenta años. Mire. Aquí tengo escrita una aproximación a lo que será la nota biográfica que me dedicarán en las enciclopedias dentro de cincuenta años. Le hago una fotocopia, la conserva y si tiene paciencia o voluntad de vivir cincuenta años más comprueba si me he equivocado de mucho.

«Argemí Blanc, Jordi. Barcelona, 1932, Palausator (Gerona), 2005.

Poeta catalán de vocación tardía. Su primer libro publicado en 1980 (*Guardar fusta al molí*) reveló la presencia de un ignorado eslabón entre la poesía de Salvat-Papasseit y Gabriel Ferrater, poesía de la experiencia personal a veces inserta en social (Salvat-Papasseit), a veces con el hermetismo de una poesía para dos (Ferrater). *Pell de fruita* (1985) renueva los temas tradicionales de la poesía amorosa en una voluntaria aproximación a los usos poéticos de Catulo en el marco de una escenografía de ópera-rock. Poeta sin biografía poética y sin vinculaciones con movimientos literarios coetáneos, Argemí siguió una constante superación de temas y tratamientos formales que culmina en su obra *Yogur*, intento laocontiano de convertir la poesía en una síntesis de distintos géneros literarios. Algunos especialistas en Argemí han creído encontrar en *Yogur* (1990) elementos simbólicos que exceden al propósito de reto formal y expresivo. Según Pedro Gimferrer, *Yogur* es: “...un intento de aprehensión poética de la esencialidad de un país, Catalunya, en el momento histórico en que se frustra por cuarta vez su voluntad de constituirse en Estado independiente. En este sentido, *Yogur* forma parte del gran tríptico de poesía esencial nacional de Catalunya con *L’Atlántida de Verdguer* y *Nabi* de Josep Carner”. Entre 1990 y el 2002, año de su muerte, Argemí sólo publicó un curioso libro de “memorias sensoriales” titulado *Los placeres capitales*. Un año después de su muerte, en el 2003, apareció una obra menor que demostraba la decadencia creadora del poeta septuagenario, aunque conservaba la capacidad de replanteamiento lingüístico que siempre caracterizó su producción: *El fum del Davidoff* (2003). Bibliografía fundamental sobre su obra: *Argemí más allá de su espejo*, Pere Gimferrer, edit., La Coqueluche, 1995; *Poesía última*, Josep M<sup>a</sup> Castellet, Edicions 62, 1983; *Argemí seulement*, Françoise Wagener, edit., Gallimard, 1990».

—Los tengo escritos todos, absolutamente todos.

Concluyó Argemí semioculto por la última bocanada de humo de Davidoff.

EN UN PISO sólidamente moderno situado en una parte de la ciudad lo suficientemente alta como para quedar más allá del bien y del mal de la presión demográfica y lo suficientemente céntrica como para poder ir a pie a algún que otro cine de arte y ensayo y a algún que otro restaurante para minorías de la cultura discretamente acomodadas, vivía Juan Dorronsoro, el menor de una familia literaria encabezada por un poeta, figurante ya en un setenta y tres por ciento de las antologías internacionales sobre poesía española y secundada por Pedro Dorronsoro, el novelista español más internacional, mencionado incluso en un *telefilm* americano de la serie «Mannix».

—¿A quién lees?

—Acabo de leer a Hemingway y ahora leo a Pedro Dorronsoro, un novelista muy interesante.

Sin la representatividad socio cultural de su hermano mayor y sin el crédito internacional del otro, la obra de Juan avanzaba lenta y segura a través de tres únicas novelas con más éxito de crítica que de público. Escritor de diez líneas diarias, vivía en función de su escritura dentro de un tiempo propio, medido por un reloj hecho a su medida y en un espacio físico limitado en el presente, inmerso en el desván de una memoria fotográfica lo suficientemente falsificadora para ser novelística y no delinquir contra la obligación del olvido. Facciones de joven duque con

ganglios infantiles y vivo retrato de su madre, según describen a los jóvenes duques en las novelas en que contraen pasiones imposibles y fiebres tropicales. Y bajo la delicadeza de facciones diríase que intocadas desde la pubertad, la pasión del escritor racional dispuesto a dejar testimonio de la mediocridad colectiva de la ciudad franquista, contemplada desde discretas almenas de marfil sintético. Batín de seda sobre un jersey de lana fina, zapatillas de piel, cultura por las paredes y sobre las mesas por donde se desparramaban libros, cuartillas, ficheros y la mirada del escritor cuando divagaba entre línea y línea. Y esa luz tenue de despacho de escritor serio, donde sin permiso sólo entra el sol pero racionado por filtros que impidan a la luz sustituir la capacidad del escritor de reinventar la realidad.

—Poco puedo decirle. Mi única relación con Jaumá era muy desigual. Él hablaba y yo escuchaba. Yo escribía y él me leía. Era un personaje agradecido: histriónico, inteligente, rico. Pero peligroso. Es de esos personajes que acaban haciéndose simpático al lector sin que se entere el escritor.

—¿Y eso es malo?

—Malo por todos los lados. Si su simpatía se la debe al escritor, quiere decir que éste ha tomado un partido personalista inadmisible. Y si su simpatía aparece pese al escritor, quiere decir que éste no ha controlado la obra, su equilibrio interno.

—Para usted sólo era un personaje.

—Últimamente sí. He reducido mi cupo de receptibilidad para seres humanos de carne y hueso: los más allegados. Los demás son personajes. En el pasado Jaumá era para mí otra cosa. Ahora es un personaje.

—¿Y su final?

—Inadecuado. Parece de novela erótica española de los años veinte, de Pedro de Répide, Álvaro de Retana o López de Hoyos. Me recuerda el



final de *El buscador de lujuria* de Retana. El aristócrata vicioso muere apuñalado sobre un montón de basura después de haber practicado todas las aberraciones de este mundo por orden alfabético.

—¿Qué final le hubiera puesto usted?

—Un Jaumá viejo, de setenta años. Se dedica a ir al cine todas las tardes a ver si puede meterle mano a una adolescente. Sale en los diarios. Su hijo mayor le pega una bofetada y el viejo se va al zoológico a ver cómo se la pelan los monos.

—¿La realidad de su muerte?

—Su muerte ha sido real.

—Me refiero a las causas reales de su muerte.

—Ha muerto de causas reales. De un tiro, creo.

—Pero ese tiro lo disparó alguien.

—Eso ya es novela policiaca, y yo trato de alejarme cuanto puedo de la literatura naturalista. Ahora, si quiere jugar a detective, reparta los papeles con equidad. ¿Quiere ser usted Philip Marlowe? Yo quiero ser Sherlock Holmes. Sin guasa. De nada puedo servirle. Los otros amigos son capaces incluso de ayudarle a imaginar las causas reales de la muerte de Jaumá. Yo tengo que imaginar otras cosas, muchas cosas. Mi trabajo consiste precisamente en imaginar, pero dentro de una lógica propia, dentro de mi discurso narrativo. Lo de Jaumá es un accidente triste que me afligió mucho, créalo, cuando se produjo. Pero ahora me parece que seguir pendiente de él es como secundar la polémica sobre el sexo de los ángeles o sobre si Cassius Clay hubiera vencido a Rocky Marciano.

La audiencia ha terminado. Dorronsoro ha descruzado las piernas y ha preparado el cuerpo para levantarse y acompañar educadamente a Carvalho hasta la puerta. El detective no se da por aludido. El escritor vacila y recupera una posición más expectante. Mira hacia la nada para evitar que Carvalho vea la impaciencia en sus ojos y como

distraídamente abre un libro sobre la mesa y se asoma a las páginas abiertas. En un espacio libre enmarcado entre estanterías cuelga una escopeta de caza evidentemente bien cuidada.

—¿Es usted cazador?

—Sí.

—¿Buen cazador?

—Según de qué. Tiro bien a la perdiz. Mal a los conejos.

—¿Nunca caza mayor?

—Aprendí a cazar en el Maresme, por los montes bajos de San Vicente de Montalt o de Arenys de Munt. Allí no hay caza mayor.

—A ustedes los intelectuales les molesta la violencia.

—Pero no la agresividad. Somos agresivos como todos y cazar me libera de agresividad, me permite contemplar la agresividad ajena como un espectáculo y describirla.

—Pero usted mata.

—Cazo.

—Mata.

—Matar es otra cosa. Es degollar un pollo en un corral, fusilar, pegarle un hachazo a un vecino. En la caza hay reglas del juego.

—Que impone el cazador a un animal sin herramientas de defensa.

—¿Preferiría usted que las perdices llevaran escopetas? La caza tiene una justicia estética y por lo tanto una moral. Pero usted es un puritano. Yo amo a los animales. Siento pasión por los perros. Si quiere, luego le presentaré a mis perros. Despierta usted mi compleja de culpa y me hace sentir un criminal. Si seguimos así le confesaré que maté a Jaumá con esa escopeta.

—¿Por qué motivo?

—Porque no le gustó mi última novela, por ejemplo. Ahora es el novelista el que no quiere deshacer la reunión y estudia a Carvalho como

un posible personaje.

—¿Usted no ha matado nunca?

—Sí, he matado.

—¿Animales?

—Personas.

—¿Ha formado usted parte de algún piquete de fusilamiento? ¿Ha sido usted verdugo? Porque no tiene edad para haber hecho la guerra.

—He sido agente secreto de la CIA.

—Esto se anima. ¿Agente doble?

—Triple.

—Son los mejores. ¿Ha matado usted a mano o a máquina?

—Sé matar a mano. En el cuerpo humano hay veinticinco puntos mortales al alcance de una mano enemiga. Pero preferentemente he matado a máquina.

—¿A chinos? ¿A soviéticos? ¿A coreanos? ¿A vietnamitas?

—De todo un poco.

—¿Con esas manos?

Carvalho se las acerca y el escritor las contempla con un pánico que quiere ser cómico.

—No me parecen nada del otro mundo.

—Últimamente no mato.

—Si no practica va a perder facultades.

Ahora sí ha terminado la audiencia. Dorronsoro se ha levantado y abre camino para la retirada de Carvalho. Se levanta el detective, va hacia la escopeta, la descuelga, la examina, se la calza sobre el hombro y apunta hacia un escritor al borde de la cólera.

—No tiene ninguna gracia.

—DESCUIDE, jefe, me pondré la cama plegable al lado del teléfono.

Biscuter está dispuesto a pasar la noche en semivela por si la llamada de Rhomberg no llega durante lo que queda de día. Concha Hajar contesta a Carvalho que puede recibirle después de las nueve. Ha de dar de cenar a los niños. En el periódico las mismas contradicciones de cada día. Por una parte detienen a la extrema izquierda, por otra liberan a la extrema izquierda. Por la tarde persiguen a la extrema derecha, por la noche, la extrema derecha actúa como Pedro por su casa. Los partidos toman posiciones de cara a las próximas elecciones. La Internacional fascista tiene su sede en España. Sigue sin aparecer el cadáver del conductor del coche BMW hallado en el Tordera... «El misterio de Peter Herzen». «Parece ser que el llamado Peter Herzen alquiló el BMW con documentación falsa».

—Me voy antes de que se líe en las Ramblas.

—Tengo cena hecha, jefe. Riñones al jerez y pilaf de arroz.

—¿Qué arroz?

—Del americano ése que no se pasa.

—Guárdamelo para mañana. Y oidito a la llamada de Rhomberg.

—Caray. Cualquiera diría que le he fallado alguna vez. Los preparativos prometían una anochecida similar a la del día anterior. La policía esperaba a los manifestantes y los manifestantes parecían esperar

a que la policía acabara de tomar posiciones. Un borracho ennegrecido por su propia mugre llama a unas imaginarias gallinas: ¡Titas! ¡Titas! ¡Titas! Y luego canta:

*El vino que tiene Asunción  
ni es claro ni es tinto  
ni tiene color.*

Un frío sicológico se sitúa entre el pecho y la espalda de Carvalho y trata de recordar qué ha podido angustiarle entre sus últimas experiencias. Sin duda el borracho. Pero no este borracho en concreto.

*El vino que tiene Asunción  
ni es claro ni es tinto  
ni tiene color.*

Unas cuantas gotas de calderilla de diez y cinco céntimos caían a la calle. Brillaba el níquel sobre las jorobitas de los adoquines o quedaba de canto entre sus ranuras. Los viejos cantantes recogían la cosecha y no desdeñaban el níquel caído sobre la boñiga de los caballos percherones.

—A éste sí tírale.

—¿Por qué a éste sí y al de antes no?

—Porque éste es un viejo.

Viejos y mutilados. Las gentes del distrito quinto se asomaban a los balcones y seleccionaban su caridad.

—Debe de ser un mutilado de guerra.

Decía su madre. Mutilados de guerra. Viejos ¿de qué? Viejos de guerra. ¿Quién no era un viejo de guerra? ¿Quién no era un mutilado de

guerra?

—Gracias, caballero.

El borracho ha cogido el billete de cien pesetas que Carvalho le ha tendido desde la ventanilla del coche. Entre el negro y el amarillo que no respeta lo que debería ser el blanco de sus ojos sin pestañas, el rostro apenumbado del borracho trata de recuperar la dignidad del agradecimiento. Ya no puede mirar de frente a pesar de que su cuerpo y sus labios llagados se dirigen hacia Carvalho. Huele a vino dulce y a muerto.

—Duerme. Está borracho.

—No. Está muerto.

Alguien le aparta del corro que rodea el cuerpo caído.

—Es el hijo de los murcianos.

Recién llegado de un campo de concentración, el hijo de los murcianos vivía de las cuatro verduras que sus padres conseguían vender como vendedores clandestinos, cuando no los cogía el sargento y llenaba de patadas el culo del viejo hasta que se caía sobre las desparramadas verduras. El hijo de los murcianos cuando estaba borracho se ponía en la encrucijada de las calles de la Cera y Botella, saludaba militarmente y gritaba:

—¡Franco! ¡Me cago en ti!

Mientras la madre le tapaba la boca, el padre tiraba de él y los niños gitanos del bar Moderno paralizaban su inagotable alegría con los ojos rotos por el drama.

—Estaba muerto.

—Va a oírte el niño.

¿Por qué tanto empeño en ocultarle la muerte? Horas después una móvil, silenciosa cola subía desde la calle al piso de los murcianos.

—Con cien vidas no pagarán el mal que han hecho.

—¿Quién?

—Los fachas.

A veces llegó a dudar de la realidad de aquel barrio. En el recuerdo le parecía como una ciudad pobre y sumergida en un almíbar agridulce. Humillados y vencidos, en la cotidiana obligación de pedir perdón por haber nacido. La primera vez que Carvalho abandonó aquellas calles, por un cierto tiempo pensó que se había liberado para siempre de la condición de animal ahogado en la tristeza histórica. Pero la llevaba encima como el caracol lleva su cascara, y cuando ya tarde decidió aceptar todo lo que le había hecho lo que era y quién era, volvió al escenario de su infancia y adolescencia. Aquellos barrios se habían convertido en la antesala del cementerio para las viejas generaciones condenadas a morir entre sus humedades, mientras los hijos se guarecían en las madrigueras de renta limitada del extrarradio barcelonés. Junto a los viejos supervivientes de la posguerra, los maduros con sensación de fracaso por no haber salido a tiempo de la trama estrecha y satánica de la ciudad vencida. Y luego gentes de paso, recientes inmigrantes del país marroquí, algún que otro racimo de exiliados latinoamericanos forzados al alquiler barato. Carvalho frenó. Aparcó sin racionalizar por qué lo hacía.

—Has tocado fondo, muchacho.

Se dijo y sonriéndose sacó una caja de Montecristos de la guantera y encendió un puro por la vía más rápida, como si bebiera llama de mechero de gas a través del habano. Cuando me muera, conmigo desaparecerá la memoria de aquellos tiempos y aquellas gentes que al parirme me situaban en la platea de su propia tragedia. Carvalho no se había limitado a contemplar la representación, sino que la había hecho suya y tratado de transmitir a las nuevas promociones. Por las Ramblas viejos y jóvenes se gastaron el miedo que les quedaba el mismo día en

que murió el dictador. Alegría en el cerebro y en el corazón, silencio en los labios. En las tiendas se agotaban las botellas de champán barato, calles y terrazas llenas de gentes en busca del placer de estar juntos sin la gran sombra aplastante, pero en silencio, todavía la prudencia como virtud garantizadora de mediocres supervivencias, últimos resultados de la educación del terror. Mas aquel pasado le pertenecía de alguna manera. Sabía su lenguaje. En cambio el futuro abierto por la muerte de Franco le parecía ajeno, como agua de río que ni has de beber, ni te apetece beber. Gausachs, Fontanillas, los mangantes de la nueva situación.

—Si volviera a armarse otra guerra civil, los dos se irían a Burgos.

¿Y Argemí? A Tahití vía Suiza.

¿Y tú, Pepe Carvalho, dónde cono te irías? A Vallvidrera, a hacerme una espalda de cordero a la Périgord o una *escudella i carn i'olla*. ¿Hervirías la col junto con la carne? Tendría que pensarlo. Si es una escudella breve, puede hacerse o si se pone poca col. De lo contrario el sabor de la col lo inunda todo. ¿Y si no tuvieras lo indispensable para hacerte una escudella? Pues me haría un arroz con bacalao. Imagínate que no queda ni bacalao. Bajaría a pie por la carretera hacia Barcelona, hacia las Ramblas, y me dejaría ametrallar por un avión rasante. ¿Y si tiran una bomba de neutrones? Quedarán las Ramblas vacías y los únicos rostros supervivientes serán las portadas de las revistas colgantes en los quioscos. Luego entrarían los vencedores y con ellos la semilla de su propia destrucción cincuenta, cien años después. Un verdadero asco. Todo.



—NO. NINGUNA novedad.

Carvalho no quería compartir con la viuda Jaumá la anunciación de Rhomberg y al preguntarle si se había producido alguna novedad quería comprobar si Rhomberg también se había puesto en contacto con ella.

—¿Y usted?

—Por partes. Primero, ¿es cierto que su marido estaba últimamente más angustiado, preocupado?

—Pasaba de la exaltación a la depresión. Tenía miedo de todo y sobre todo temía que le bajaran los balances de año en año y su cotización en la empresa se viniera abajo. Siempre fueron temores infundados, autoprovocados. Últimamente estaba preocupado por la incidencia del cambio político en la economía. Decía: se avecinan tiempos más difíciles, la democracia es una fiesta cara. Tal vez se refiera usted a esto.

—He deducido que su marido no era lo que se dice un hombre seguro de sí mismo ni confiado. Por ejemplo, se sabe que recurría a asesores privados al margen de los técnicos de la empresa.

—Temía la batalla por el poder. No era del todo consciente de su propio valer. Gausachs, por ejemplo, le daba miedo. Decía que tenía mucha ambición y muchas influencias.

—Su marido recurría a un contable particular.

La risa reanimó las facciones asténicas de la viuda. La reprimió como

si hubiera cometido una falta grave.

—Ah, sí. Era la manía Alemany.

—¿La manía Alemany?

—Alemany es casi una institución en la familia Jaumá. Los parientes de mi esposo son de Gerona y allí viven casi todos. Mi suegro también era abogado, pero intentó convertirse en industrial mucho antes de la guerra. Creo que fabricaba tapones de corcho. Cuando abrió oficinas en Barcelona recurrió a un contable entonces de mucho prestigio, Alemany. Era un contable talismán. Negocio en el que colaboraba, negocio que salía a flote. No les fue mal. Luego vino la guerra, Alemany tuvo que exiliarse porque había sido un dirigente del Centro de no sé qué, de dependientes creo. Mi suegro también se exilió, aunque por poco tiempo. No sé qué tiene que ver eso con un contable. También había tenido cargos en el Barcelona, en la época más politizada del club. En fin, Alemany se fue y los negocios no tiraron adelante. Volvió años después de acabar la guerra. Toda la familia le consultaba sus problemas económicos. Un viejo cascarrabias, irritado, antifranquista hasta el colapso cardíaco. Aún ejerce como contable y debe de tener todos los años de este mundo. No es como antes. Ahora lleva pequeñas cuentas de almacén. Con decirle que mis cuñados bajan a veces desde Gerona sólo para consultar con Alemany, está todo dicho.

—¿Y Antonio?

—Él también. Ironizaba mucho a costa del viejo, pero decía que era el cerebro contable mejor organizado que había conocido.

—¿Le consultó recientemente?

—Es posible. No lo sé.

—¿Cómo puedo localizar a Alemany?

—Le daré su dirección.

Se sentó la mujer ante un secreter inglés de ciento cincuenta mil

pesetas y copió una dirección de la agenda telefónica. Vestía con una excesiva elegancia enlutada para cenar sola y los ojos maquillados restaban patetismo a la erosión de las ojeras. La pregunta de Carvalho la paró en mitad de la habitación como si hubiera tropezado con una no visible cortina de cristal.

—¿Le ha dejado el riñón bien cubierto su marido?

—He cobrado dos seguros bastante buenos y la Petnay me pasa una pensión hoy aceptable. Dentro de unos años, veremos. He de hacer algo con el dinero del seguro y no sé qué hacer. Lo he dejado en manos de Fontanillas, pero dice que son malos tiempos para invertir nada. Nadie invierte. Todo el mundo espera ver qué pasa políticamente.

—En manos de Fontanillas. ¿Por qué no de Argemí?

—Fontanillas se dedica bastante a esto. Argemí tiene una industria estupenda, pero no es un financiero en el sentido estricto de la palabra. Tengo cuatro hijos, señor Carvalho, y todos en la edad en que más gastan.

—¿Cómo han encajado los niños la muerte del padre?

—Primero con mucha tristeza. Luego los dos niños se han recuperado. Las dos niñas, en cambio, le añoran mucho. Es natural.

—¿Y usted?

—¿Qué le parece?

—No me parece nada. Por eso se lo pregunto. Recuerdo una canción francesa que dice más o menos; aunque te quiero mucho y seamos del mismo partido político, si un día te vas me quedará más tiempo para leer y recuperarme a mí misma.

—No tiene ninguna gracia.

—Es la segunda vez que me lo dicen en un día.

—Antonio era muy asfixiante, muy absorbente. Egocéntrico. Por una parte llegaba a exasperar, pero por otra llenaba mucho mi vida. Primero me crispaba su locuacidad, su erotismo maniático, puramente verbal...

—Puramente verbal.

—Sí. Así lo creí siempre, y si no fue verbal, me da lo mismo. Se desfogaba hablando y a mí me dejaba tranquila. Llegué a acostumbrarme, aunque a veces no podía soportar que dijera tantas barbaridades en público.

—Según usted, ¿por qué le mataron?

—Alguna venganza. Todo ese mundo de los negocios está lleno de gangsters, de advenedizos sin la sensibilidad de Antonio o de Fontanillas o Argemí. Vosotros sois excepciones, les digo siempre. El mismo Antonio a veces me señalaba a éste o a aquél, en las fiestas, los cócteles y cosas así, y me decía: ése es capaz de matar a su padre por cinco duros o aquél es un cerdo o un criminal. Antonio era un ejecutivo muy agresivo. Siempre bromeaba sobre eso. Se miraba en el espejo mientras se afeitaba y decía: soy un ejecutivo agresivo, agggggg y gruñía como el león de la Metro.

Ríe y llora la viuda Jaumá. A Carvalho le excita ese pecho hundido y esas caderas amplias de madre fecunda, la cara de solterona castellana con mantilla siguiendo los pasos de Hernández y Berruguete en la procesión de Semana Santa de Valladolid.

—¿Era celoso su marido?

—Mucho.

—¿Con motivos?

—Yo no soy una maniática sexual. Llevo una casa, cuatro hijos y todo muy de cerca, de muy cerca, porque él no me ayudaba en nada en estas cuestiones. Nunca me quedó el tiempo suficiente como para irme por ahí de picos pardos.

—¿No conservó amigos de juventud?

—Mis amigos eran los de Antonio. Salí de Valladolid siendo casi una niña. Siempre estuve aquí y allá por la profesión de papá.

—¿Entre los amigos de Jaumá ninguno le hizo proposiciones?

—¿Adónde quiere ir a parar? ¿A un crimen pasional? ¿Usted se imagina a Vilaseca haciéndome proposiciones? Levanta planes en cada esquina. O a Biedma. ¿Se imagina a Biedma insinuándoseme?

—Puedo imaginármelo perfectamente. —Tiene usted mucha imaginación.

Alarmada, Concha Hajar desea que la entrevista termine. Mira el reloj francés estilo Imperio y corta en los labios la exclamación es hora de cenar porque teme que Carvalho le acepte la invitación.

—Es tarde. He de ayudar a Vera a hacer sus deberes.

—Me voy.

—¿Ha descubierto usted algo?

—Tengo muchas sugerencias ante mí. Incluso una pequeña puerta en el muro. Ha sido un día terrible. Parezco un encuestador que trabajase a destajo. He visto a demasiada gente. Gausachs. Fontanillas. Biedma. Vilaseca. Dorronsoro. Usted. ¡Ah! Y Argemí. Olvidaba al increíble Argemí.

—¿Increíble? A mí me parece el más normalito de todos.

—Sinceramente, ¿qué opina usted de los amigos de su marido?

—Me recuerdan un poema de Gabriela Mistral que me enseñaron las monjas. Tres niñas juegan a imaginar el futuro. Las tres quieren ser reinas.

PEDRO PARRA opuso alguna resistencia.

—¿Pero tú crees que yo soy Tamames? Esos arbolitos son más espectaculares que científicos.

—Necesito una idea visual de las ramificaciones de la Petnay en España. No sólo a través de los consejos de administración de empresas filiales, sino de empresas para las que la Petnay es vital.

—Eso no puedo hacerlo de escondidas. Yo daré los datos a un grafista y bajo mi dirección te hará el arbolito. Tendrás que pagar al grafista.

—A ti te regalaré una tienda de campaña. —Que te den morcilla.

Después de llamar a Parra volvió a hacerlo al despacho.

—Sin novedad en el alcázar, jefe. No ha llamado el alemán.

Un día de retraso. Casi inconcebible. La vida hippy nos ha cambiado a Dieter Rhomberg, pensó Carvalho. Le apetecía desintoxicarse de diálogo y de sí mismo y eligió el camino de un cine donde proyectaban *La noche se mueve*. Después llegaría a casa con la suficiente relax como para guisarse algo trabajoso, lleno de estímulos y pequeñas dificultades. La película era una excelente muestra del cine negro americano con un Gene Hackman inmenso en el papel de un detective privado en la línea interiorizadora de Marlowe o Spade. Además Carvalho sentía una atracción especial por el erotismo grande y anguloso de Susan Clarke y recibió la propina de una rubia madura espléndida en su belleza

espontánea de animal de fondo. Otro modelo de comportamiento a elegir. ¿A quién debo imitar? ¿A Bogart interpretando a Chandler? ¿A Alan Ladd en los personajes de Hammet? ¿Paul Newman en Harper? ¿Gene Hackman? En la soledad de su coche reptante por las laderas del Tibidabo, Carvalho asumía los tics de cada cual. La mirada húmeda de Bogart y el labio despectivo. La necesidad de Ladd de caminar lo más erguido posible para disimular su escasa estatura, de ahí esa cabecita rubia siempre punzante, como tratando de tirar del cuello. El autoconvencimiento de la propia belleza de Newman. El cansancio vital de un hombre con cuernos y más de cien kilos de peso en el personaje de Hackman.

—Sin novedad en el alcázar, jefe. El alemán, ni mu.

—Si llama, que se ponga en contacto conmigo sea la hora que sea.

Ponerse a guisar un salmis de pato a la una de la madrugada es una de las locuras más hermosas que puede acometer un ser humano que no esté loco. En el horno se asa el pato joven deshaciendo sus propias grasas como en una cura de adelgazamiento y bronceado. Mientras, en la cazuela Carvalho obtenía la grasa de unos dados de tocino en la que rehogaba cebolla y champiñones, para añadir después vino blanco, sal, pimienta y un pedacito de trufa picada con parte de su propio coñac de conserva. Las trufas eran de Villores, en el Maestrazgo, y se las proporcionaba un gestor latinista que vivía solo unas casas más allá. Junto a la cocina, el gestor disponía de una habitación donde guardaba los tesoros que le traían de Villores sus familiares o que él mismo arramblaba en sus estancias quincenales. Si los caldeos creían que el mundo terminaba en las últimas montañas por ellos conocidas, el gestor Fuster creía sentimentalmente, con una fe de cristiano primitivo, que el mundo se acaba en Villores y que poblaciones próximas como Morella podían considerarse casi otros planetas habitados por gentes extrañas.

Solitarios, bebedores y comedores, el gestor y Carvalho solían dedicar muchos domingos a la competencia gastronómica. Lo fuerte de Fuster era la paella de conejo sin apenas sofrito.

—Porque la cebolla ablanda el grano de arroz.

Cuando se alegraba, el gestor recitaba *La guerra de las Galias*. Carvalho dejaba pasar la tormenta latinista dedicado a reflexionar y secundaba a su compañero cuando dejaba el repertorio latino para cantar jotitas de la raya entre Castellón y Aragón o canciones de Conchita Piquer.

*Ojos verdes, verdes como la albahaca,  
verdes como el trigo verde,  
el verde verde limón.*

Siete horas después de haber iniciado los guisos siempre quedaba algo que probar en casa del uno o del otro y ya de madrugada se retiraba Carvalho con la cabeza llena de historias del Maestrazgo y el gestor con un somero balance de los casos que Carvalho había seguido durante la semana.

El pato estaba asado. Separó Carvalho los muslos, las pechugas y las alas y desmenuzó las carnes restantes con inclusión de las delicadas vísceras. Unió el picadillo a los jugos huidos del pato y a un puñado de aceitunas sin hueso. Amalgamado el picadillo, lo mezcló con los dados de tocino, los champiñones y la poca trufa más unas cucharadas de pan rallado. Dejó cocer brevemente la mezcla y la arrojó sobre el pato dispuesto sobre una cazuela. El desgazado animal se balsamizó con los líquidos y conservó sobre sus tuestes una geografía de champiñones, tocino, aceitunas, miga de pan y picadillos de sus propias carnes internas y externas. Lo puso al fuego cinco minutos y gratinó en el horno la



superficie del guiso durante otros tantos. Una sublime peste oscura de guiso profundo le asaltó la pituitaria cuando abrió el horno. Sintió esa necesidad de solidaridad o complicidad que se apodera de los cocineros amateurs cuando consideran que su obra está bien hecha. Las dos y media de la madrugada. No se lo piensa dos veces. Devuelve el guiso al agonizante calor del horno y salta los escalones que le separan del jardín empapado de relente. La noche ha puesto una campana de radical frescura y soledad sobre el pequeño pueblo como hecho para contemplar Barcelona hasta el mar por una parte y por la otra la peripecia de una Catalunya peregrina abriéndose paso a través del Valles hacia sus montañas sagradas. Corre los metros que le separan de la enorme torre dividida entre tres vecinos y que sólo habita el gestor durante todo el año. Tras cuatro llamadas, una luz de sobresalto precede la aparición de Fuster en lo alto de una terraza con balaustrada blanca. El sueño ha despeinado su barba rubia de chivo, su escaso pelo peinado con estrategia y ha inclinado la montura de sus gafas hasta el punto de que una varilla calza en la oreja, pero la otra busca desesperadamente el asidero de la oreja perdida.

—¡Vaya horas! ¿Un incendio?

—Un salmis de pato.

—¿Qué?

—He guisado un salmis de pato. El bicho no es muy grande, pero no me lo voy a comer solo.

—¡Si son las dos y media de la madrugada! —Un salmis de pato.

—¿Pato joven? —Un patito.

—¿De confianza?

—De absoluta confianza.

—Vete abriendo las botellas de vino que voy para allá.

O Carvalho regresó a su casa con excesiva lentitud o el gestor corrió

empujado por el fresco húmedo y la resurrección del apetito, lo cierto es que, cuando se reunieron, Carvalho no había tenido tiempo de descorchar la botella de Montecillo. Dejó Fuster sobre la mesa de cocina un cestillo del que era portador, lleno de frutos secos de Villores, de miel sin refinar de Villores y unas extrañas pastas pertenecientes a la familia cultural de las pastas secas populares en cuya composición entra necesariamente el huevo y la almendra.

—Estas pastas las ha hecho mi cuñada. Son de Villores.

—Me lo temía.

—Después del pato, nada mejor que unas avellanas con miel y una pasta para acabar de empapar el guiso en el estómago.

Abre el gestor el horno y retira la fina nariz estremecida de placer mientras cierra los ojos.

—Te has superado a ti mismo.

Una ensalada de apio refresca las fauces de los dos hombres antes de lanzarse sobre el aromático salmis.

—Aquí hay una contribución fundamental de Villores. Le has puesto trufa.

—Sí.

—Eso no es ortodoxo. En el salmis no se pone trufa.

—Se pone lo que a uno le sale de los cojones del alma.

—Ah, bueno. Eso sí.

Dos vasitos de orujo frío trataron de abrir el muro de Berlín creado en el estómago de los comensales.

—Como este *trou normand* no surta efecto, esta noche va a dormir mi tía.

Se acaricia el gestor el estómago con ternura.

—Estás loco. Bueno. Estamos locos. Son las cuatro.

—Si quieres dormir bien, vomita. Lo importante es haber comido el

plato. Digerirlo es completamente accesorio e inútil.

—Iré despacito a casa y si no me duermo en cinco minutos pensaré en la cocina de un restaurante de Londres donde hice de pinche cuando estudiaba y seguro que vomitaré. Casi me vienen ganas sólo con mencionarla. Gracias, Pepe. Has devuelto una noche a mi vida. La hubiera pasado tontamente durmiendo y la he llenado de vida.

*Quan ve la nit i espandeix ses tenebres,  
pocs animals no cloen les palpebres  
i los malalts creixen en llur dolor.*

Mi paisano Ausias March no hubiera escrito estos versos de haber tenido un vecino como tú.

En soledad de nuevo, Carvalho nota como si los objetos se le acercaran, protegiéndole o asfixiándole.

—Biscuter. Ya sé que es una putada a estas horas, pero es importante. ¿No ha llamado?

—No ha llamado. No dormía, jefe. Para estar pendiente del teléfono me había puesto a leer un libro que usted tenía en el fondo de la estantería. Es muy triste pero lo paso bomba.

—¿Qué lees?

—*Corazón*. Oiga, he leído un cuento que se parece mucho al serial de la tele, «Marco». Se parece, pero no es lo mismo. He llorado, jefe. ¿No se me nota en la voz? Luego otro. La historia del tamborcillo sardo, ¿la recuerda? Qué cabronada, jefe. Debía de ser un niño como el tambor del Bruch. Oiga, ¿verdad que el tambor del Bruch no muere?

—Mientras toca el tambor, no. Pero después se murió con toda seguridad.

—Ahora estoy en cuando se muere la madre de Garrone. Otra putada. Es muy bonito el libro, pero aquí se muere hasta el apuntador.

EN ALGUNA época algún diseñador debió pensar que puesto que Catalunya trataba de reconstruir su razón de ser en los terrenos de la política y la cultura, no había ningún motivo para no hacerlo en el de la decoración, y urdió el plan de inventarse un supuesto estilo rural renacentista que reuniera la supuesta sobriedad del gusto de una raza y la ligereza práctica requerida por los muebles modernos. Surgió así un estilo de mobiliario renaixentista de una indudable gracia aunque con más traiciones genealógicas que un perrillo cuyo tatarabuelo fue cruce de avispa y perro lobo. Ya desde el recibidor, el piso de Alemany era una declaración de principios. Sobre una bandera catalana, las fotos enmarcadas de Maciá, Companys y Tarradellas, los tres presidentes de la Generalitat de Catalunya en el siglo xx. Muy cerca de la foto de Maciá, un marco convierte en reliquia y proclama una carta autógrafa de Companys dirigida al dueño de la casa: «*Estimat Alemany, em fa dir el nostre amic Rodoreda que vosté esta malalt...*».

Una carta cariñosa que responde a la manía de protocolarios afectos de nuestros mayores. La carta cobra vigencia actual cuando la señora Alemany, veinte años más joven que su marido octogenario, le habla en voz queda y le dice que Alemany está enfermo, muy enfermo. Delgado hasta la piel y el hueso, de una exagerada pulcritud en la piel blanca y el cabello canoso bien peinado a pesar del roce de las altas almohadas,

respirando por la boca y con los ojos aguileños examinantes de Carvalho, Alemany le invita a sentarse junto a la cama. Mira a su mujer una sola vez y ella se marcha diríase que con precipitación. Luego el anciano mira a Carvalho exigiéndole urgencia y el detective le explica el motivo de su visita. ¿Jaumá recurrió recientemente a él en relación con la Petnay? ¿Por qué? ¿Era algo importante? No responde el anciano. Le repite Carvalho que viene de parte de la viuda Jaumá y la mirada de aguilucho se dulcifica, cierra los ojos como para ablandarla aún más, traga saliva moviendo una nuez casi ruidosa y un leve temblor indica que se pone en tensión para hablar, como las bombas hidráulicas tiemblan suavemente segundos antes de que el agua empiece a salir por el grifo.

—El señor Jaumá, yo le llamo señor Jaumá desde que murió su padre, con el que me unía una gran amistad, era de Vidreras, un pueblo de Gerona cercano al mío. Yo soy de Santa Cristina de Aro. El señor Jaumá, digo, se asustó cuando vio que los números del balance que yo había hecho no cuadraban y en cambio el balance oficial de la empresa sí.

—¿Qué diferencia había?

—Doscientos millones. Sí, sí. No se asombre. Doscientos millones.

—¿Era la primera vez?

—No. Déjeme hablar. Eso iba a decirle. No era la primera vez. Desde 1974 los balances que yo hacía y los que hacía la Petnay no coincidían. Pero la diferencia no era tan grave: cinco, seis, millones. Cada vez el señor Jaumá informó a la central para que se abriera una investigación. Los dos primeros años le respondieron que todo se había aclarado. Pero este año la cantidad era terrible. Yo aconsejé al señor Jaumá que se asesorase por más contables porque yo mismo estaba asustado de la responsabilidad que contraía. Me hizo repasar cinco veces mis cálculos. Siempre salían esos doscientos millones.

—¿Qué dijo la Petnay?

—Yo sólo sé lo que me dijo el señor Jaumá. Me llamó por teléfono y me dijo: «Alemany, no se preocupe. Todo está aclarado». Fue una semana antes de su muerte.

—¿Después de morir Jaumá no contó usted a nadie su descubrimiento?

—Era un secreto profesional y amistoso entre el señor Jaumá y yo.

—¿Tiene usted copia de su trabajo?

—Como si no la tuviera. Sólo la pondría en manos del hermano mayor del señor Jaumá y haciéndole jurar, entiéndalo bien, jurar, que nunca lo emplearía en contra de su hermano.

—Pero ese dinero no se lo quedaba Jaumá.

—Claro que no.

—¿No relacionó la muerte de Jaumá con la desaparición de ese dinero?

—Claro que lo pensé. Pero como en este país hay tanta basura, tanta basura acumulada bajo la dictadura de aquel... *brétol!*... de aquel *pòtol!*

Los insultos en catalán habían surgido de sus labios como disparos de obús y le habían prestado la energía suficiente para despegar la cabeza de la almohada con la ayuda de unos músculos delgados, blancos, quebradizos, que pronto cedieron y dejaron caer la cabeza, pero no la ira del anciano.

—Dejé pasar unos días y vi que se daba una explicación. Bueno. Aquello sí que no era cosa mía. Si hubiera aparecido por en medio cuestión de dinero, de la administración de la empresa, entonces sí que habría ido allí Oriol Alemany y les hubiera dicho cuatro cosas. Luego me puse enfermo. Tengo ochenta y seis años y aún llevo cuatro contabilidades. Mire. Allí están los libros.

Sobre la mesilla *renaixença* cuatro enormes libros Debe y Haber, un cuaderno de contabilidad de gruesas tapas de cartón lila, una pluma

estilográfica Waterman de diseño anterior a la guerra civil, una goma de borrar tinta, lápices con la punta recién hecha.

—Por la tarde, cuando se me despeja la cabeza, mi mujer me pone la tabla de encarar de la costura y aún trabajo un ratito hasta que se me cansa el pulso. Me moriré cuando no tenga nada que hacer. Hace un momento ha llamado el señor Robert para preguntarme cómo tengo las cuentas. Me llama cada día. No es que me meta prisa. Es que sabe que me anima. Ya había llevado la contabilidad de su padre, un auténtico industrial de los de antes de la guerra. Era de la Lliga, pero no de los que se marcharon a Burgos. Yo le avalé varias veces durante la guerra y cuando ya vi que un día u otro por mucho aval que yo le hiciera le irían a buscar y harían una barbaridad, fui a verle y le dije: «Señor Robert, puedo conseguir un coche y le llevo hasta Camprodón. Luego ya sé cómo hacerle pasar la montaña». Siempre nos habíamos entendido a las mil maravillas porque los dos éramos catalanistas de verdad. Él de la Lliga y yo de la Unió Socialista de Comorera, pero catalanes los dos, catalanes de verdad. No se fio el señor Robert de que salieran bien las cosas y días después apareció muerto por ahí, en un descampado cerca de Horta. La viuda lo ha repetido siempre: ¡Ay, Alemany! ¡Si le hubiera hecho caso! ¿Me entiende? No ha sido cliente mío todo el que ha querido, sino los que he querido yo, y más que clientes han sido amigos, porque un contable si es solamente un mercenario, malo.

Se baja las ropas de la cama y sobre el pecho del pijama aparece un escudo de oro del Barcelona F. C. Con un ojo mira a Carvalho, con el otro el escudo.

—Si no fuera por los *bandarres* que se apoderaron del club después de la guerra civil. Yo fui un dirigente del Barca durante la República, cuando el Barca sí era más que un club. Porque ahora esos *brétols*, esos *pótol*s... venga a decir que es más que un club. Claro que es más que un



club. Es un apéndice del Valle de los Caídos hasta que no se saquen de encima la basura de la Federación Española de Fútbol. Yo lo dije en Madrid en los años treinta, a Hernández Coronado, un periodista que luego fue directivo del Atlético de Madrid, porque Dios los cría y ellos se juntan. Le dije: «Si por mí fuera, el Barca se retiraría de la Liga española y jugaría en cualquiera otra, en la de Francia o en la de Australia, me da igual». «Hombre, Alemany, no se ponga usted así». No se ponga usted así. No se ponga usted así. ¿Cómo había que ponerse si nos robaban un partido tras otro? En el centro sólo saben robar a todos los demás y después de la guerra querían convertirnos en un pueblo de pastores y agricultores, como Churchill con Alemania. Aunque yo con Alemania sí lo habría hecho. Ya volverán a las andadas, ya. Antes de cinco años. Los *pótol*s y los *brétol*s siempre se juntan y el capital extranjero ¿qué ha hecho si no apuntalar la dictadura que ha hundido a Catalunya?

—*Oriol, no parlis de política que t'exaltes*<sup>[4]</sup>.

—*Veste-n a fer punyetes!*<sup>[5]</sup> Que no hable de política, me dice. ¡Todo es política!

La mujer le tiende una bandejita sin otro bagaje que una pastilla y un vaso mediado de agua. Se concentra el anciano en una meticulosa deglución de la pastilla y luego con otra mirada expulsa a la mujer de la habitación.

—Que no hable de política. Todo es política. Ahora dicen que vamos hacia la democracia. ¿De la mano de quién? Pues de los mismos charnegos que hicieron el caldo gordo al franquismo. Primero la democracia y luego las autonomías; *la mare que'ls va parir!*

—Señor Alemany. Es posible que el asunto del dinero tenga importancia para la investigación que estoy haciendo. ¿Podría contar con su testimonio?

—Llegado el momento consultaría con el hermano mayor del señor Jaumá, él es ahora el cabeza de la rama Jaumá y él tiene la responsabilidad moral de la familia. Al menos yo así lo creo.

—Le deseo que se recupere, que el Barça gane la liga y que Catalunya tenga la autonomía.

—No viviré para verlo. ¿Usted es catalán?

—No lo sé. Yo más bien diría que soy charnego.

—En Catalunya los verdaderos charnegos son algunos catalanes. Como Samaranch, Porta y otros *botiflers* que han hecho el caldo gordo al franquismo. Ésos son los charnegos de primera.

Desde la puerta, Carvalho comprueba que el anciano medita con una cierta ira interna. En el recibidor la presunta viuda tiene lágrimas en los ojos.

—Se nos va. *Està molt malaltet*<sup>[6]</sup>.

—Parece muy vigoroso.

El rostro de la mujer trata de imitar las expresiones de Alemany.

—¡Es el genio! ¡El nervio lo que le aguanta! Yo creo que ha vivido tantos años para conseguir que Franco se muriera antes que él.

---

EL AVISO DE *Martillo de Oro* era urgente, pero el líder de macarrones se estaba comiendo una tapa de berberechos sin prisas pausas, regada la tapa con un zumo de tomate. Instó a Carvalho a que se sentara.

—No me gusta la cosa.

—Qué cosa.

—El asunto del que me habló. Desde hace cuarenta y ocho horas no paran de detener amigos míos y tratan de que se coman el consumao de Vich. Me han dicho que un idiota recién estrenado ha firmado una declaración jodida. No se hace responsable directo, pero afirma que en el ambiente se dice que a Jaumá se lo cargó uno de nosotros. El próximo paso será coger a un julai desgraciado y hacerle firmar la declaración de culpabilidad. Alguien está moviendo la cosa para que quede definitivamente cerrada, vista para sentencia. Alguien con el suficiente poder como para presionar por arriba: gobernador civil, el jefe superior de Policía y así bajando hasta el portero.

—Pero usted insiste en que no se lo cree.

—Yo sigo en mis trece porque conozco el percal. Pero esperaré a que pasen al julai a la Modelo para enterarme de por dónde iban los tiros y si ha firmado con el cagarro a punto de salirle o porque sabe algo. Ahora está en el Palacio de Justicia. Esta tarde lo llevarán a la Modelo y mañana enviaré a un abogado para que se entere.

—Puede estar incomunicado.

—Si está incomunicado, enviaré al abogado de algún cabo de planta, ésos lo saben todo y hablan hasta con los de celdas de castigo. Mañana sabemos algo, se lo digo yo.

—¿Puede usted enterarse de quién está presionando?

—Eso no es cosa mía. Mi territorio termina en la plaza de Catalunya, como quien dice. Más arriba ya es cosa suya. Alguien muy gordo ha de ser para que en dos días hayan empezado a tocarnos los cojones con las dos manos sin que hayamos dado ningún motivo. Y ahora váyase. Cuanto menos me vean con usted, mejor.

El bar estaba fuera de la geografía delictiva de la ciudad y tenía el sospechoso aspecto de no servir otra cosa que zumos de tomate e infusiones de manzanilla para damas cuarentonas perdidas en el desierto de la tarde. Regresó a pie a su despacho Ramblas abajo bañándose en la inocencia del sol y del público del mediodía: estudiantes, empleados, viejos jubilados, todos sacando u pasear el esqueleto bajo el alimento gratuito del sol primaveral. Como un perrito arrojado de su caseta, Biscuter permanecía compungido en un rincón del despacho casi totalmente ocupado por la presencia de uno de los jóvenes policías melenudos de la anterior visita y de un gigantesco inspector de más de cien kilos de peso, con doble bigote sobre la boca y entre las cejas.

—Se pasea usted desde muy temprano, huelebraguetas.

Sin contestarle se adueña Carvalho de su silla, la hace girar a derecha e izquierda y Biscuter recupera lentamente la confianza hasta el punto de dar un paso adelante y ponerse a su lado.

—Venimos a quitarle trabajo.

El silencio de Carvalho provoca el que los policías se miren entre sí. El veterano inclina la media tonelada de su tórax sobre la mesa con las manos apoyadas en los cantos.

—Ya todo está aclarado. Un macarrón ha confesado que a Jaumá le dieron el paseo por propasarse con una pupila. Él no ha sido, ni sabe quién ha sido porque es nuevo en el oficio. Pero se ha comentado mucho entre esa gentuza. El jefe nos ha dicho: decidle a ese huelebraguetas privado que se vaya de vacaciones. La policía está para algo.

—No hay que perder el tiempo.

Dijo el joven con una voz conciliadora.

—Si te dan ya la carne cortada, ¿por qué la vas a volver a cortar? Un día de éstos pescaremos al asesino por cualquier chorrada y ya está.

—Si usted sigue empeñado en buscar los tres pies al gato es o porque tiene mucha cara dura y quiere engordar la minuta de su cliente o porque es un vicioso del trabajo.

El mutismo de Carvalho parece acompañado de un grave ensimismamiento.

—¿Se quiere quedar con nosotros? No ha dicho ni los buenos días. ¿Tú le has oído los buenos días a este señor? —Si no quiere hablar, que no hable.

—Pues a mí me gustaría oírle la voz. Hablo para que se me conteste.

Aumentó la inclinación de la media tonelada de tórax hacia Carvalho y la silla giratoria se detuvo.

—Biscuter, ¿les has ofrecido algo de beber a estos señores? ¿Desean tomar algo? Es más fácil hablar con una copa en la mano.

—Bueno. Al fin habló. La cosa se anima; ¿ha entendido todo lo que le hemos dicho?

—Sí. Comprendo que a veces ustedes hacen cosas que no les gustan y que no saben muy bien por qué las hacen. Cumplen órdenes.

—Sí, señor. Eso es.

—Seguro que alguien está interesado en que el caso se cierre con la declaración de algún chulillo muerto de hambre con más miedo que

vergüenza.

—¡Ah! ¿Conque ésas tenemos? ¿Usted cree que arrancamos las confesiones a punta de pistola o a hostia limpia?

—Hay quien sólo con entrar en comisaría ya se caga en los pantalones y firma hasta su propia orden de fusilamiento.

—¿De qué tiempos habla usted? Ahora la policía tiene otra formación. Yo mismo he estudiado métodos científicos para estudiar la conducta del delincuente sin brutalizarle. No le niego que antes se iba a hostia limpia, pero ahora las cosas han cambiado.

No parece muy complacido el veterano con la distancia crítica de su melenudo colega.

—A ver si te crees que vosotros habéis inventado la sopa de ajo. Un chorizo es un chorizo ahora y siempre, y siempre lo será.

—Hay gente que cambia.

Se encastilló el muchacho secundado por el comentario de Carvalho.

—Yo conozco varios casos.

Cabeceaba la mole policial rechazando estos argumentos.

—Como vayas por el mundo pensando así, desde luego poco lograrás en la vida y en esta profesión sólo conseguirás que te tomen el pelo.

—Observo una interesante discrepancia entre ustedes —opinó Carvalho con la voz neutra—. Por usted habla la experiencia, los muchos años de oficio.

—Veinticinco.

—Ya son años. Y por usted habla la técnica, que también tiene su valor.

—Yo no niego que se puedan aprender cosas científicas, ni mucho menos. Pero un chorizo es un chorizo, siempre lo ha sido y siempre lo será.

—¿Desean tomar algo?

—Muchas gracias, pero no son horas.

Calmado y cambiado el papel de policía agresivo por el de policía paternal, el Uzcudun de doble bigote sonrió a los presentes y se dirigió al chaval:

—Como sigas así se te van a escapar los chorizos hasta por debajo del brazo. Hay que ser desconfiado y así se previene y no es necesario curar. Mi padre era guardia civil en un pueblo en los años del hambre. Cada día se robaba. Gallinas. Trigo. Conejos. Patatas. Y cada día a quejarse a la guardia civil. Mi padre en cuanto cogía a un sospechoso, zas, le metía los dedos en la ranura de la puerta y catacrac hasta que cantaba. Claro que se cometió alguna injusticia y más de uno se quedó con la mano jodida sin haberse metido una gallina en el talego. Pero se dejaron de robar gallinas. Fíjense en lo que son las cosas.

Biscuter se apretaba las manos y cerraba los ojos como si le llegara del túnel del tiempo el dolor ajeno o como si temiera que de un momento a otro le quebraran las manos entre la jamba y la puerta.

—¿QUIÉN la ha llamado en las últimas horas insistiéndole en que lo de Antonio ya estaba resuelto? —¿Cómo lo sabe?

—¿Le han recomendado que liquide mi investigación?

—Sí. No se preocupe. Llegaríamos a un acuerdo económico.

—No me preocupo en absoluto. Lo que cuesta ganar es el primer millón, después cosa fácil. Por teléfono no puedo hablar claramente, pero quien le haya insistido se equivoca.

—Me han dicho que un golfo se ha confesado autor.

—No ha llegado a tanto. Bajo amenazas o bajo lo que sea ha cantado *Luisa Fernanda* entera, el papel del tenor, el del barítono y el de las dos tiples. ¿Me entiende?

—Creo que sí.

—Déjeme tres días más y tendré un cuadro completo del caso. Pero, dígame, ¿quién la ha llamado? —Gausachs, Fontanillas, Argemí.

—¿Por este orden?

—No. La llamada de Gausachs ha sido la última. Ayer noche lo hicieron Fontanillas y Argemí. Por este orden.

—La prensa no ha dicho nada. ¿Cómo se enteraron?

—Fueron mis dos representantes durante toda la investigación. Yo no estaba para investigaciones. La policía se relaciona con ellos.

—La policía llamará a su puerta en las próximas horas y tratará de



presionarla para que dé el asunto por zanjado. —Yo no sé qué hacer.

—Repito. Deme tres días más y creo poder convencerla para entonces de que no todo es tan fácil como lo cuentan.

—Por tres días. Si son sólo tres días.

Núñez se mostró escéptico sobre sus posibilidades de convencer a la viuda Jaumá.

—Tal vez nos quiera más a Vilaseca, a Biedma y a mí, pero para cosas «serias» sólo se fía de Fontanillas y Argemí. Son más sólidos. Haré lo que pueda.

Biscuter llega de la Boquería resoplando y con la cesta llena de tesoros. Deja los diarios sobre la mesa de Carvalho antes de ir a dejar la carga en la cocinilla unipersonal situada camino del retrete. Los ojos de Carvalho pasean divagantes sobre los titulares y de pronto se detienen como si hubieran sido reclamados por un imán o una serpiente cobra: «Retrato robot de Peter Herzen».

Los empleados de la Avis de Bonn han brindado una descripción de Herzen ratificada por dos camareros de un restaurante de la autopista 17 situado a pocos kilómetros del punto donde apareció el coche. Dieter Rhomberg. El parecido es preocupante. La conferencia con Berlín le llega al final de un pasillo de media hora de elucubraciones. La hermana de Rhomberg no manifiesta preocupaciones iniciales.

—¿Se han enterado ustedes de la desaparición de un súbdito alemán en España? Su nombre es Herzen.

—Creo haber leído algo sobre ello.

—¿No han publicado el retrato robot en la prensa alemana?

—No sé. La información de sucesos suelo saltármela.

—Su hermano se despidió de usted hace cuatro días, ¿no es cierto?

El silencio se convierte en una prueba de que ha acertado.

—Señora, no estamos jugando al ratón y al gato. La cosa es seria. Hay

vidas en juego. Incluso la de su hermano puede estar en juego.

—Sí. Poco después de haber llamado usted se presentó Dieter. Estaba muy emocionado. Se despidió del niño, de nosotros. Partía para un largo viaje.

—¿Le transmitió usted mi llamada?

—No le sorprendió. Incluso parecía estar informado. Dijo que ya lo resolvería.

—No quiero ser pájaro de mal agüero. Recupere la prensa de ayer o de hoy, fíjese en el retrato de Herzen, busque una fotografía de su hermano y preséntese en la oficina central de la Avis.

—¿Qué quiere decir? ¿Insinúa que Herzen es Dieter?

—Lo siento, señora, pero para mí es evidente.

—¿Por qué iba a alquilar un coche de la Avis? Tiene un coche propio, apenas si lo ha usado.

—Hágame caso y ojalá me equivoque. Usted y yo saldremos de dudas.

—Me parece que usted tiene un temperamento muy español. Muy trágico. No se puede ir por el mundo dando sustos así.

Estaba a punto de llorar.

—Señora. Hágame caso. Busque la prensa y la fotografía de Dieter. Mi temperamento es el de un solista de arpa y no me he puesto unas castañuelas en las manos en toda la vida.

«Que la den por culo», pensó cuando oyó que la mujer empezaba a llorar. Las alusiones a una supuesta complicidad con los tópicos patrióticos le sacaban de quicio.

—¡Adelante!

Gritó con la suficiente indignación como para que la pareja que franqueó la puerta lo hiciera pie a pie, con la prudencia del que se mete en un campo de minas.

—¿Aquí vive un detective?

—Aquí se ahorca simplemente. No. Aquí no vive un detective. Aquí tiene su oficina un detective.

—Pues eso.

Empezaba a gallear el hombre joven con melena corta, bigote de mosquetero, rebeca mexicana de lana blanca, pantalones tejanos, sandalias ibicencas sobre gruesos calcetines de lana. La chica le llegaba a la cintura, pero contenía en tan corta distancia una geografía impresionante de montículos, valles, depresiones bajo el tejadillo del pelo rubio peinado para semejar un sombrero cónico chino del que colgaban rizos abiertos. En conjunto el peinado era una escarola teñida de rubio y puesta por sombrero, en un decidido empeño de que los mirones olvidaran la maravilla del cuerpo miniatura. No lo conseguía. Recorrió visualmente a la chica hasta llegar a los ojos, que esperaban los suyos cargados de burla.

—Es para consultarle un caso.

—Han perdido una petara llena de hachís y quieren que se la encuentre.

—Es más complicado.

La chica deja que el varón asuma el papel activo mediante recitado muy correcto, con la voz educada y las entonaciones adecuadas. Convincente la gesticulación de él y el estar de ella, tan pendiente de la explicación de su compañero como de los reojos que Carvalho dedica a la raya de sus senos, asomada al escote cuadrado de una túnica ceñida.

—Mi hermano está en tratamiento psiquiátrico desde hace dos meses. Si se tratara de un caso normal no recurriríamos a usted, porque ¿quién no necesita un tratamiento psiquiátrico? Al menos lo necesitan todos los que están metidos en el engranaje de un sistema de vida basado en la producción y en la reproducción. Mi hermano era un racionalista.

Militaba en el PSUC, es decir, con los comunistas, y no era de los que creían en brujas ni en hadas. ¿Me entiende? El pan es pan, el vino es vino y dos y dos son cuatro. Para darle un detalle, se metía conmigo porque según él yo soy un vagabundo y nunca haré nada de provecho. Mi compañera y yo somos actores. Seguro que nos ha visto desfilar en manifestación por la Rambla, bajo estas ventanas. Como hay tantas manifestaciones, igual no se ha fijado.

Imposible que no me hubiera fijado en esta miniatura, piensa Carvalho mirando a la chica, y ella sabe que lo piensa porque quiere contener la sonrisa chupándose las mejillas y la sonrisa le sale por los ojos.

—Pues ese castillo de racionalismo, de marxismo se ha derrumbado.

—¿Su mujer le ponía cuernos con el responsable local?

La chica contiene la risotada con una mano y él quiere estar a la altura de una ironía que le mortifica.

—No. Nada de eso. Eso es material y lo que vengo a contarle es inmaterial. Sobrenatural.

—Lástima que no tenga efectos especiales. Si me hubiera avisado habría preparado el ruido del viento, de cadenas arrastradas y quejas lúgubres.

La carita de Biscuter asoma desde la cocina donde crepita un sofrito. Ha oído lo de sobrenatural y sus ojos adoptan una fijeza bizca superior a la habitual, mientras sus labios se cierran en la o pequeña de la más total de las entregas.

—MI HERMANO es aparejador. No me negará que es un oficio materialista, realista, y va todo el día con el coche arriba y abajo haciendo lo que se llama visita de obras. Hace dos meses volvía con el coche de Sant Llorenç del Munt cuando ya empezaba a oscurecer. En Sabadell recogió a su novia porque querían cenar en Barcelona e ir al cine. Vuelve a ponerse en marcha y cuando coge la carretera de Molins de Rei, donde debía hacer el último recado del día, ve que una mujer les hace la señal del autostop. Paran el coche. ¿Van hacia Molins? Sí., Yo también. Suba. Sube. Se sienta detrás y mi hermano vuelve a poner el coche en marcha. Llueve un poco y tanto mi hermano como su novia iban pendientes de la carretera. La pasajera detrás ni chistaba. Cuando se acababa una recta la mujer dice:

—Cuidado con esa curva. Es muy peligrosa.

Pone el pie en el freno y aun así el coche se le va un poco. Es verdad, es muy peligrosa. Comenta mi hermano cuando ya la ha pasado. Como la mujer no le contesta, se vuelve para repetírselo y se queda de piedra. La mujer ha desaparecido. Imagínese. Los dos se pusieron histéricos.

—¡Se ha caído! ¡Se ha caído!

Gritaba la novia. Era imposible porque la puerta estaba cerrada, pero mi hermano da la vuelta, regresa al inicio de la curva, para el coche, bajan los dos, buscan palmo a palmo, iluminan la zona con los faros del

coche y una linterna de camping que mi hermano siempre lleva en la guantera. Nada. La mujer no aparece. Ha podido caerse por algún terraplén y no tienen medios suficientes para buscarla. Hay que ir a la guardia civil. Muy bien. Se van al puesto de guardia civil más cercano. Los recibe un sargento. Escucha la historia que mi hermano le cuenta de la manera más realista posible, es decir, dando por sentado que la mujer sin duda se ha caído y que luego la puerta, por el viento o por lo que sea, ha vuelto a cerrarse sola. El sargento primero no le dice nada, ni le contesta. Luego se va hacia una mesa, abre un cajón, saca una fotografía, la tiende hacia mi hermano y su novia: ¿es ésta? La miran, la remiran. Sí. No es que la hayan visto muy bien, pero sin duda es la mujer que han subido al coche. Es la séptima vez que me cuentan esta historia. Las siete veces ha ocurrido lo mismo. Lo sorprendente, comenta el sargento, es que esta mujer murió hace cuatro años en un accidente de automóvil precisamente en esa curva.

—¡Hosti!

Grita Biscuter desde su semiescondite, y merece la mirada alarmada de la pareja.

—Es mi ayudante. De carne y hueso. Poca carne y poco hueso, pero carne y hueso.

Carvalho enciende la indudable materialidad de un Condal del número seis, su puro preferido para todo terreno.

—Ni mi hermano ni su novia conocían la historia. Lo cual invalida la explicación de una posible sugestión. Un abogado de toda confianza ha corroborado la declaración del sargento. Yo mismo y mi padre hemos localizado a los otros siete que recogieron a la mujer en autostop y luego desapareció, exactamente igual que en el caso de mi hermano. Se reafirman en lo dicho y sólo uno de ellos conocía la historia previamente porque es del mismo pueblo que la muchacha aparecida.

—¿Y su hermano y la novia?

—Ella está internada en una clínica psiquiátrica y mi hermano está hundido, en manos de toda clase de chapuceros mentales, desde psicólogos lógicos hasta psiquiatras de pastilla, pasando por los del diván.

—Yo no soy chapucero mental. Ni gran hechicero de la tribu.

—Queremos que usted lo investigue a partir de un proceso lógico típico y llegue a unas conclusiones.

—Dice usted que su hermano es comunista, pero ¿del ala católica o del ala racionalista?

—En casa nunca hemos sido católicos y mi hermano menos que nadie.

—¿Es un militante místico?

—No le entiendo.

—¿Cree en la comunión de los santos marxistas y en la resurrección de la carne en el paraíso terrenal?

—Mi hermano es, o era, como decimos en catalán: *un que toca de peus a terra*.

—¿Ha leído los cuentos de Andersen o de Hoffman?

—Mi hermano ha leído los libros de bachillerato, los de la Escuela de Aparejadores, *Después de Franco ¿qué?*, de Carrillo, y la prensa del partido.

—¿Compone versos, toca la flauta, la guitarra?

—No sé si le aclarará las cosas del todo el que le diga que somos antitéticos: yo podría tocar la flauta y escribir versos, aunque ni toco la flauta ni hago poemas. Él, jamás.

—En fin, un hombre sensato al que se le aparece una muerta en pleno período de liquidación franquista. Una conjura. El caso es una preciosidad, no lo niego. Pero de momento no puedo hacerme cargo de él. Tal vez cuando me saque de encima lo que tengo entre manos. Si vivo

para contarlos. Biscuter, anota todas las maneras posibles de localizar a estos señores.

Toma nota Biscuter de direcciones y teléfonos del hombre.

—¿Usted no tiene ni dirección ni teléfono?

—Ella no participa en la historia. Me ha acompañado simplemente.

En cualquier caso puede encontrarnos casi cada noche en el Sot.

—Pertenecen a la cátedra Marcos Núñez, vamos.

—Ha sido él quien nos ha puesto en contacto con usted.

«Núñez ha preparado a distancia la escenificación de esta ironía y a estas horas debe de estar riéndose de mí como un loco».

—Yo cobro.

—Ya me lo imaginaba.

—¿Usted paga?

—Paga mi padre.

—¿A qué se dedica su padre?

—Es constructor de obras. Solvente, no se preocupe.

—¿Y estaría de acuerdo en que yo llevara el caso?

—Le traería aquí y usted se convencería.

—Ya daré señales de vida.

Una mujer portátil. Mientras desaparece en seguimiento del hombre, Carvalho se la imagina encima, con el sexo ensartado, las manos apoyadas en el pecho del detective, la cabeza alzada con los ojos cerrados, la lengua entre los labios conteniendo un leve jadeo y la escarola subiendo y bajando como si algo la soplara desde dentro de la cabecita llena de facciones pequeñas.

—¿Usted qué cree, jefe?

—Nada... No creo nada.

—Pero ¿es posible?

—Es una historia de invierno, no de primavera. Como las historias de



osos y de muertos en el agua que viven en el fondo de los mares, los lagos, los ríos, los estanques.

—Se me pone la piel de gallina.

—Para mí que se trata de una conjura del obispo aliado con cristianos para el socialismo con el fin de evitar que la Iglesia se hunda. Déjalo, Biscuter. Quiero comer.

—¿Le caliento la cena de ayer? Recuerde. Riñones al jerez y pilaf de arroz.

—¿Qué guisas ahora?

—Pollo con alcachofas.

—Eso estará bueno recalentado mañana. Dame los riñones y el arroz, pero si se ha pasado el arroz lo tiras y me haces otro.

LA HERMANA de Dieter no se pone al teléfono. Es su marido. En efecto, Peter Herzen es Dieter Rhomberg, ha sido reconocido por el empleado de la Avis que le alquiló el coche.

—Compréndalo. Estamos muy afligidos. No sabemos cómo decirle al niño que su padre ha muerto.

—Puede haber desaparecido para sentirse más seguro.

—¿Más seguro? ¿De qué? ¿Porqué?

—¿Qué dice la policía alemana?

—Nada. Han tomado nota de su gestión y supongo que la Interpol se pondrá en contacto con la policía española para que usted cuente todo lo que sabe.

—Les agradecería que ustedes me mantuvieran informado.

—Permítame que cuelgue. Compréndalo. Estamos destrozados.

Se envileció en su boca el último sabor de los riñones y una vaharada de jerez le subió desde el estómago lleno de alarma y casi miedo. Como si de pronto se diera cuenta de haberse adentrado en un territorio excesivo, de caminos sin retornos y de tormentas sobrecogedoras, Carvalho tuvo que respirar varias veces profundamente para recuperar parte de la serenidad perdida. Veía claramente las dimensiones de un enigma gigantesco y la desproporción de su tamaño de detective privado, de «huelebraguetas» dedicado a casos residuales, un hombre bien distinto

al que había pasado por la CIA lleno de cinismo y despecho, capaz de disparar sobre un jefe de Estado o de meterse en la boca de lobos mayores. Dieter conducía el coche cuando entraron aquella noche en Los Ángeles en busca de un hotel de Beverly Hills. Estuvieron a punto de chocar contra un Buick que había patinado y empezaron a reptar hacia las colinas con los nervios de punta por la longitud del viaje y el reciente percance. Restaurantes, cines, tiendas, almacenes componían una ciudad ya dormida abandonada por el miedo a la noche. Y de pronto vieron subir acera arriba a un hombre vestido de competición atlética marcando el paso como los corredores de fondo, con el pe cortado al cero y resoplando rítmicamente.

—Es un brujo entrenándose para estar en forma.

Comentó Jaumá y se relajó el ambiente. Dieter aparcó para comprobar en qué quedaba la carrera del atleta de la noche. A pocos metros del corredor de fondo subía un coche patrulla de la policía.

—Le escoltan.

—Más bien le vigilan.

Al llegar a la altura del coche conducido por Dieter, el atleta pasó sin inmutarse y el acompañante del conductor del coche policial se llevó el dedo a la sien para indicarles que el corredor estaba loco. Como si quisieran demostrar su autoridad ante los insólitos testigos, los agentes adelantaron al atleta y frenaron bruscamente. Salieron del coche al mismo tiempo y se dirigieron al corredor con paso autoritario.

—Alto. Deténgase.

No avanzó el atleta ni un paso más pero continuó saltando ahora sobre un pie, ahora sobre el otro, como para mantener caliente la musculatura.

—¿Qué está haciendo?

—Corro.

—Eso ya lo veo. Pero ¿por qué? ¿Son horas de correr?

—De día trabajo. De noche corro.

—¿Pertenece a alguna sociedad atlética?

—Yo no corro en sociedad. Corro solo. ¿Alguna ley me impide correr a estas horas por la acera?

—No.

—¿Entonces?

—Se expone a un atentado. A la gente no le gusta que los demás corran a las dos de la madrugada.

—¿Lo han comprobado? —¿El qué?

—Que a la gente no le gusta que los demás corran a las dos de la madrugada.

—Es de sentido común.

Seguía el hombre saltando sobre uno y otro pie. Durante segundos los agentes le miraron severamente, luego echaron un vistazo fugaz hacia el coche de Dieter y con un ademán indicaron al corredor que podía seguir. Partiendo de los saltos que daba, los aceleró como si impulsase una bicicleta fija y arrancó cuesta arriba recuperando el ritmo de zancada y respiración. Se fueron los policías hacia el coche aparcado y les pidieron la documentación. Mientras uno la comprobaba, el otro tenía una mano en la pistola y el ceño fruncido sobre los ojos que perseguían la inagotable carrera del corredor de fondo.

—¿Van a dormir en el coche?

—No. Vamos al Golden Hotel.

—Por esa calle abajo y luego a la izquierda. No se entretengan, por favor. No son horas de tomar el fresco por la calle.

—¿Cada noche da una carrerita como la de hoy?

Preguntó Jaumá señalando al atleta a punto de ser tragado por el cambio de rasante.

—Por este barrio no le había visto nunca. Está loco. Se expone a que

le peguen un tiro desde una ventana.

—¿Por qué?

—A la gente no le gusta que pasen cosas raras. Las cosas raras les dan miedo y el miedo les hace sacar el revólver del armario o descolgar la escopeta.

Jaumá subió las escaleras del hotel como si hiciera footing y entró en el hall resoplando como un atleta experimentado. El recepcionista ni se inmutó. Los ayudó a cargar el equipaje en el ascensor y les abrió las puertas de las habitaciones. En cada una de ellas sólo faltaba Gloria Swanson o Mae West en salto de cama. Cabeceras de madera historiada pintada de purpurina plateada y laca color crema. Patas de columnas salomónicas y dosel recogido sobre la cabecera dejando en el centro un inmenso rosetón de yeso iluminado donde campaba una corona real. Moqueta azul cielo cursi combinada con muebles rosados y purpurinados, baño con bañera estilo imperio, mármoles y metales cromados fingiendo ser los más extraños bichos y vegetales. Un televisor en color que parecía un baúl de lujo.

—¿Funciona el bar?

—Si yo quiero, sí.

Le contestó el recepcionista, botones, ascensorista, telefonista, barman de noche.

—Espero que subirá usted con mucho gusto. Quiero champán francés helado y una chica caliente.

—El champán puedo subírselo ahora. La chica tardará dos horas en llegar.

—Entonces sólo quiero champán.

Los viajes largos le enervaban el sexo, y el hijo predilecto de todo hombre se desperezaba en la bragueta pidiendo amanecer. Si alguno de los otros se mantuviera despierto para animarse a pasar dos horas de

espera... Dieter ya dormía con la profundidad cúbica de su inmenso cuerpo. Jaumá se había puesto un anchísimo pijama de seda y estaba entregado a la contemplación de las variaciones geométricas que aparecían en los distintos canales de televisión.

—Pase, Carvalho. Busco imágenes que sean lo suficientemente hipnóticas para que me duerman. El zumbido ayuda mucho. Estoy nervioso.

Le contó lo del champán y la chica.

—¿Dos horas? Es un servicio poco serio. Deben de vivir en la otra punta de Los Ángeles.

El mismo recepcionista subió el champán y una copa. No le gustó que le pidieran otra, aunque corrigió el gesto de enfado cuando Jaumá le tendió cinco dólares de propina.

—Y lo de la chica, ¿por qué tardaría tanto?

—A estas horas sólo vendría alguna negra o alguna chicana, y en general viven a setenta kilómetros, en la otra punta de Los Ángeles, junto al Watts.

Jaumá se contempló la bragueta y comentó:

—¡En dos horas pueden pasar tantas cosas por el alma de un hombre!

LA POLICÍA, que se presentara. Gausachs, que quería verle. Fontanillas: es urgente que hablemos. Concha Hajar: si es necesario, paso por su despacho. Gausachs le recibió sentado en sillón gerencial de excelente piel repujada, flaqueado por tres extranjeros evidentes que contemplaron a Carvalho mientras sus cerebros se disparaban en el cálculo de todo lo que un hombre tiene de calculable.

—¡La que ha armado!

A pesar del reproche y de la alta entonación, Carvalho convino en que era la vez que le llamaban la atención con más educación.

—Si usted no hubiera exagerado las cosas, Dieter Rhomberg aún estaría vivo.

—Yo no le he tirado el coche al río y le he hecho desaparecer.

—Nadie ha tirado ese coche al río. Ha debido caerse y el cuerpo aparecerá un día u otro. Pero Dieter se puso en movimiento porque usted empezó a mover cielo y tierra con esa absurda investigación.

Se volvió Gausachs a sus acompañantes y les dijo en inglés:

—¿Quieren decirle ustedes algo?

El que tenía cara de mandar y de haber renunciado a una vicaría en Wakefield se dirigió a Carvalho con un precioso inglés lleno de cantarinas suavidades:

—Ya sé que entiende usted el inglés. Mi compañía está muy afectada

por este embrollo y quisiera cortar por lo sano. Usted ya sabe cómo van estas cosas. Si hay un escándalo en casa del lechero, se entera toda una calle o todo un barrio. El lechero pierde la clientela. Si hay un escándalo en una compañía como la Petnay se entera el mundo entero. Nadie está interesado en estos momentos en continuar esta absurda investigación, y menos ahora que ha costado indirecta, inocentemente otra vida. Comprendemos sus intereses profesionales y económicos y estamos dispuestos a indemnizarle por la interrupción de su trabajo. Dos mil libras esterlinas. ¿Le parece bien? ¿Cuánto sale en pesetas?

Gausachs hizo el cambio de moneda en un tono de voz reservado para las estimaciones positivas:

—Trescientas mil pesetas largas. Una oferta excelente, señor Carvalho.

—Si yo les pidiera diez mil libras, ¿qué me dirían ustedes?

—Tal vez nada, pero pensaríamos lo peor.

Contestó el vicario irónicamente.

—¿Me las darían?

—Sería deshonesto por su parte.

—La Petnay no puede dar lecciones de honestidad a nadie. Parpadeó el vicario y escrutó el rostro de sus colegas. Los dos ingleses se encogieron de hombros.

Gausachs pidió:

—Déjenme a solas con el señor Carvalho.

Desaparecieron los tres pares de zapatos brillantes. Gausachs ofreció un whisky de malta a Carvalho.

—Puede usted sacar más dinero del que le han ofrecido, pero no tanto como el que usted ha insinuado que podía pedir. ¿Me explico? En base a la necesidad nuestra de echar tierra al asunto y a su necesidad de sacar el máximo provecho del mismo, podemos llegar a las cuatro mil libras,



perdón, a las quinientas o seiscientas mil pesetas. Pero no se pase, Carvalho. La Petnay es tan comprensiva como poderosa y a estas horas la policía española está furiosa con usted.

—¿Por qué Dieter Rhomberg desapareció tan bruscamente de la nómina de la Petnay? ¿Por qué me anuncia su llegada como si se escondiera? ¿Por qué viaja a España de incógnito precisamente en coche y no en el suyo, sino en un coche alquilado? ¿Por qué aparece el coche en un río casi sin agua y sin haber caído directamente desde la autopista? ¿Por qué no se ha encontrado el cuerpo del «ahogado» en un río sin agua? ¿Por qué están ustedes tan empeñados en dar la explicación de que ha sido un accidente? ¿Por qué están dispuestos a regalarme seiscientas mil pesetas para que no siga investigando? Creo que es un excelente resumen de la situación.

—Dentro de unas horas ésta será la versión oficial, y sin duda será la buena. Rhomberg pasaba una aguda crisis personal y profesional. De hecho no se había recuperado desde la muerte de su esposa. No sólo deja la Petnay, sino que cambia de personalidad y decide correr mundo hasta encontrarse a sí mismo. Aparece usted mezclando el caso Jaumá con el caso Rhomberg, sin que nada pruebe que hay una conexión. Rhomberg acudía a Barcelona para dejar zanjado el asunto y así cumplir lo que consideraba un deber para la memoria de su buen amigo Antonio Jaumá y por el camino, sin que nunca sepamos por qué, cae al río y no aparece. O aparecerá dentro de meses, años, a lo mejor vivo, después de haber utilizado esta treta para huir de todo y de todos como sólo puede huir un supuesto cadáver. Creo que también esto es un excelente resumen de la situación y con muchas más probabilidades de prosperar. A nivel de opinión pública es una explicación suficiente, sobre todo si nadie está interesado en ver fantasmas donde no los hay.

—¿Y la viuda Jaumá? ¿Y la familia Rhomberg?

—Aceptan la versión de la Petnay. La única versión posible. Mañana por la mañana le espero aquí a las diez. Quiero una declaración firmada por usted en la que reconoce dar por cerrado el caso Jaumá y el caso Rhomberg, aceptando la explicación oficial. Yo tendré sobre esta mesa, al lado de esta mano, repito, de esta mano, un cheque de medio millón de pesetas.

—¿Sabía usted que Jaumá había descubierto un «olvido» de doscientos millones de pesetas en el último balance?

—¿De dónde ha sacado esa fantasmada? ¿De los cálculos de algún contable casero de Jaumá?

—La Petnay estaba informada de ese olvido. ¿Usted no? ¿Por qué no se lo pregunta al vicario de Wakefield?

—¿De qué vicario me habla?

—Al pájaro ése que ha empezado a sobornarme. Pregúnteselo y mañana, a las diez, me tiene la respuesta preparada junto a esa mano, repito, al lado de esa mano.

Gausachs está evidentemente desconcertado. Carvalho da una vuelta completa sobre el eje de una de sus piernas y se retira dando la espalda a Gausachs mientras musita:

—Echa el cierre, Robespierre.

Y se echa a reír. La risa le vuelve a ratos mientras va a pie hasta el despacho de Fontanillas.

—¡Dichosos los ojos! En vaya líos me mete usted.

—No se exalte, señor notario.

—¿Cómo dice? Yo no soy notario.

—Tiene usted cara de notorio notario y la exaltación no le sienta nada bien. Calmadito, amigo. Tranquilo.

Se sienta sin pedir permiso, se pone las manos sobre las rodillas. Fontanillas ha pulsado la tecla del dictáfono como para transmitir un

mensaje y paulatinamente se recupera de la sorpresa producida por el desaire de Carvalho.

—Va a decirme que he armado una gorda. Que todo está aclarado y que mis servicios ya no son necesarios.

—Le pagaremos lo justo.

—Y más aún.

—Si ése es el problema, más aún.

—¿Por qué?

—Porque las personas sólo pueden vivir en paz consigo mismas y desde que usted resucitó el caso Jaumá nadie vive en paz consigo mismo. Para empezar, la pobre Concha. Para continuar, ahí está esa desgracia de Rhomberg, indirectamente provocada por esta desdichada investigación.

—¿Y usted? ¿También quiere recuperar la calma? ¿Fue usted quien en calidad de abogado de prestigio y futuro prohombre político de centro, según he leído en el diario, ha presionado en el Gobierno Civil para que encuentren al asesino de Jaumá cueste lo que cueste, lo sea o no lo sea?

—Yo utilicé mi amistad con las autoridades para estimularlas. Me pareció que era prestar un servicio a Concha de cara a que recuperase la serenidad. La conozco y sé que no descansará hasta que todo cuadre. Todo cuadra ya, Carvalho. La policía ha obtenido una declaración reveladora de que, por desgracia para Concha, Antonio murió con las bragas puestas, y usted ya me entiende. Lo de Rhomberg no tiene nada que ver, absolutamente nada que ver.

—¿Le dijo alguna vez Jaumá que desde hace tres o cuatro años se volatilizan algunos millones de los balances de la Petnay en España? ¿Sabe que este año los millones volatilizados son doscientos?

—Nunca me dijo nada y me extraña que la Petnay no se haya dado cuenta.

—Es que sí se ha dado cuenta. Jaumá la informó año tras año y sobre

todo esto.

—Absurdo. ¿Cómo iba a permitir una compañía como la Petnay una cosa así?

—Ésta es la cuestión.

—SIÉNTESE y espere.

Una luz que parece ensuciar los ojos, o es que los ojos se preparan para la realidad que temen. Muebles de oficina que acumulan tres épocas: desde el neoclásico de madera barnizada al metálico lleno de ruidos huecos pasando por aquel intento inútil de que todas las oficinas se parecieran a las de las películas de Hollywood en los años cuarenta. Máquinas de escribir sobre portadoras metálicas y rodantes. Sobre todo gente, gente que pasa, gente que se queda con la sensación de que es para siempre. Los policías de paisano parecen estar de acuerdo históricamente con los muebles. Los hay al borde de la jubilación, barnizados de la opaca luminosidad de años y años, con un bigotillo que aprendieron a recortarse durante la guerra y que aún ahora vigilan pelo a pelo cano hasta conseguir ese extraño insecto de alas rectangulares clavado en un morro coriáceo. Luego los cuarentones, casi todos atléticos con barriga, policías ideologizados en el culto al orden franquista, el único que conocieron. Pluriempleados, malencarados, molestos por las horas que se les van cada día entre humanidad perdedora y vencida. Finalmente los jóvenes, expresamente jóvenes, melenudos o con aspecto de jóvenes burócratas de Banco, metálica su supuesta naturalidad, licenciados en Derecho de provincias que no velaron lo suficiente las oposiciones a inspectores de esto o aquello, o bien ex niños falangistas que convirtieron en profesión

la mística de que la vida es un acto de servicio. También se da el que todo lo aprendió en los *telefilms* norteamericanos o el que ha seguido la estela de los agentes del FBI como los niños de Hamelin siguieron al sagaz flautista. Gestos de oficinistas, agresividad mecánica, como mecánica es la habilidad del fontanero o el carpintero, facilidad para pasar del golpe al olvido del golpe, en la confianza de que el golpeado no tiene otro remedio que seguir el juego. Jóvenes ladrones de coches, descuideros, mecheras, putas, maricones depilados y con pestañas postizas, vecinas en riña con los ojos llorosos y huellas de arañazos en las mejillas, un viejo apuñalador de su sobrina en flor, el cazador que disparó contra, su mujer sin esperar el levantamiento de la veda. No todos vuelven de poner su firma en el libro donde todo estaba escrito. Los hay que permanecen al fondo del pasillo y por el resquicio de alguna puerta no cerrada a tiempo se escapa el grito, la protesta, la amenaza a la medida de una habitación sin ventanas, sin otra luz que la que cuelga sobre el perdedor como una sogá. Cuando vuelven del final del pasillo contusionados o no, con las manos juntas por las esposas y el gesto contrito, diríase que vuelven de hacer la comunión a la fuerza. Carvalho los acompaña con la mirada hasta la última puerta de cristal opaco a que alcanza s vista. Pero conoce el camino que continúa. La brusca desaparición del laberinto de oficinas y el brote del ámbito de cemento, las escaleras que precipitan a un infierno frío y húmedo abierto o cerrado por una puerta de rejas y más allá el pasillo con los calabozos a uno y otro lado, el retrete final donde la mierda impide la posibilidad de ducharse y donde el olor a zotal jamás ha conseguido imponerse a la peste de las orinas más tristes y desesperadas de este mundo. ¡Puerta!, gritarán desde arriba, y desde abajo, con parsimonia de sereno, un guardia uniformado abrirá la puerta a la espera del detenido y las instrucciones pertinentes. Incomunicado. No lo metas en la cuatro. El detenido recuperará en el calabozo su identidad y

descubrirá hasta qué punto ha perdido, con la clara conciencia de que en este juego era imposible ganar. Aunque sea unas horas, algo te han quitado que nunca nadie te devolverá: el vértigo del barranco que hay que saltar desde la orilla de lo que tú crees ser a la orilla de lo que los policías quieren que seas. Como antes y después de la primera vez que te violan.

—Conque Carvalho, ¿eh?

Le han dado un golpe diríase que amistoso en el hombro y al levantar la vista ve un rostro de comisario de policía española tal como hubiera salido en una película extranjera calificable por Radio Nacional de España de antiespañola, por el simple hecho de ser antifranquista. Se va el actor secundario de Hollywood. Unos minutos largos y anchos previenen a Carvalho de que la espera puede ser una sábana negra como una noche entera pasada en blanco, entre el respaldo lleno de cantos de una silla antianatómica y la pequeña posibilidad de dar unos cuantos pasos por el pasillo, de puerta a puerta. Le dejan como en depósito al cazador de su propia familia. Un mediocre conductor de coche dominguero que se mira las manos esposadas y llora sin el menor entrenamiento, como si se le rompieran las narices a sacudidas.

—*Remei! Pobre Remei!*

—¡Pobre Remei! ¡Pobre Remei! Haberlo pensado antes de pegarle un tiro.

—*Remei! Pobre Remei!*

Sigue lamentándose el cazador sin hacer caso de la amonestación de un joven inspector que pasa. Levanta el cazador los ojos enrojecidos hacia Carvalho:

—¡Veinticinco años casados y nunca nada de nada! Aquí no me habían visto ni para el pasaporte. ¿Para qué quería yo el pasaporte? Tengo una torrecita y pasamos allá los domingos.

—¿La ha matado?

Dice que no con la cabeza inclinada y entre sacudidas que tratan de arrancar las lágrimas desde ignotas profundidades.

—*La nena! També he ferit a la nena!*<sup>[7]</sup>

Ahora el llanto parece más conseguido o al menos ha ganado en fluidez y en mocosidades. Se busca el hombre un pañuelo que no tiene. Carvalho le tiende un folio blanco encontrado sobre una mesa.

—¡Le reñirán! —Usted suénese.

Se suena el esposado con una mano viva y la otra al lado, colgante, muerta.

—*Pobreta!* Me llevaba la contraria. Yo quería hacer un fogón en el jardín, una tontería, para hacer *carn a la brasa* con leña, porque dentro tenemos butano y asar la carne con butano, en fin, no es lo mismo. Compré ladrillos de éstos que no se queman. ¿Cómo se llaman?

—Refractarios.

—Eso es, refractarios, y encargué una buena parrilla de hierro a un *ferrer*. Una parrilla para hacer carne a la brasa para un regimiento, porque a veces somos veinte o veinticinco. Que si el novio de la nena, que si mi hermano y sus hijos. En fin. También para hacer paellas, porque no sé cómo hacen las cocinas hoy día. Nadie piensa que a veces es necesario hacer una paella. ¿En qué fuego la haces? Remei siempre me lo decía: Cuando hay que hacer arroz para más de seis estos fuegos no valen. Hay que ir corriendo la paella y los granos no salen igual. Bueno. Pues te haré un fogón fuera. Empiezo a poner ladrillos y no, que ahí no lo quiero, que entra todo el *fum* en la casa y luego soy yo la que tiene que limpiar. Coño, y que si patatín que si patatán, y yo allí sudando con la masa de ciment ya hecha y media pared de ladrillos. Le pego una patada a los ladrillos y ella que empieza a llamarme loco. *Estás ben boig! Estás boig com la teva mare!*<sup>[8]</sup> Y ya salió todo. Que si mi madre, que si mi padre. Y la nena por



en medio. *Cony de Déu!* Y luego, no sé, quería que se callaran, que dejaran aquel run run run run que se me metía en la cabeza. Me echo sobre ellas y se van corriendo hacia la puerta del jardín y desde allí run run run run run. Y se lo juro, se lo juro, señor, se lo juro, no sé cómo me metí en la casa y salí con la escopeta. Quería que se callaran. Sólo que se callaran. Y la Remei desde la puerta: *Ara ve aquest mal parit amb l'escopeta!*<sup>[9]</sup> Y tiro un tiro y se van corriendo y yo no quería que se fueran y vuelvo a tirar otro y otro y se caen. *Ai, mare meva, mare meva!*

—¿José Carvalho Larios?

—Sí.

—Sígame.

Las once de la noche. Tres horas de espera.

—¿Ha matado a su mujer y a su hija ése?

—Las ha herido.

—¿De gravedad?

—La chica, sí: La mujer, una herida superficial y el susto. Pise.

El comisario que le había golpeado en el hombro está sentado al fondo de la habitación.

—SERÁ TODO rapidísimo si usted colabora. Quiero una declaración completa sobre sus relaciones con Rhomberg y el porqué de su viaje a España bajo nombre falso. Al menos todo lo que usted sepa sobre el asunto.

Empezó Carvalho en Adán y Eva, es decir, en Estados Unidos. El comisario leía por encima de las gafas unos papeles que sin duda tenían alguna relación con Carvalho.

—¿Usted no sabe que un súbdito español no puede prestar servicios en una organización como la CIA sin autorización?

—Empecé dando clases de castellano sin saber que era la CIA y luego me divertí el juego. Cuando lo dejé ya aclaré esta cuestión en dos ministerios: el de Asuntos Exteriores y el de Gobernación.

Prosiguió el relato hasta su última conversación con el cuñado de Rhomberg y entregó, el telegrama recibido desde Bonn firmado por Dieter.

—Se va a meter usted en un buen lío si sigue este caso. Lo de Jaumá está cerrado. Ha sido detenido el asesino. Convicto y confeso. Un chico de Vich. Jaumá se metió en el bar de carretera que tiene su suegra y empezó a tontear con la mujer del chico. La verdad es que la chica es una golfilla de pueblo al que su propio marido le saca los cuartos que se gana en la cama. Pero Jaumá se pasó y la chica se quejó al marido. Hubo una

riña. Y el resto puede imaginárselo. En cuanto a Rhomberg, o está en el río o lo ha simulado todo para desaparecer.

—En ese río no se ahoga ni un bote de conservas.

—No crea. Este año ha llovido mucho y lleva agua. Bueno. Yo sólo tengo que advertirle. Todo está atado y bien atado. Usted haga una declaración sobre lo de Rhomberg, yo la leeré y si se corresponde con lo que me ha dicho de palabra podrá marcharse. Pero repito, y no hablo por mí mismo, sino que soy un transmisor de arriba.

Señaló con el dedo hacia el techo y todos los presentes alzaron la vista en su seguimiento. En manos de un joven policía que escribía a máquina con dos dedos y permanecía prisionero de una fórmula expositiva insuficiente para traducir lo que Carvalho declaraba, las hojas erradas se sucedieron y con ellas el aumento de nerviosismo y la agresividad del muchacho. Terminó Carvalho por dictar su declaración con puntos y comas incluidos, y una hora después, cruzado el ecuador de las doce, el comisario iniciaba una meticulosa lectura del papel seguida con tanto interés por Carvalho como por el policía mecanografiador.

—Bueno. Váyase. Pero recuerde lo que le he dicho.

—¿Está aquí el asesino de Jaumá?

—Acaban de interrogarle. ¿Le han bajado a celdas?

—Todavía no. Está comunicando con su suegra.

—¿Podría verle?

—Verle, pero no hablarle.

En un despacho departe el cazador lloroso con una mujer de edad madura. La presenta como su hermana. Una cincuentona aún guapa y fresca con veinte quilos de más excelentemente repartidos. En otro ángulo, Paco *el Cuatrero* sonriente y desdeñoso habla con su suegra. Un conjunto completo tejano y viejo. Cabello largo rizado. Facciones de guapo de cromo. Aguanta la mirada de Carvalho por el hábito del desafío.

Está tranquilo. Seguro. Confiado.

—¿Por qué le llaman *el Cuatrero*?

—Ha declarado que lleva el apodo desde pequeño. Robaba gallinas en su pueblo, allí en Andalucía. Luego sus padres emigraron a Catalunya. Tiene un corto historial como delincuente habitual. Después se casó con la hija de la dueña de un bar y sentó la cabeza. Al menos no chorizaba, aunque la guardia civil estaba enterada de que puteaba a su mujer.

—Un macarrón de pueblo, vamos.

—De eso hay en todas partes.

Le deseó el joven inspector las buenas noches y Carvalho pasó ante la mirada vigilante del guardia de la puerta antes de recuperar el aire fresco y negro de la calle. Creía tener el hambre y la sed del que no ha comido ni bebido en varios días. Creía tener la barba crecida del que no se ha afeitado en una semana. Y todo por cuatro horas de retención. Fue a buscar el coche aparcado junto a su despacho en las Ramblas y a los cincuenta metros de libertad oyó voces y pasos de carrera a sus espaldas. Biscuter y Charo se le echaron encima histéricos.

—¿Ha ido todo bien, jefe? ¿Le han tratado bien?

—¡Pepe, Pepe mío! ¡Ay mi Pepe!

La boca de Charo le besaba pequeñamente toda la geografía de la cara.

—¡Seréis exagerados! ¡Pero si he estado dentro cuatro horas!

—Ahí se sabe cuándo se entra, pero no cuándo se sale, jefe.

—Tiene razón Biscuter. Me llamó y he estado toda la noche con el ay.

—¿Y tus clientes?

—¡A tomar por culo mis clientes!

—¡Le tengo una cena preparada, jefe! ¡Paja chuparse los dedos!

CASI EMPUJADO por Biscuter y Charo, Pepe llegó al despacho con el corazón templado, aunque la historia de lo que había visto dejaba al paso como un reguero de preguntas y respuestas. La cena era una cazuela de sepias con patatas y guisantes regada con una botella de Montecillo. Comió también Charo, aunque exigió sólo sepia y nada de salsas, y sobre todo bebió a pesar de las críticas de Carvalho a las irracionalidades de su régimen dietético. Fumaron Biscuter y Carvalho dos especiales Montecristo.

—Ha llamado la viuda. No sé cuántas veces.

—¿Qué viuda? ¿La de Franco?

—La de Jaumá, jefe. Muchas, muchas veces. Que era urgente el que le viera hoy.

—Mañana será otro día.

—Y Núñez. También se ha hartado. Ha dicho que le esperaba a usted en el Sot si salía de la cárcel antes de las tres.

—No he estado en la cárcel, Biscuter.

—Para mí es lo mismo. Nunca he entrado en una comisaría sin pasarme después al menos seis meses de cárcel.

—Voy a echar una parrafada con Núñez y luego me largo a casa volando. Tengo ganas de sentirme cómodo.

—Esta noche no te dejes, Pepiño. Esta noche subo contigo.

—Haz lo que quieras.

Le besaba Charo sobre la ropa del hombro, abrazada a su cintura mientras bajaban la escalera. La hizo esperar en el coche aparcado a la misma puerta de El Sot. Núñez acudió a su encuentro y buscaron un rincón aparte. Carvalho le contó las últimas derrotas. Alguien había proporcionado a la policía hasta un asesino de Jaumá y el cuerpo de Rhomberg podía haber desaparecido para siempre.

—La clave es la viuda. Si ella se arruga, yo no tengo ninguna autoridad para seguir.

—Yo trataré de presionarla.

—Unos días. Una semana. Sólo necesito una semana. Al menos para saber si me he equivocado.

En un grupo estaba la muchacha acompañante del relator de la extraña aparición de la muerta de la carretera.

—¿Y tu novio?

—No tengo novio. Si acaso un compañero. No está.

—Qué lástima. Podía aprovechar la ocasión, pero tengo la noche ocupada.

—Este año aún quedan más de doscientas noches.

—¿Cenamos mañana?

—¡Uy! ¡Qué velocidad! No sé. No sé. Me lo pensaré.

—Llámame.

La chica le volvió la cara sonriente cuando Carvalho estaba a punto de salir. Núñez parecía un anfitrión siguiendo los pasos a la visita que se marcha.

—Hágase el sueco. No acuda a la llamada de Concha. Yo le diré que usted está fuera de Barcelona haciendo averiguaciones.

—No mentiré.

—¿Se va usted?

—De excursión. Quiero ver un río y una ciudad con fama de carca.

—Vich.

—Exactamente.

Charo se le volcó encima en un precalentamiento que duró lo que todo el viaje. Fue desnudado en el apagado vestíbulo de la torre y su sexo fue recogido primero por los labios, luego por una lengua breve que estimuló su crecimiento hasta encontrar los dientes que le hicieron sitio. Fue retrocediendo la mujer desnuda a cuatro patas con la suficiente lentitud como para no perder el mimado bocado y al llegar al tresillo hizo sentarse al hombre con la suavidad requerida para perpetuar el contacto. Luego cambió en dos movimientos la protección húmeda y caliente de su boca por la del sexo abierto como una ranura tierna. Se vació Carvalho con la conciencia escindida entre sus entrepiernas y el runrún de pensamientos que no acaban de concretarse.

—¿Te ha gustado?

Le preguntó al oído Charo, consciente de que había hecho un buen trabajo.

—Pse.

—¡Serás carota!

PARA LLEGAR a aquel punto del río Dieter debió de salir por la salida seis de la autopista, ir a buscar la carretera general en dirección a Barcelona y luego encapricharse por un dédalo de caminos de carro. O lo que aún era más absurdo: salir por la cinco e ir contradi dirección hacia Gerona. No cabía la explicación de haber buscado un lugar para tomar un bocadillo porque había comido en el Jacques Borel de la salida 7 en compañía de otro comensal.

—¿Se marcharon juntos?

—Eso no lo sé. Le digo a usted lo mismo que a la policía. Primero estaba sentado el alemán ése. Lo recuerdo muy bien porque me dije: pues si que empiezan a venir pronto este año. Luego se le sentó a la mesa un señor moreno, delgado, bajito, que pareció pedirle permiso.

—¿Estaban todas las mesas ocupadas?

—Había llegado una expedición de autocares de no sé qué peña de no sé qué pueblo y estaba bastante lleno, pero todo ocupado no. Por cierto, pagó la cuenta el otro señor.

—¿Intentó pagar el alemán?

—No me fijé. Me vino muy decidido el señor bajito y me pidió la cuenta, pagó y se volvió a la mesa. Cuando volví a mirar ya se habían ido.

—¿Juntos no llegaron?

—De eso estoy seguro. Ahora, de que se marcharan o no juntos, eso



ya no, porque desde aquí, compruébelo usted mismo, no se ve la zona de parking o se ve justo el coche que aparca frente a la puerta.

—¿Le comentó algo la policía sobre el acompañante del alemán?

—Me preguntó mucho sobre él, mucho. De esos tíos delgados, bajitos, con mucho pelo en la cara, estaba afeitado pero se notaba que tenía mucha barba, tal vez porque tenía mucha cara. Bueno, quiero decir que tenía una de esas caras con mucho lienzo, ¿me sigue? No era catalán. Hablaba un castellano así, muy seco, muy castellano.

—¿Buena propina?

—No se mató, no. Diez duros.

—¿No es un cliente habitual? ¿No le recuerda de otras ocasiones?

—No. Y yo soy de los más antiguos. Aquí cambian mucho de camareros, pero yo llevo tres temporadas.

Luego siguió con el coche la ruta de Dieter hasta el río y le pareció absurda la desviación. Sólo hubiera sido explicable en el caso de un violinista decimonónico con ganas de sentir el murmullo del agua entre los álamos con las cuchillas blancas tintineantes por una suave brisa. Además no había agua para ahogar al gigante Dieter Rhomberg. Si se aceptaba la explicación de un accidente fingido para desaparecer impunemente, kilómetros arriba estaba el Ter, un río mucho más serio, sin contar con los ríos a nivel europeo que Dieter había cruzado en su rápida carrera entre Bonn y el Tordera. Aunque los caminos que descendían hacia el río estaban enfangados y en algunos tramos parecían torrentes sometidos al capricho de arroyuelos formados por las lluvias recientes, Carvalho llegó sin grandes dificultades al borde mismo desde donde saltó el coche de Hans. Aún quedaban huellas del trabajo de las grúas para izarlo y los matorrales quebrados marcaban el pasillo de la caída. Recuperó Carvalho la carretera general para buscar en Hostalrich la carretera comarcal hacia Vich bordeando la cara norte del macizo del

Montseny. Para un animal urbano, la transparencia del aire alto, la exuberancia de los bosques cada día más espesos desde que la inoperancia del carbón vegetal eliminó la pequeña industria de limpieza de arbustos, la presencia constante de las tres cumbres señeras del Montseny cambiando de forma y volumen con los altibajos de la perspectiva, la humedad del paisaje bien regado por torrenteras en una loca carrera hasta la extenuación o la entrega a los cursos mayores, le proporcionó una euforia robinsoniana y una placentera nostalgia inexplicable, porque jamás había vivido en el campo y su vinculación a la naturaleza libre se reducía a su jardín de Vallvidrera y a la contemplación fugaz del Valles desde las ventanas de su casa. Aquél en cambio era un campo en serio, con masías, bosques, tierras de cultivo y de pronto algún que otro islote residencial de veraneantes fieles al principio de que la montaña es más sana que el mar. Había quien se había construido un chalet suizo con casi verticales tejados de pizarra para eludir una nieve que en aquella zona nunca dejaba de ser un liviano efecto óptico, una película en seguida sucia y helada sobre la tierra. Tampoco faltaba el estilo ibizenco, y el chalet muestrario de todo lo que el ser humano puede emplear para construir: desde el ladrillo a la pizarra, pasando por la madera y la piedra artificial. La pequeña burguesía tiene mal gusto en todas partes, pero el siglo xx merece el honor de haber concebido un modelo de burgués absolutamente imbécil con el suficiente nivel de vida para vivir singularmente y con la formación cultural de estricto hombre masa. Borracho de curvas desembocó en la Plana de Vich, salpicada por los cerrillos de volcánicas tierras grises. Se metió en la villa donde las severidades de los viejos caserones formaban un núcleo central del que se desgajaban villorrios modernos, en su mayor parte conformados por casitas individuales de ladrillo o por viviendas de dos plantas encorsetadas por la rigidez de un precario presupuesto. Aparcó el coche

en la plaza mayor y buscó los rincones donde crecían del techo salchichones, *fuets*, lomos embuchados tan perfectos que parecían cosa de cerámica firmada. Cargó con dos inmensos salchichones, cinco *fuets*, un lomo embuchado, y se abstuvo de comprar butifarras para seguir el rito de comprarlas en La Garriga. Compró una caja de *pa de pessic* para Charo y el tercer transeúnte interrogado supo decirle dónde estaba La Chunga, el chiringuito propiedad de la suegra del presunto, asesino de Jaumá.

—Pero está cerrado. ¿Ya sabe usted lo que ha pasado?

—Sí.

—Las dos mujeres al quedarse solas lo han cerrado.

—¿Ellas viven en Vich?

—No. Tienen la vivienda sobre el chiringuito. ¿A por quién va usted?

¿A por la hija o a por la madre?

—¿Usted qué me aconseja?

—La madre. Está como Dios. ¡Tiene un culo! Te ahorras el colchón.

Apenas si recordaba el contorno de la mujer que hablaba con Paco *el Cuatrero*. Va llenando el contorno de carnes imaginarias mientras sus ojos y el morro del coche otean el horizonte en busca del bar de carretera. Frente a un pabellón de exposición de muebles, al final de una larga recta, cuando el lomo de asfalto empieza a subir en dirección a Tona, La Chunga se presenta como un aplastado edificio encalado y cubierto de tejas. Un anuncio iluminado de Tío Pepe, las conchas policromas de la Coca-Cola y la Pepsi, cortina de tubitos de plástico sobre una puerta cerrada a cal y canto. Pero hay ruido de vida en la parte trasera y en el único piso que monta sobre el bar cerrado. Al dar la vuelta al frontal aparece una furgoneta con las puertas abiertas engullendo bártulos enfilados desde una puerta. Un hombre carga y la suegra de Paco *el Cuatrero* le va pidiendo cuidado mientras le entrega los bultos alineados.

Tiene la mujer veinticinco años en cada teta rotunda y los cincuenta reunidos en un culo ejemplar. Y al volver el rostro hacia el intruso lo ajado de su belleza de facciones grandes conserva malicia de reclamo, especialmente concentrada en unos labios impertinentes.

—El bar está cerrado.

—No quiero tomar nada. Quisiera hablar con usted y con su hija.

—Si es un periodista, puede irse por donde ha venido. Estoy hasta la coronilla. Váyase y tengamos la fiesta en paz.

—Eso es. Tengamos la fiesta en paz.

Dijo el hombre saltando de la furgoneta y quedando entre la mujer y Carvalho con las piernas abiertas y el cuerpo amenazante.

Le tiende Carvalho su carnet profesional y al leer la palabra detective el hombre se relaja.

—Es un policía.

Al balcón del piso se ha asomado una muchacha que parece un cincuenta por ciento de la mujer.

—¿Más policías?

Llora la muchacha más que grita. Carvalho suelta la cabeza para que haga un signo imperioso y camina hacia la casa sin comprobar si le siguen.

—¿CUÁNTO durará este baile?

La mujer se ha calado el ceño.

—Todo está dicho y firmado. ¿A qué santo volver a molestar?

El hombre le aconseja prudencia con la mirada y la chica llega del piso de arriba con las veinteañeras tetillas trotonas bajo un jersey de lana fina.

—¿Es su marido?

—Es mi hermano. Soy viuda. Y si se han creído que porque soy viuda me achanto, van muy equivocados. Tengo un par de huevos donde hay que tenerlos y todo en esta vida me lo he ganado con lo que sea, pero me lo he ganado yo.

—El señor Antonio Jaumá...

—A todo le llaman señor. ¿Se refiere usted al muerto? Pues no era un señor. O al menos lo que yo entiendo por ser un señor.

—¿Le trató usted mucho?

—Nada. Todo lo que sé me lo han contado mis hijos. —¿Qué hijos?

—Aquí la chica y Paco, su marido.

—Así que usted nunca vio a Antonio Jaumá.

—Nunca. Llegó aquella noche cuando yo me había ido arriba a ver la tele. Hacían eso de Los hombres de Harrelson y no me lo pierdo.

—Según se dice, Jaumá se metió con su hija en una habitación y un

rato después salió la chica medio en pelota llamando a gritos a su marido.

—Eso dicen.

—¿Es verdad?

La chica había bajado los ojos.

—Tú no contestes nada. Aún es una menor. Tiene dieciocho años.

—¿Quién contesta entonces?

—Si me da la gana, yo.

Se acercó Carvalho a la mujer y le dio un picotazo con el dedo en la nariz.

—Baja el tono, leche, que me rompes el tímpano. Contesta despacito y con educación, porque si no te voy a pegar una patada en ese par de cojones que dices tener.

Se aguantó la cólera en los labios y en los ojos para dejar salir un quejido y dos lágrimas de impotencia.

—¿Ésas tenemos? ¿Así se habla a una mujer?

—Te hablo como hablas tú. Como un camionero. Conque, venga. Basta de pitorreo. Tú, ¿por qué saliste gritando?

—Quería hacerme guarradas.

—¿Qué guarradas?

—Cosas. Pegarme. Cosas así. Verme mear. Llamé a mi marido. Lo sacó a empujones de la habitación y no vi nada más. Luego oí un tiro. Paco volvió muy nervioso y dijo que el tío aquél había sacado una pistola.

—¿De dónde? ¿Del ombligo? Porque de la habitación lo sacarían desnudo.

—Estaba vestido.

Había hablado la madre.

—Estaba vestido.

Confirmó la hija mirando hacia el suelo.

—Qué paso luego.

—No sé nada. Paco lo hizo todo. Se marchó con esa furgoneta y volvió tres horas después.

—Yo oí cómo se marchaba la furgoneta y pensé: ¿Adónde va ese golfo a estas horas? Porque Paco es un golfo. Lo que ha hecho, hecho está y bien, porque mal nacidos como ese tío no merecen vivir. Si a uno le van las mujeres, pues a por ellas, pero por el camino más corto y no dando rodeos de guarro.

—¿Por qué se van?

—Porque hay mucha mala leche por aquí. Desde primeras horas de la mañana, entre guasones, periodistas y curiosos no paramos. Esto parece el zoo.

—Mi hermana ha vendido el bar y se va. Muy bien que hace.

Como si quisieran asesinarle, los ojos de la mujer se clavaron en los de su hermano.

—¿Vender el bar? Vamos a ver. Su yerno se entrega ayer. La noticia no ha salido en la prensa hasta hoy. La empiezan a importunar esta mañana y ahora, al mediodía, ya tiene el bar vendido, la casa levantada. ¿Quién se lo ha comprado?

—Bueno, sólo está apalabrado.

—¿Con quién?

—No lo sé. Me ha dicho que se pondría en contacto conmigo. Yo le he dado la dirección de una prima hermana que vive en Barcelona. De momento vamos allí para estar más cerca de Paco, y luego, según vayan las cosas, volveremos al pueblo.

—¿Tiene la policía las señas de esa prima?

—¿Para qué ha de tenerlas? Las tiene el abogado y con eso basta para cuando necesite a esta pobre cómo testigo.

—Venga esas señas.

Sacó el hombre un bolígrafo de su cazadora tejana y escribió la dirección en el canto blanco de la revista *Interviu*.

—¿Cuántos clientes de cama tienen ustedes? ¿Dos al día?

—Eso es cosa nuestra.

—¿Cuánto cobran por cada polvo?

Rompe a llorar histérica la chica. Le pega dos bofetadas la madre y la empuja contra una esquina de la habitación. Se revuelve encendida hacia Carvalho:

—¿Por qué no vinieron a hacerme preguntitas cuando el hijo puta de mi marido nos dejó plantadas? ¿Por qué no me preguntaron entonces cuánto dinero tenía en el cajón de la cómoda? Nada. Aquí no se acuesta nadie con nadie. Ésa con su marido y yo conmigo misma. Y de ahí no me sacan.

—Pero bien se acostó con Jaumá. Eso es prostitución.

—¿Acostarse? ¿Pero qué dice usted? Le dijo: Ven, monina, ven aquí que te voy a enseñar una cosa. Y esta inocente le siguió y así empezó el lío. ¿Le gusta la explicación? Pues no tengo otra. Y ya puede usted pegar patadas o guantás que de ahí no me sacan.

—Caballero.

Carraspeó el hombre lento, delgado, avejado, con las manos enormes llenas de posos de cementos y yesos.

—Caballero, civilizadamente, caballero. Comprenda usted que aquí se han pasado tragos muy amargos, muy amargos, caballero, y que mi hermana tiene su carácter, porque desde muy joven tuvo que abrirse camino en la vida.

—No te molestes en hacer discursos, Andrés, que éstos son de piedra.

—No, Fuensanta, no. Hablando, la gente se entiende. ¿Verdad, caballero, que usted comprende el mal trago por el que están pasando estas dos mujeres?



Pasó Carvalho entre los dos hermanos, el uno cargado de miedo y la otra de rabia. Miedo y rabia de pobres, pensó Carvalho, furioso contra ellos y furioso consigo mismo.

—Me voy. Pero esto no se ha acabado. Paso que deis, paso que tenéis que comunicar. Mañana quiero saber quién compra este Hotel Ritz, el nombre, los dos apellidos y la talla del pantalón. Cuidadito.

En el pabellón destinado a la venta de muebles le dijeron que La Chunga funcionaba desde hacía cinco años. La chica aún llevaba trenzas y la mujer vivía entonces con un gitano catalán dedicado a coger setas. Sobre todo cogía setas para secar y también setas de temporada para vender a los conserveros de Granollers. Un día desapareció el gitano y semanas después era sustituido por un transportista que trabajaba a destajo para una fábrica de piedra artificial de Aiguafreda. Después de aquél ya no se le había conocido ningún otro fijo. El bar daba cuatro cuartos. Clientela de inmigrantes: barrejes, carajillos, algún refresco, un bocadillo a algún despistado. La mujer empezó a enseñar las tetas y aquello se animó. Un día las enseñó la chica. Siempre había líos. Huellas de golpes. Putas sin suerte, comentó uno de los informantes. Luego la chica trajo al chulo ése, un auténtico mala cabeza. Pero al menos imponía cierto respeto a los clientes.

—Estaban de letras hasta aquí. Creo que uno de sus tíos la dejó embarcada en muchos líos y por muchas chapas que hiciera no daba abasto para pagar letras. La había utilizado a ella como firmante. Una estafa.

En la gasolinera le completaron los informes. El hermano de Fuensanta trabajaba de albañil en una de las cuadrillas de un constructor muy fuerte de Centelles.

—Fue el primero en venirse del pueblo. Luego pasó lo de siempre. Un hermano detrás de otro y al final los padres. Ya han muerto. Menos el

albañil, los demás hermanos no quieren saber nada de la de La Chunga. Si les preguntas por ella la niegan; dicen: Esa señora no es nada nuestro. Les da vergüenza. El albañil aún aparece de vez en cuando. Un día me dijo: ¿Qué quiere que le haga? Es mi hermana y yo soy el mayor. Tengo cierta responsabilidad. ¿Qué le parece?

Esperó en la gasolinera a que le adelantara la furgoneta. Conducía el viejo con las manos siempre sucias de cemento y yeso. A su lado, tiesa y en la plena consciencia de su volumen, Fuensanta. Entre ambos asomaba la cara compungida de la puta adolescente. El albañil saludó a Carvalho con una ligera inclinación de cabeza. Fuensanta le envió un rayo jupiterino que arrancó ruido del cristal del parabrisas.

COMPRÓ butifarras en La Garriga: frescas, cocidas, de sangre y de huevo. Después de los alemanes, son los catalanes los europeos mejor dotados por su propia cultura gastronómica para sacar provecho del cerdo. Salvo en los jamones, blandos y siempre de sabor insuficiente, los cerdos del país tenían el honor de aportar auténticas maravillas imaginativas en forma de embutidos. Un excelente muestrario prueba de la reflexión de Carvalho aparecía sobre los manteles de la mesa distribuidora de la Fonda Europa, restaurante de Granollers al que Carvalho se escapaba de vez en cuando para comprobar siempre con sorpresa y admiración que conservaba su buena tradición gastronómica. En la mesa distribuidora se amontonaban los embutidos base de un plato que en el menú figuraba bajo el rótulo «*Matança del porc de Llerona*». Como todo buen mineral, el plato tenía su ganga. Junto a los excelentes embutidos locales, probablemente de Llerona, se juntaba chorizo industrial y el húmedo jamón del país que más parecía tratado por el procedimiento de inmersión en el mar que por el de secado al aire. El llamado jamón del país tiene algún parentesco desgraciado con el jamón de Parma, pero sin adquirir la ternura sabrosa del italiano. Pedir la *matança del porc de Llerona* como entrante era un capricho pantagruélico que requería después un buen tino selector. Había que desdeñar jamones y chorizos y quedarse en la gama butifarrera, desde la consistencia de embutido de

fondo del salchichón hasta la ligereza etérea de la butifarra de huevo o del fuet. El camarero dejaba sobre la mesa una tonelada de embutido, un cuchillo dispuesto a facilitar la voluntad de cortar y una fusta propicia para el degollado del embutido. Saciado el miedo angustiado de todo Pantagruel a morir sin haber comido todo lo que merece un ser humano, Carvalho siempre pedía en la Fonda Europea el *peu i tripa*, callos peculiares de tripas y pies de cerdo de una melosidad similar a la que los andaluces consiguen añadiendo morro a los severos callos castellanos. Le confortaba la voluntad de comer todo lo posible que siempre se advertía en los clientes de la Fonda Europa, especialmente los días de mercado, cuando la sala se llenaba de tratantes y viajeros cómplices a la hora de buscar los platos más hondos y anchos. Un restaurante además con espacios, de tal manera que cada mesa podía crear su propio entorno y ensimismarse en la operación de comer sin ser contemplada desde el balcón de la mesa próxima, con esa mirada de *voyeurs* de escotes que siempre tienen los envidiosos espías de lo que comen los demás. La ingenuidad de las pinturas murales de un modernismo devaluado, también era gastronómica. Temas y colores digestivos, bien porque metafísicamente puedan existir los unos y los otros, bien porque el comensal saciado esté dispuesto a los más intransigentes afectos por la ingenua pintura mural de un modernismo devaluado. No estaba el vino a la altura de lo comible, y si bien la solución del Rioja era un mal menor, Carvalho comentó consigo mismo una vez más la falta de idoneidad que existe en Catalunya entre una excelente cocina popular y el mal acabado de sus vinos más populares. El postre de *mel i mató* de la Fonda Europa estaba a la altura del que podía comerse en el Ampurdán, y Carvalho lo pedía más por respeto a una cultura gastronómica que por goloso. Devoto del sentimiento trágico de la comida, le parecía que los postres no frutales siempre conllevan una reprochable frivolidad y los de repostería

terminan por anular los sabores, que uno quisiera eternos, de los platos trágicos.

Con el hambre completamente derrotada, Carvalho mordió su Montecristo especial y con los primeros humos brotaron las iniciales reflexiones sobre cómo estaban y no estaban las cosas. Alguien trataba de establecer una lógica a la medida del asesinato de Jaumá y la prefabricación era tan evidente como irrefutable. ¿Por qué? Los descubiertos del balance de la Petnay podían ser el motivo, pero la Petnay los conocía y no había emprendido ninguna acción legal contra los supuestos estafadores, es más, parecía encubrirlos incluso por encima de las alarmas de Jaumá. ¿Quién había manipulado ese dinero? ¿Para qué? Las presiones políticas para cerrar cuanto antes el caso, el alarde económico de comprar un «asesino» que alegaría defensa de su honor y estaría en la calle dentro de dos años con unos cuantos millones en el bolsillo, la implacabilidad con que habían jugado los instigadores en el caso del desgraciado Rhomberg, y frente a este inmenso muro en movimiento contra Carvalho sólo tenía el débil asidero del encargo profesional de la viuda, un encargo frágil ante las presiones que sin duda a esta misma hora está recibiendo Concha Hjar. Si la viuda se retiraba, sólo quedaba la posibilidad de dar un escándalo político con la ayuda del contable Alemany y el ala izquierda de las amistades de Jaumá. ¿Ya mí quién me paga? Nunca había buscado la satisfacción de la obra bien hecha, pero sí al menos la de la obra hecha, y le molestaba dejar el enigma sin resolver como le molestaba un bricolage inacabado por culpa de un tornillo insuficiente o por la taita de previsión de no haber comprado un rollo de cinta aislante. La única motivación afectiva era el hijo de Rhomberg. La solidaridad con Jaumá era profesional, en cambio la solidaridad con el desconocido niño alemán la llevaba en la sangre, le salía del pozo de los terrores infantiles hacia la orfandad, del espectáculo

de la miseria de los niños del barriodespadrados por la guerra o por las cárceles, fusilamientos, tuberculosis de la posguerra. La fragilidad de aquellos huérfanos que asomaban su cabeza rapada entre los geranios de balcones tan oxidados como el alma colectiva del barrio, le hacía nacer en el estómago la interesada congoja del animalito que descubre en la desgracia ajena la posibilidad de su propia desgracia.

—Para los trabajadores todo es trágico.

Decía, su padre. Una separación matrimonial, una muerte, una enfermedad.

—Los ricos siempre tienen un colchón a punto y cuando caen no se hacen daño.

Tal vez aquel niño alemán disponía de un colchón suficiente para sus pequeños huesos, pero no para el mutilado sentimiento de atracción hacia el padre mitificado. Una vez más lamentaba su mala educación sentimental basada en la aspiración de absoluto. Un perro se había muerto de tristeza en el Japón porque su dueño no había vuelto a casa. Lo había leído al pie de una foto de agencia de las que exhibía el diario *La Vanguardia* en sus escaparates de la calle Pelayo. Un hombre acuchilla al que intenta quitarle a la mujer amada: lo había oído recitado por un rapsoda a través de Radio Barcelona. Una niña se muere de tristeza porque sus padres han tenido un hermanito que será el heredero del patrimonio familiar: lo había visto y oído, recitado por una vaca trágica desde el escenario de la sala Mozart. Igual el niño alemán crecía fuerte y seguro, lejos de la presencia autoritaria de un padre castrador. O no. Podía ocurrirle lo que al pobre Tyrone Power en *El hijo de la furia*, esclavizado sádicamente por su tío y tutor George Sanders. La voz del cuñado de Dieter no le había gustado nada. Prusiana, diría Carvalho. Sin duda era una voz prusiana según el preconcepto de prusiano acuñado por la sabiduría convencional. Pero luego el niño crecerá, se irá de emigrante

a los mares del Sur, pescará perlas, contratará a otros para que pesquen perlas para él, se enriquecerá con la plusvalía, volverá a Berlín y humillará a su tío. O crecerá carcomido por la nostalgia, será carne de fracaso, se enamorará de muchachas fuertes que no le harán caso y se suicidará bebiéndose todos los discos de su cantante de moda disueltos en sulfumán.

—No se debería nacer. Por mucho que hagamos por ellos, nunca los compensaremos por la jugada de haberlos traído a este mundo.

Solía comentar su padre, sobre todo desde que se convirtió en un obseso sobre la futura destrucción nuclear del universo. Cada vez que aparecía un hongo atómico en las páginas de huecograbado de *La Vanguardia* o el *Diario de Barcelona*, don Evaristo Carvalho lo señalaba con un dedo acusador e iniciaba un discurso maltusiano que sólo el niño escuchaba, consciente de que su propia existencia era un lamentable error del que su padre se arrepentía por su propio bien.

—Si la humanidad se pusiera de acuerdo para no tener más hijos, en cincuenta años la Tierra quedaría despoblada y devuelta a sus fuerzas más inocentes: los animales, el agua, el sol.

Hasta su muerte, Evaristo Carvalho sintió remordimientos cada vez que veía a su hijo y trataba de lavarle del cerebro el instinto de la paternidad con toda clase de detergentes. Desde el balcón de siempre contemplaba el paso de los coches y las generaciones. Los coches eran el símbolo de la locura humana lanzada a dar una mayor velocidad a la absurda marcha desde la nada a la muerte. Y los niños descolgados de las barrigas de las muchachas del barrio eran víctimas, perdedores de todo y ganadores de casi nada.

—Fíjate. La del número siete ha tenido otro hijo. Ay, Señor. Qué falta de cabeza. Traer víctimas a este mundo.

Carvalho se quedó con las ganas de preguntar a su padre si hubiera

pensado lo mismo en caso de no haber perdido la guerra civil.



INVITÓ a cenar a Pedro Parra en Vallvidrera. Aún tuvo tiempo de comprar en la Boquería lo adecuado para un menú constructivo, aplicado a perpetuar la energía vital de un coronel que aún no había renunciado al asalto del Palacio de Invierno. Un potaje de puerros y un fresquísimo rodaballo cocido al vapor. Parra asintió complacido ante un menú que no iba a poner en peligro su lucha preventiva contra el colesterol y el ácido úrico.

—¡Cómo vives! ¿Éste es tu picadero?

—Mi picadero está donde estoy yo. Al norte, al sur, al este, al oeste.

—Los solterones siempre podéis llevar la jaula abierta.

Comió Parra con eficacia, sólo aceptó un vaso de Perelada Pescador frío, le encantó la combinación del yogur, el zumo de naranja, la piel rallada de la naranja, y aunque se le escapó un mohín de disgusto cuando supo que en la mezcla entraba triple seco y cointreau, se tranquilizó cuando Carvalho le insistió en la poquedad de su presencia. Nada de café. Se sacó Parra un paquetito del bolsillo.

—Lamento pecar de pejuguera, pero te agradecería que me hicieras una infusión con estas hierbas. Si quieres la preparo yo mismo.

—¿Qué es esto?

—Una mezcla de lo que los catalanes llaman puniol y boldo. Va de cojones para el estómago y el hígado.

Del mismo bolsillo sacó una cajita de plata y de ella dos sacarinas que colocó al alcance para cuando la infusión estuviera preparada. Carvalho se sirvió un tazón de café y dos copas de orujo buscando la burla suficiente en los ojos primero y luego en el comentario de Parra:

—Cuando llegue el momento no estarás en forma. Yo que contaba contigo para la revolución.

—¿Pero aún estás así?

—Mi viejo plan sigue en pie. Lo he adaptado a las circunstancias cambiantes.

Veinte años atrás, Parra había calculado cuántos activistas eran necesarios para ocupar los puntos vitales de las cuatro o cinco ciudades más importantes del país.

—Sólo hay que esperar una quiebra en los aparatos del Estado y aprovechar la ocasión.

Indignado ante el progresivo pactismo de la izquierda, Parra había pospuesto su plan por tiempo indefinido, hasta que la vanguardia de la clase obrera recuperara la lucidez histórica y se liberara del sentimiento de autocompasión que la llevaba a querer ser aceptada por la burguesía.

—Toma tu arbolito. Pero he de decirte que este tipo de trabajos son más efectistas que serios. Lo puso de moda Tamames en su estudio sobre los monopolios, pero esto es más arte plástica que economía.

—No me interesa la economía, en este caso me interesan más las artes plásticas.

—El cuadro es bastante completo y aparecen las relaciones de las distintas empresas con la Petnay a partir de distintos niveles: 1.º, sociedades directamente vinculadas porque la Petnay posee acciones; 2.º, sociedades indirectamente vinculadas porque miembros de consejos de administración de sociedades directamente vinculadas pertenecen a los consejos de administración de las sociedades indirectamente vinculadas;

3.º, sociedades indirectamente vinculadas por lazos familiares: hijos, padres, cuñados, bodas, la lista no es exhaustiva porque un gabinete de estudios no sigue al día la revista *Hola* y no sabe cómo va el mercado del braguetazo; 4.º, sociedades indirectamente vinculadas porque su supervivencia depende de los encargos que le hacen directamente las empresas de la Petnay o las indirectamente vinculadas a la Petnay.

—Esto más que un árbol parece una selva.

—No te puedes quejar. Te lo hemos hecho en un tiempo récord. Le has de dar cinco mil pelas a los que te lo han puesto tan mono, con lápices de colores y todo. ¿Me vas a decir para qué quieres todo esto? ¿Está relacionado con el caso Jaumá o con el caso Rhomberg? Yo también leo los periódicos.

—Es posible.

Los ojos de Carvalho saltaban de nombre en nombre y a veces reconocía apellidos de primera o séptima página, según la distribución tradicional de los diarios clásicos. Políticos en ejercicio, cuartos o quintos clasificados en regatas internacionales, protagonistas de fiestas sociales en Fuengirola, Torremolinos, Puerto Banús o S'Agaró, cabezas de la joven o de la vieja Cámara de Comercio y Navegación.

—Me lo miraré luego con más calma.

—A mí, y perdona que me meta donde no me llaman, todo esto me huele a un ajuste de cuentas de gran envergadura. Jaumá no era un don nadie. Te he traído este recorte de *Time* para que te enteres. Se dan las listas de dirigentes políticos económicos españoles con más futuro. Jaumá está entre ellos. Se le califica como ejecutivo español de la Petnay con futura proyección internacional.

—En los políticos casi no han acertado en ninguno.

—Es un artículo de la época franquista y sobreestiman el papel a desempeñar por los nuevos cuadros del Régimen. Pero fíjate que la lista

económica no está tan desacertada. Tal vez no estés enterado, pero todos estos tíos dominan hoy puestos claves. Ha habido un cambio de caras políticas, pero en lo financiero e industrial la cosa sigue casi exactamente igual, es más, los presuntos •cachorros del poder económico tienden a asumir también poder político. Es un fenómeno típico de época de crisis. El gran capital se siente seguro mientras le respalda la fuerza represiva del Estado fascista. Cuando esa fuerza represiva se relaja, el gran capital durante unos años desconfía de las fuerzas políticas que podían representar sus intereses y asume en parte ese papel. Eso también pasa en las democracias formales con tradición. Fíjate en Italia. Los Agnelli no asumieron funciones políticas directas mientras la Democracia Cristiana era suficiente para sacarles las castañas del fuego, Cuando se deteriora la fuerza política que representa sus intereses, los Agnelli se meten ellos mismos en política. El mayor conspira y el menor se presenta como candidato a diputado y trata de abrirse camino dentro del aparato de la DC.

—¿A qué juega el gran capital en España ahora?

—A todo. Yo no creo que se haya dividido en un bloque nostálgico del franquismo, lo que se llama el «bunker» económico, y un grupo partidario del cambio en condiciones de controlarlo. Creo que juegan al cambio controlado sin levantar la mano de la pistola, por si acaso. Pueden soltarle veinte duros a los neo-franquistas, otros veinte duros a los del centro democrático y las cien pesetas restantes a la ultraderecha y las policías paralelas.

—Veinte duros. Cinco millones. Doscientos millones.

Algo le impulsó a ponerse en pie y a dar vueltas a la habitación según la imagen tópica del «animal enjaulado», que en Carvalho se convertía en la imagen real del ex presidiario que da vueltas a su cama en busca de caminos de geografías imaginarias.

—Bueno. Tampoco te creas que son de un generoso subido. Para soltar doscientos millones o han de ser empresas muy fuertes o han de jugar bazas muy seguras.

—Doscientos millones, precisamente en 1976.

—¿De qué hablas?

—Con ese dinero se puede financiar un grupo político afín, se puede armar una tropa de mercenarios, se pueden comprar decisiones de alta política.

—Sí. Doscientos millones no están mal. Pero sólo para empezar.

A LAS CUATRO de la madrugada se durmió Carvalho. Las hojas que le había traído *el coronel* cayeron de sus manos al suelo en un suave vuelo de animales torpes e ingenuos. Soñó una extraña relación erótica con Fuensanta que empezaba ante un plato de judías con butifarra servido en la barra de un bar excesivo para ser La Chunga.

—¿Son de verdad?

Preguntaba Carvalho señalando las tetas.

—Tócalas.

Las tocaba Carvalho, suaves, grandes, calientes.

—Como nos vea mi hijo, verás.

Buscaban un escondite entre tuberías de uralita bajo la luna, pero ninguno convenía a la mujer.

—Nos ven desde la casa.

—¿Desde qué casa?

Al fondo se veían contornos de terrados o almenas y la sombra de un vigía con la escopeta en bandolera.

—¿Lo ves? ¡Mi hijo!

—Pero tú tienes una hija.

—No. No. Un hijo.

Carvalho parecía haber perdido la fuerza para terminar de bajarle las faldas, a pesar de que ya asomaba bajo la luna la promesa de un culo

blanco con el canal mórbido hincado entre carnes esféricas y frías.

Se despertó con el sexo a media asta y urgencia sexual en los testículos. Fue al lavabo con la duda de orinar o masturbarse y tras orinar le habían desaparecido otras urgencias de entrepierna, pero no de la imaginación, donde seguían mezclándose imágenes de carnes desnudas de Fuensanta o de su hija. Apartó los platos sucios de sobre la mesa para dejar sitio a las remiradas cuartillas que le había traído Parra. Cinco apellidos Gausachs salían en empresas vinculadas con la Petnay. El abogado Fontanillas pertenecía a dos consejos de administración de vinculación muy indirecta y Aracata, S. A., Industrias Lácteas, figuraba en las listas de empresas dependientes por la provisión de productos básicos.

—Jefe, la señora Jaumá está buscándole desde hace dos días. Que se ponga en contacto con ella urgentemente. ¿Le doy el teléfono de Vallvidrera?

—Ni hablar. Si vuelve a llamar, le dices que estoy fuera de España.

—Por si acaso, ya le he dicho que se había ido de viaje.

Los siete minutos que tardaba en bajar de Vallvidrera hasta las calles que le metían en la ciudad le parecieron más largos que otras veces. Subió a pie los escalones de gastado mármol rosa que llevaban al piso del contable Alemany, sin esperar la lenta bajada asmática del ascensor historiado. La llorosa señora Alemany sólo podía decir:

—Se nos muere. Se nos muere.

Y, efectivamente, Alemany parecía decidido a morirse, con el rostro amarillo y salpicado de pecas casi sumergido en el almohadón. Ladeó la cabeza ante la llamada de su mujer y sus ojos conservaban la dureza del aguilucho malherido, presintiendo el misterio de su propia muerte.

—Alemany, quisiera preguntarle algo más sobre el señor Jaumá.

—¿Sobre el padre?

—No. Sobre el hijo.

—¡Ah, el hijo!

Devolvió los ojos al techo como desentendiéndose, aunque la cabeza levemente ladeada hacia Carvalho indicaba la voluntad de oír lo mejor posible.

—El dinero que faltaba en el balance de la Petnay.

—Sólo hablaré de eso con el señor Jaumá.

—Ha muerto, Alemany, recuerde. Fue asesinado por algo relacionado con el balance.

—Ha muerto tanta gente, tanta.

—Alemany, ¿por dónde se marchó ese dinero? ¿A través de qué empresa o de qué capítulo de gastos?

—Me lo han quitado todo. Mi colección. Mis libros.

Cerró los ojos y parecía llorar hacia dentro.

—Se nos muere. Se nos muere.

—¿Qué le han quitado? ¿De qué habla?

—Confunde las cosas. Ayer me llamó la señora Jaumá y dijo que tenía una oferta muy buena que hacerme. Un amigo suyo estaba interesado en comprar los archivos de contabilidad de mi marido. Guardaba la historia de los balances más importantes en que había participado y ese señor quería comprarlo todo para la biblioteca de una escuela de empresarios, me dijo.

—¿Se lo ha vendido?

—Sí. Ayer. Vinieron dos señores, lo estuvieron mirando. Lo querían en seguida. Consulté a mi marido. La cantidad era muy buena y además me dijeron que si le vendía los papeles de contabilidad me hacían una oferta por la colección de carteles de la Generalitat y las cartas de Maciá, Companys, Pi i Sunyer; mi marido los conocía a todos.

—¿Quién le hizo la oferta?



—Uno se llamaba Raspall, el otro no me acuerdo.

—¿Ya le han pagado?

—Sí.

—¿Cuánto?

—La cantidad era muy buena. Me dolía venderlo, pero ¿qué iba a hacer yo con todo eso? Sólo me queda una pensión ridícula, este piso, unas acciones que no valen nada. Tampoco le servía de nada a mis hijos.

—¿Quién firmaba el cheque?

—Lo firmó el señor Raspal. Lo ha ingresado esta mañana mi hijo mayor.

—¿Lo sabe Alemany?

—Yo se lo dije. Me contestó que no. Luego que sí. Ahora se queja a ratos y me insulta, pero después dice que he hecho bien, que así me deja algo.

Alemany dormía, o fingía hacerlo. Carvalho alzó la voz para despertarle:

—¡Alemany! ¡Dígame! ¿Quién era el responsable de la fuga de dinero de la Petnay?

Dormido o sordo, el anciano parecía de mármol impenetrable. No hizo caso a las sucesivas llamadas de Carvalho y las voces atraieron a sus hijos a la habitación. Con amabilidad primero y airados después pidieron a Carvalho que le dejara morir en paz.

—Ha muerto tanta gente, tanta.

Había dicho el viejo contable, consciente de que iba a ser uno más de sus muertos conocidos y de que nada ni nadie merecía ya el esfuerzo de abrir los ojos. Carvalho casi sentía tras de sí los pasos de los hijos Alemany expulsándole y cuando se quedó solo en el descansillo de la escalera eran otros pasos los que le acuciaban, los mismos que le seguían el rastro y se le adelantaban cuando adivinaban la lógica de sus

movimientos: la compra del bar, ahora la de los papeles de Alemany. Concha Hajar tal vez sin saberlo había pactado con el asesino de su marido. Sería inútil llegar ante ella a preguntarle el nombre, sin otro instrumento de presión que una sospecha fundada en un discurso lógico. Con miedo y rabia se metió en las oficinas de la Petnay. La secretaria de Gausachs se apartó a tiempo de no ser empujada. Al propio Gausachs se le rompió la exclamación de sorpresa y el ademán de levantarse, para dejarse caer en el sillón bajo el peso de lo irremediable. Y lo irremediable era Carvalho en el centro del despacho, con la secretaria al lado atragantándose en las disculpas a Gausachs y las acusaciones a Carvalho.

—Está visto que usted aprendió el oficio en las películas americanas.

—Pocas veces había lidiado con chorizos tan importantes como usted, por ejemplo.

Gausachs cerró los ojos y dejó volar el brazo. La amaestrada secretaria se retiró y cerró la puerta tras de sí. Carvalho buscó el sillón más alejado de la posición de Gausachs, se sentó con las piernas balanceantes por encima de uno de los brazos y desde su posición de abandono esperó a que Gausachs saliera de su perplejidad.

—Pero bueno. ¡Es inaudito!

—Hable con propiedad, catedrático. Inaudito quiere decir lo nunca oído y yo hasta ahora no he dicho ni los buenos días.

Gausachs daba la vuelta a la mesa y quedaba en pie ante el detective. Se pasó la mano por el espeso pelo rubio y la misma mano resbaló por la pechera del chaleco para meterse finalmente en un bolsillo del pantalón. Para entonces Gausachs ya sonreía.

—¿A qué viene? ¿A por el cheque? ¿A por la explicación del desfalco hallado por un contable casero?

—Lo del dinero no está descartado. En cuanto al contable, no será tan

casero cuando le han comprado su archivo por una cantidad de seis ceros.

—Debía escribir los balances en letra gótica. En cuanto a lo del supuesto desfalco, viva tranquilo. La central de Londres me ha dado una explicación correcta. Lo de la cifra de doscientos millones debe haberlo leído en el cuento de *Alí Baba y los cuarenta ladrones*. Cada año hay pequeñas cantidades desajustadas que se gastan en contactos directos de la Petnay con sucursales o empresas afiliadas: cursos de experimentación técnica, relaciones públicas, gastos de representación. Jaumá se sorprendía ante esos gastos controlados desde Londres y efectuados por apoderados especiales que la Petnay tiene en empresas filiales. Si Jaumá no se hubiera metido en camisas de once varas hubiera permitido que las cuentas globales se hicieran desde Londres y no habría tenido jamás motivos para alarmarse.

—Es decir, no se habría enterado del pastel.

—¡No sea infantil, por Dios! ¿De qué pastel? ¿No se lo estoy dando todo masticado?

Impaciencia, sorpresa, un cierto asco en la actitud de Gausachs.

—Alguien ha comprado a un chulito de pueblo para que se coma el consumao del asesinato de Jaumá.

—Tradúzcamelo al castellano, por favor.

—Ya sabe lo que digo. Alguien ha sobornado a un chulo de poca monta para que confiese haber asesinado a Jaumá. Y ese mismo misterioso alguien ha comprado la memoria de toda una vida del contable Alemany y entre otros datos la pista que llevaba a quien maneja ese dinero que no cuadra en las cuentas de la Petnay.

—Usted es de los que creen que los jesuitas envenenan las aguas.

—Alguien ha tirado toneladas de bromuro a estas aguas para que todos nos durmamos, y usted es un cínico o un panoli. O tal vez tiene la nariz acondicionada para no oler la inmensa mierda que le rodea.

—Se lo pido casi como un favor. Acepte el regalo económico de la Petnay y déjenos en paz. Por su bien. Por mi bien. Por el de Concha. Basta ya de jugar a James Bond.

PARECÍA haber dormido con el jersey y las puntas flotantes de la oculta camisa de siempre. Núñez le abrió la puerta con una bayeta húmeda en la mano. En el centro de la habitación que era recibidor, dormitorio, comedor, lugar de trabajo a juzgar por las estanterías llenas de libros y una mesa con papeles, un cubo mediado de agua sucia parecía meditar sobre su propia triste condición de cubo de agua sucia. Núñez escurrió bien la bayeta y la depositó en el suelo junto al cubo. De una estantería sacó una botella de colonia y se roció las manos, agitándolas después para que el alcohol se evaporara.

—Mi compañera ha salido a trabajar y yo estaba haciendo la limpieza.

Minutos de silencio y de mutuo estudio.

—Concha quiere echarse atrás y le está buscando. No he podido convencerla.

Con pereza, Carvalho contó su versión de los últimos hechos:

—Ese dinero debía destinarse a alguna finalidad extralegal. Si hubiera sido un desfalco personal, la Petnay no hubiera estado interesada en encubrir al autor. Era un dinero que desaparecía con el beneplácito de la empresa. Jaumá recelaba de algo, se sentía aislado, rodeado y recurrió a un hombre de su confianza. Se conformó con las explicaciones iniciales, pero este año o la cantidad era ya inaceptable o Jaumá

descubrió algo que le hizo especialmente incómodo. El paso de asesinarle fue muy grave y por lo tanto debió dar motivos, es decir, se convirtió, en una amenaza. La conclusión es obvia. Deciden matarlo y movilizan toda su influencia política y económica para tapar el pastel. Lo que no entiendo es por qué Jaumá se confió tanto. Ya sabía con quién se jugaba los cuartos. O intentó sacar tajada extorsionando a la Petnay o se fue de la lengua con alguien de su confianza. La primera posibilidad es perfecta en su planteamiento, desarrollo y desenlace. La segunda complica las cosas. Jaumá confiesa a alguien lo que ha descubierto y se equivoca de interlocutor o bien va directamente al responsable y le aborda con franqueza. En uno u otro caso quiere decir que confía en cierto nivel de relación con esa persona: tanto si es para confesarse como si es para acusar, una u otra cosa sólo la puede hacer porque conoce bien a su interlocutor. Es traicionado. Asesinado. El responsable sólo puede ser uno de ustedes, uno de los mosqueteros de la fotografía promocional, uno de los que jugaban a ser reinas el día de mañana, ya me entiende. Lo lógico es que sea Fontanillas o Argemí. Ambos tienen relaciones propias con la Petnay, el primero como consejero de empresas filiales y el segundo como gerente propietario de una empresa muy dependiente del gran pulpo. Pero tampoco es descartable uno de ustedes, los rojos de toda la vida. A Rhomberg lo matan porque sabía algo y temían que yo hablara con él. Todo tiene demasiada envergadura, tal vez demasiada envergadura para mí. Puedo sacar mucho dinero de esto. La viuda me pagará espléndidamente para que no siga poniendo en peligro, la generosa pensión de la empresa. La propia Petnay quiere comprar mi abandono. Nunca he ganado tanto dinero en tan pocos días y eso me intranquiliza. ¿Qué puedo hacer? Vivimos casi en una democracia y puedo levantar a la opinión pública. Mañana cito a un puñado de periodistas y acuso a la Petnay. Gran revuelo. Una investigación.

Resultado: un detective de mala muerte ha querido alzarse sobre los tacones postizos de un escándalo.

—Tal como lo cuenta rio hay salida.

—Hay una salida: que ustedes, el ala izquierda de las amistades de Jaumá, den al caso una dimensión política.

—Yo no soy nadie. No puedo complicar a mi partido en un período tan delicado como éste. ¿Se imagina el descalabro que representaría el tomar partido por un maniático sexual que se lleva las bragas de sus putas? Y ésa sería la conclusión de la encuesta. Salimos de muchos años de silencio, persecución. ¿Usted cree que íbamos a asumir un escándalo de este tipo?

—¿Y los otros? Vilaseca, Biedma.

—Vilaseca es un fuera de juego. De poca ayuda le serviría. Biedma seguirá, seguro, pero sería su peor aliado. El rojo furioso y el detective de mala muerte unidos para tirar una escandalosa piedra contra el Goliath de las multinacionales.

—¿Entonces? ¿Cubro y me voy a casa?

—Es su problema.

—¿Usted qué haría?

—Yo de usted no cobraría, me iría a casa y esperaría una situación más propicia, una correlación de fuerzas más favorable. Un día u otro la Petnay dará un traspiés y entonces puede resucitar el caso. Más adelante yo le ayudaría.

—Una tarde, cuando el caserón donde tengo mi despacho se vacía de sus profesionales residuales, dos o tres matones subirán por la escalera. Aprovecharán que Biscuter haya salido, probablemente a la compra. Cuando vuelva Biscuter me encontrará tan muerto como Jaumá y los periódicos dirán: El oscuro asunto del asesinato de un detective especialista en bajos fondos. Tengo una biografía impresentable. Ex rojo.

Ex agente internacional. Amante de una puta selectiva más que selecta. O quizá me maten en Vallvidrera e incendien mi casa. Yo suelo encender la chimenea todo el año, hasta en verano. Me ayuda a pensar. Usted me metió en este lío.

—Sólo puedo prestarme a que me maten a su lado. Si eso le consuela iré a hacerle compañía todas las tardes a su despacho o todas las noches a su casa. También puedo comprender una moral individual, pero que empiece y acabe en mí mismo. A eso juego. Estoy dispuesto.

—No tengo ningún interés en morir acompañado.

—Me lo temía.

—Lo grave es que llegaré hasta el final.

—¿Tirará de la manta?

—Llegaré hasta el asesino y cobraré la minuta de la viuda. Estoy ahorrando para la vejez.

—Yo no ahorro para la vejez. Traduzco lo suficiente como para poder fumar sin contraer el cáncer. Ahora estoy trabajando en la *Crítica al programa de Gotha*, de Marx.

—Regáleme un ejemplar. Suelo encender la chimenea con libros trascendentales. Cuanto más pretensión de trascendentalidad, más culpabilidad. Seguro que han conseguido engañar a alguien.

—¿Usted es de los que cuando oyen la palabra cultura sacan la pistola?

—No. Yo saco el mechero. La cultura es guisar con salsas o sin salsas, vivir como un mortal o como un inmortal, prestar a la mujer propia o conseguir la de los demás, es decir, cultura francesa o inglesa, española o americana, esquimal o italiana. Lo que usted llama cultura es ortopedia verbal o letrista.

—Tantos años intentando saber el alemán y ahora resulta que es una majadería.



—¿Le ha sacado partido sexual a la lengua?

—¿Se refiere a la lengua hablada o a la lengua como músculo?

—De momento a la lengua hablada.

—No me puedo quejar. A pesar de haber vivido en un país tan puritano como Alemania Oriental, conseguía una muchacha cada semana. Quizá la media exacta no sea semanal, pero se acerca. Bajo la aparente rigidez marxista vibraba el romanticismo del temple colectivo de un pueblo. Una de ellas se empeñó en cortarse un rizo de pelo del sexo y me lo regaló como un recuerdo eterno.

—¿Lo conserva?

—Lo dejé allí. Imagínese que me lo encuentran en el registro de la frontera.

—Ustedes los comunistas son la reserva puritana del mundo.

—Algún día se nos hará justicia.

NO FUE FÁCIL sacar a la viuda Jaumá de su territorio de hijos huérfanos de padre y piso en el que se planchaban y almidonaban hasta los cristales de las ventanas, Citarla en el puerto, desoír sus preguntas y reproches, obligarla a continuar la conversación en una golondrina que cruza las aguas más sucias de este mundo hacia la escollera, fue un tratamiento predispuesto por Carvalho para dominar una situación que se le escapaba. Excesivo invitarla a una ración de mejillones a la marinera en un restaurante de masas situado bajo el faro.

—¿Pero usted qué se ha creído? Usted está a mi servicio. No me trate como si fuera una perrita.

Carvalho engullía los mejillones y luego utilizaba la misma valva como una cuchara para llevarse a la boca auténticas paletadas de sofrito picante.

—Están detestables. Saben a petróleo y más que a la marinera podría hablarse de mejillones naufragados en un mar de sofrito poco hecho. Fíjese la cantidad de clavos de olor que le han puesto. El cocinero debe de ser murciano. Los murcianos ponen tantos clavos en las comidas como los judíos en la cruz de Cristo. Mi abuela era murciana y hacía un caldo de pescado, pobrísimo pero excelente, a base de rodajas de emperador, un pimiento verde, cebolla, tomate y clavo.

—Es usted un payaso.

—Hemos de hablar de dinero. Quiero un treinta por ciento de lo que le han dado por hacerse cómplice del asesinato de su marido.

—Como siga por ahí le voy a dar una bofetada.

—Reprima el coronel de los tercios de Flandes que lleva dentro. Usted ha hecho el juego de los asesinos de su marido. La puntilla fue conchavarse con la mujer de Alemany para que vendiera toda la información del contable. Dígale usted al gángster comprador que estoy preparando un informe y que lo voy a presentar en rueda de prensa.

—A lo único que me presté fue a proteger la tranquilidad de mis hijos. El caso está cerrado. El asesino detenido y usted se ha pasado. No me importaba ni me importa llegar a un acuerdo económico. Si es por eso, ya puede dejar el caso.

—La amenazaron con retirarle la pensión.

—A mí no me amenaza nadie.

—O le prometieron que se la subirían.

—A mí no me compra nadie.

—Su marido fue asesinado por el mismo que ahora le insiste en que eche tierra sobre el asunto.

—Está usted loco. Es como esos payasos que interpretan una vez el papel de Napoleón y acaban creyéndose Napoleón.

—Pásele el aviso. Voy a por él y su nombre va a aparecer en todas las primeras páginas.

—Tenga. No quiero más trato con usted, ni asumir la responsabilidad de sus pasos.

Junto al montón de mejillones deshabitados quedó el semidoblado cheque. Carvalho se limpió los dedos después de chupárselos y cogió el cheque con absoluta dedicación.

—Doscientas cincuenta mil pesetas. No está mal.

—Es mucho más de lo que vale un año de trabajo suyo.

—Mi padre se jubiló con ocho mil pesetas mensuales después de haber trabajado sesenta y cinco años o setenta, porque a los cinco ya guardaba vacas. Si hubiera seguido mi carrera de profesor de Sociología de la Literatura ahora ganaría unas treinta mil pesetas al mes. Quince pagas a treinta mil. Cuatrocientas cincuenta mil pesetas al año. ¿Ve? Su cálculo ha sido insuficiente. Con todo, no está mal.

—Señora, ¿necesita ayuda?

Otra vez el policía melenudo y a su lado otro servidor de la ley disfrazado de especialista en Reforma Agraria peruana.

—Señora Jaumá, viaja usted escoltada por la VI Flota.

—Déjese de guasas. Hemos tenido mucha paciencia con usted.

—No me molestaba. He venido por mi propia voluntad y ya habíamos acabado.

—Recuerde. Avise a su socio protector. Voy a por él.

—Usted no va a por nadie. Y no se ponga chulo que nos lo llevamos.

Concha Hajar era ya un taconeo alejándose. Los dos policías vacilaron y finalmente fueron a dejar los codos sobre la barra sin quitar el ojo de Carvalho. Se levantó el detective y se puso a contemplar el malestar del mar plomizo. Lloviznaba. El mar parecía indignado por la tímida contribución de aguas celestiales intrusas. Respiró varias veces profundamente para sacarse del estómago el aire maloliente de la angustia. Sobre el corazón la indudable alegría de un cheque reconfortante que no pagaba el miedo a morir, pero que podía acrecentar esa cuenta corriente que Carvalho protegía para tener dónde caerse de viejo. Si era uno de esos viejos que se mean en la cama, los billetes de mil serían un excelente colchón absorbente.

—Me parece que se le ha vuelto a escapar el pipí, señor Carvalho.

O bien:

—¡Viejo asqueroso! ¡Te has vuelto a mear!

Entre uno y otro comentario median los ahorros de toda una vida, religiosamente sepultados bajo la losa gris de la libreta de la Caja de Ahorros.

—Nada de Bancos, Pepe, nada de Bancos. Los Bancos quiebran y se tragan tu dinero. Las Cajas son más seguras.

—Papá, dan un tanto por ciento más bajo.

—Pero son seguras.

O tal vez compraría un terreno para revenderlo en el momento de jubilarse. Aunque para entonces si la democracia prosperaba sería más difícil especular con el suelo. ¿Y si había llegado el socialismo? Entonces habría asilos pulcros y eficaces. Le conectarían un tubo de plástico en la polla y, cuando se orinara dormido, el pipí iría a parar a un colector general de orinas depurables que después servirían como agua purísima para el consumo general. Centro Gerontológico Antonio Gutiérrez Díaz. Quemarían sus cenizas en la Cámara Incineradora Pere Portabella y luego esparcirían el tenue polvo por el Bosque de la Materia Eterna Federico Engels. Lo jodido sería que me mataran ahora, en pleno desorden municipal, sin nichos suficientes y escoltado por los llores de Charo y el Biscuter. ¿Qué sería de Biscuter? Tenía que aleccionarle. Lo mejor que podía hacer Biscuter era tratar de colocarse en un restaurante, tenía condiciones para ser un buen cocinero. Pero tan canijo, fetal, residual, Biscuter inspiraba asco o lástima y el racismo no sólo distingue en función del color de la piel, sino también entre estaturas, tamaños de nariz, clases de cabellos, formas de mirar. Haría testamento para que en caso de muerte súbita los ahorros y la casa de Vallvidrera fueran a parar a Charo y Biscuter. La bodega se la dejaría al Bromuro para que se suicidara empapando el hígado con buenos vinos. Dentro de unas horas la amenaza que transportaba Concha Hajar provocaría una reacción. Carvalho decidió esperarla armado. Salió con decisión del restaurante al

oír la sirena de aviso de la golondrina. Los dos policías subieron tras él al barco. Se sentaron al alcance de su vista. No hablaban entre sí. Miraban a la gente como si la clasificaran en delincuentes activos y delincuentes latentes. Ya en tierra se fue a pie hacia la sucursal de la Caja de Ahorros a ingresar el cheque.

—Oiga, la libreta no la llevo encima. Quisiera ponerla a nombre de otras dos personas. Luego ya vendrán ellas a registrar la firma.

—Rellene este impreso.

Había que poner los nombres completos de Charo y Biscuter. ¿Cómo se llamaban? Ni el de Charo ni el de Biscuter. El empleado no era de los que aceptan diminutivos o apodos. Una libreta de ahorros a nombre de José Carvalho Larios, Charo y Biscuter habría merecido al menos una reunión del Consejo General de las Cajas de Ahorro Confederadas. Mierda. Caminó hasta el despacho para pedir los nombres completos y coger la pistola. Se sentó en el sillón giratorio. Biscuter pelaba habas y levantó un solo ojo enjuiciador cuando vio examinando a Carvalho el mecanismo de la pistola Star.

—¿SIEMPRE lleva la pistola encima?

—En este país hay que ir armado.

Se habían quitado las chaquetas para subir los senderos que llevaban a las alturas dominantes del Valle de la Muerte. Jaumá comentaba que era poco paisajero, pero que aceptaba lo impresionante del lugar. Era la tercera vez que Carvalho llegaba a la altiplanicie de tierra roja desde la que se veían al alcance de la mano las agónicas ondulaciones blancas y malvas de un Zabriski Point atardecido. Montañas para suicidarse caminando en pos de algún lugar del que no se quiera regresar, el lugar del olvido total, la condición de única partícula viva en un mundo deshabitado, una partícula liberada del miedo a la usurpación de los territorios para el cuerpo y el alma. Regueros amarillos, negros, azules, verdes, rojos, en el lecho del valle aventado y perseguido por las primeras penumbras.

—Si no nos damos prisa no podremos tomar fotografías en Zabriski Point y llegaremos tardísimo a Las Vegas.

—Yo quiero ver el show de Ann Margret. Es su reaparición después del accidente y la operación de cirugía estética.

Dieter quería hacer fotos y Jaumá ver de cerca uno de sus mitos eróticos. Volaron hacia las colinas de bórax de Zabriski Point. La cámara de Rhomberg tuvo tiempo de fotografiar el fingimiento de Carvalho

caminando hacia el horizonte ya cárdeno por el sol poniente.

—Para usted la excursión ha terminado. Ha venido sólo para volver a ver esas montañas de polvos de talco.

—Sí.

—¿No le tienta lo de Las Vegas?

—No me mortifica. Pero el aliciente para mí era esto.

Seguía Dieter al volante negándose al relevo. Bien porque temía la confesada torpeza de Jaumá con los coches automáticos, bien porque le repugnaba la pasividad de paquete de automóvil. El desierto oscurecía pero aún eran visibles los tópicos matorrales secos y rodantes, las deslucidas y abandonadas construcciones de madera, la silueta alejada de la carretera de una reserva india que Jaumá se negó a visitar.

—Quiero ver a Ann Margret y quiero jugar. Mañana hay que visitar tiendas y ver qué se consume. Dieter y yo también hemos venido a trabajar y en Las Vegas la vida empieza cuando cae el sol. ¿Qué hará usted mañana?

—Vuelvo a San Francisco.

—Un viaje de ida y vuelta.

—Me gusta el Valle de la Muerte.

—Yo sólo lo había visto desde el avión y en la película de Disney *El desierto viviente*.

—Si se quedan varios días alquilen una avioneta y vuelen por los cañones. Por el del Colorado. Luego en un cañón marginal hay como un bosque de falos de tierra resultado de la erosión. Para usted será un espectáculo estimulante.

Prometió Jaumá hacer la excursión aunque sólo fuera para comprobar lo de los falos.

—Me arrodillaré ante ellos y les pediré que el mío sea tan grande y eterno como ellos.



De pronto apareció Las Vegas como un espejismo, iluminado en mitad del desierto. Dieter aceleró la marcha. En los ojos sefarditas de Jaumá el reflejo del aproximado lucerío se mezclaba con las luces internas de animal ávido de fiesta. Como si entraran en un sol eléctrico y policromo dedicado exclusivamente a anunciar promesas de felicidad, Las Vegas volvió a boquiabrirles a pesar de que los tres eran visitantes habituales. Calvalho porque daba cursillos de instructor en un centro de la CIA próximo a la ciudad y Dieter y Jaumá porque aquél era un fabuloso mundo de relaciones y resultados de las industrias que manipulaban. Jaumá había reservado plazas en el Sands y les destinaron sendos bungalows que limitaban con los arenales del desierto y encerraban heroicos jardines exuberantes recorridos por los mozos portadores del hotel conduciendo furgonetas portaequipajes.

—Vístase rápido, Carvalho. El espectáculo está en el Cáesar y primero quiero cenar.

Surtido de ahumados con vino del Mosela, de postre Jichis frescos recién traídos de Tailandia. Un calvados perfecto de aroma y graduación. La vista absorbida por damas vestidas de cortina y los caballeros de siempre ataviados como de costumbre con trajes a cuadros príncipe de gales color verde, zapatos amarillos, camisas rojas con colgantes de oro macizo en lugar de corbatas. Las camareras vestían el traje de Cleopatra en el momento de agonizar con la serpiente chupándole la yugular, en el supuesto caso de que Cleopatra llevara vestas tan cortas que permitieran el regalo visual de su culo a los invasores romanos.

—¿Sigue llevando la pistola bajo el sobaco?

—Es como un apéndice más.

El show de Ann Margret lo abría Sergio Mendes y su música brasileira. Una perfección profesional adaptada a la capacidad receptora de un público dividido entre ricos, aventureros y recién casados. Todo el

mundo se había disfrazado de gala y los trajes de corte londinense o los vestidos comprados en París o en sucursales de Nueva York o Los Ángeles habían sido adaptados al gusto supuestamente *décontracté* de los americanos. En general la adaptación principal era la manera de llevarlos sobre cuerpos acostumbrados a una cultura de gestos de cowboy y granjeras pioneras en la conquista del Oeste, del Este, del Norte, del Sur, del Pacífico, del Mediterráneo o del Océano Glaciar Ártico. Ann Margret apareció con su perfecto cuerpecito y su remendada cara de muñeca maliciosa. Su voz era infantil pero la manejaba bien. Bailaba de cojones, según repitió Jaumá una y otra vez. La Margret levantó a las masas cuando anunció que en una mesa de la inacabable sala decorada según el *egyptian style* estaba de chaquetilla presente el mismísimo Elvis Presley. Se levantó el ex joven rockero disfrazado de sí mismo diez o quince años antes para corresponder a los alaridos de entusiasmo de mujeres casi cuarentonas que habían descubierto el orgasmo diez o quince años antes, durante o después del rock. Todos en pie buscando con los ojos la isla donde el mito exhibía su hierática gordura encorsetada por el disfraz adolescente. Después de saludar se retiró rodeado de guardaespaldas que empujaban sin contemplaciones a las damas que afanaban un autógrafo o la posibilidad de tocar al ex rey del barrio. La salida de Presley remansó las cabezas, devolvió la penumbra, rehiló el espectáculo. Jaumá quiso acercarse al escenario para comprobar de cerca el remiendo facial de la Margret. Volvió alelado.

—¡Está perfecta! ¡Está perfecta!

Buscaron la salida antes de la desbandada general para encontrar sitio en las mesas de juego. Las máquinas tragaperras parecían robots vestido de gala electrónica. En cambio los tapetes verdes de centenares de mesas introducían la nota de vicio de otro tiempo multiplicado por el diablo de la prosperidad. Dieter se metió por los pasillos de las tragaperras. Jaumá

se apoderó de una silla junto a un tapete donde transcurría la danza del bacarrá. Carvalho inspeccionó el tinglado de un barco egipcio reconstruido sobre el que tocaba una orquesta de romanos del siglo I antes de Cristo. Pero los sólidos policías que protegían la caja delante y detrás de las rejas eran de este siglo, cubiertos con los colores inevitables de la autoridad: gris, caqui, beige, pardo. En este caso eran policías amarronados con pistolones musleros en fundas de piel blanca. Malgastó Carvalho cinco piezas de medio dólar en las tragaperras y luego se predispuso a un largo tedio a la vista de la fascinación con que Jaumá perseguía las jugadas y perdía dinero. Dieter recorría el vía crucis de todas las máquinas tragaperras, con el rigor metódico de un mecánico alemán inspector de su funcionamiento. Carvalho jugó un rato con la mirada de una pequeña judía carnosa rodeada de todo un clan de mirones irónicos de la mesa de juego. Aprovechó un momentáneo apartamiento del clan para preguntarle si no probaba suerte.

—Mi religión me prohíbe jugar.

Dijo con los labios llenos de humedad, pero a Carvalho le pareció que la voz salía de los dos compactos globos que asomaban por el escote de un traje de tul rosa. Todo el clan se hospedaba en el Holiday Inn y Carvalho le propuso acompañarla para enseñarle el Sands.

—Es el hotel de Sinatra.

La morena espío los movimientos de su clan. Un hombre con el cabello negro rizado, facciones grandes y pesadas los contemplaba desde el centro de la judiada.

—No puedo. Ya nos íbamos.

—¿Son de San Francisco?

—No, de Owosso; casi no es ti en el mapa. Hemos venido a celebrar las bodas de oro de mis suegros.

—Es una lástima que no pueda venir al Sands. Desde mi habitación se

ve el desierto del Sahara.

Volvió a su tribu con una cara llena de inmensa satisfacción y se colgó del brazo del judío duro como si volviera de la travesía del desierto del Sinaí. A Dieter le faltaban doscientas trece máquinas tragaperras. Jaumá ni advirtió las llamadas de atención de Carvalho desde el otro lado de la mesa. En un momento dado su mirada se alzó y se encontró con la de Carvalho. Tenía los ojos obnubilados del jugador en plena fiebre. Miraba a Carvalho como a un desconocido y volcó de nuevo los ojos sobre las manos del croupier. Carvalho levantó el brazo sin convicción. Aún se volvió desde la puerta para contemplar por última vez a Jaumá con la barbilla reposando sobre las manos pegadas al borde del tapete.

BISCUTER había terminado de pelar las habas y le ofreció un puñado de las más tiernas. Carvalho las masticó, se llenó la boca de sabor espeso y agradablemente amargo. Fue entonces cuando el teléfono sonó; contuvo la impaciencia de Biscuter, dejó que sonaran las llamadas y descolgó con cuidado y recelo, como si conectara o desconectara una bomba de relojería.

—¿Eres tú, Carvalho?

—¿Y tú quién eres?

—Mira, estamos con tu novia y lo pasamos muy bien. Pero queremos hablar contigo. Vente despacito, sólito y sin juguetería en los bolsillos. Te esperamos en su pisito. Si te retrasas, nos entretendremos con la chica y somos muy exigentes.

Colgaron. Metió la pistola en un cajón y se echó en el bolsillo una navaja automática.

—Llama dentro de una hora al piso de Charo y si adviertes algo raro telefonea a estos dos: Núñez y Biedma. Les cuentas lo que haya pasado, sea lo que sea.

—Yo voy con usted, jefe.

—Tú te quedas aquí y te cierras por dentro.

—¿He de llamar a la policía en algún caso?

—A ésos sólo los llamas si te roban las habas.

Llegó anhelante al pie de la escalera de Charo. Trató de calmar la respiración en el ascensor y cuando introdujo el llavín en la puerta creía que su aspecto era el de un hombre capaz de controlar cualquier situación. A un palmo de la puerta le esperaba el propietario de la voz de la llamada. Un ex boxeador, pensó, ante aquella nariz rota, más achicada por la sonrisa repartida por un rostro de oligofrénico.

—A esto yo le llamo puntualidad. Pasa con los brazos en alto.

Al fondo del pasillo le esperaba otro, bajito, con los pantalones abolsados en las rodillas y las hombreras de la chaqueta tan altas que llegaban a la altura de las orejas. Por la espalda le manosearon los sobacos y le hurgaron los bolsillos.

—¿Esta navaja para qué es? ¿Para cortarte las uñas?

El aliento del boxeador le calentaba la nuca. Empujado por el aliento pasó delante del hombrecillo y desembocó en el living. Charo tenía los senos al aire pero conservaba la falda. Dos tipos de envergadura la cogían de los brazos. En cuanto vio a Carvalho se echó a llorar. Carvalho inició el movimiento de revolverse apoyado sólo en un pie y precisamente le llegó el patadón a la pierna que le sostenía. Perdió el equilibrio y cayó de espaldas. El boxeador le pisó los cojones y el pequeñito le dio una patada en el costado. Sentado en el suelo, con las manos protegiéndose las partes, recibió patadas en los brazos, le pasaron un pañuelo por el cuello y tiraron de él para que volviera a caer de espaldas. Sobre una nalga volteó las piernas juntas para dar contra las del que estaba más próximo. El boxeador trastabilleó y se agarró a un sofá para evitar la caída. Carvalho ya estaba en pie y lanzaba un puñetazo al bajito. Retrocedió el alfeñique ante el impacto y abrió la navaja que le habían quitado a Carvalho. Charo gritó y al volverse Carvalho vio que una mano le estaba apretando un seno como si tratara de asfixiarlo. Saltó en dirección a la muchacha, pero tropezó con la mole del recuperado ex boxeador. El

primer puñetazo le dio en el hígado, el segundo en el pecho, el tercero en la sien. Aturdido, pegó en la cara del ex boxeador con las dos manos juntas y se lanzó de cabeza contra su boca. El impulso de Carvalho le hizo caer al suelo sobre el otro. Una manaza le aplastó la nariz y tiraba de su cabeza hacia arriba, como tratando de desgajarla del cuerpo, la otra le pegaba puñetazos de piedra en un costado. Metió los pulgares en los ojos del caído y a sus gritos acudieron los otros tres pateando a Carvalho entre jadeos.

—¡Vete, Charo, vete!

Pero ella estaba paralizada, llorando, con baba en los labios y los puños crispados. Carvalho pegaba a ciegas; insensibilizado ante la lluvia de golpes. Le arrastraron tirando de la chaqueta hasta el radiador. Dos se le sentaron sobre la espalda y otros dos le trabaron el brazo. El frío de una esposa se ciñó a su muñeca. Unos cuantos golpes más y se apartaron. Al intentar levantarse comprobó que la otra esposa estaba cerrada en torno al tubo del radiador. Un indomable instinto estético le hizo levantarse y se les enfrentó impotente, mirando uno a uno sus rostros de matarife y conteniendo el sollozo que le nació en el estómago cuando vio a Charo con el horror en los ojos y los senos llenos de cardenales. Tiró de la cadena de las esposas por si estaban mal cerradas. Todo y todos estaban a una distancia inalcanzable. Agachó la cabeza, descansó el cuerpo en el culo apoyado en el radiador y trató de serenarse. Le hervían dolores en distintos puntos del cuerpo, con la lengua balsamizó el labio superior y al devolverla a la boca estaba empapada de sangre. Los otros se repasaban las magulladuras. Al ex boxeador le escocían los ojos lagrimeantes.

—Me has arañado como un mariquita. Ahora te vamos a dar un espectáculo.

Se volvió el ex boxeador hacia Charo y le pegó dos bofetadas que la

tiraron al suelo. La izó tirando de sus cortos cabellos y le maltrató los senos con una mano, mientras con la otra contenía sus gritos.

—Si gritas, capo al maricón de tu chulo. ¡Tú, cápale!

El pequeñito se acercó a Carvalho con la navaja abierta. Charo dejó de gritar para sólo llorar.

—Míratela bien, mariquita, chulo. No nos la tiramos todos porque preferimos los virgos y ésta es más puta que las gallinas. Pero le podemos quemar las tetas con cigarrillos. Todos somos fumadores. O le dejamos la carita podrida arañándola con terrones de azúcar.

Había sacado un terrón del bolsillo y le quitaba el papel con una morosidad no exenta de nerviosismo. Cuando tuvo el terrón pelado lo acercó bruscamente a la cara de Charo. La muchacha dio un salto hacia atrás con el pánico de un animalito condenado a muerte y sin escape. Carvalho estaba llorando en silencio con los dientes apretados.

—No te marcaré. Hoy no te marcaré. De ti depende, mariquita, que volvamos otro día y la dejemos para vender iguales. Una puta con el cuerpo lleno de llagas no se come un roscó. Y luego tenemos el tratamiento del sulfumán. Pero eso ya sólo lo hacemos en casos desesperados, y tú pareces listo, mariconazo, chuleta. Tú entrarás en razón. Vámonos.

Empezaron a desfilar los otros tres hacia la puerta. Desde allí se volvieron para contemplar el final del espectáculo. El ex boxeador se situó abierto de piernas ante Carvalho.

—Mira qué ojos me has dejado, maricón. ¿Por qué no vuelves a hacerlo?

Uno, dos, tres, los puñetazos hicieron caer al detective de rodillas y con el brazo libre evitó que el rodillazo arruinara su dentadura.

Pareció saciado el otro. Enseñó un sobre a Carvalho y luego lo tiró sobre el sofá.



—Léelo con atención y procura seguir las instrucciones. Si no, volveremos y lo de hoy os parecerá un aperitivo.

Abrió las esposas de Carvalho y se retiró de espaldas hasta encontrar a sus acompañantes. Los pasos se alejaron por el pasillo. Se abrió y cerró la puerta. La leve llorona de Charo era el único ruido que se oía. Evitaban mirarse. Carvalho de rodillas. Charo sentada en un sillón con las manos en el regazo, las mejillas rojas y húmedas, los senos morados, el cuerpo como achicado bajo el peso de un invisible desprecio.

CON LA MORAL de un superviviente del fin del mundo, Carvalho llamó a Biscuter y le pidió que viniera cuanto antes con un frasco grande de linimento. Aún no había hablado con Charo. La muchacha seguía llorando absorta. Cuando Carvalho le puso la mano en la cabeza su lloro se hizo estridente y vació lo último que le quedaba dentro, como si hubiera abierto las compuertas definitivas. Carvalho le acarició las mejillas enrojecidas y observó con aprensión los hematomas de los pechos. Fue al cuarto de baño, metió la cabeza bajo el grifo conteniendo los gritos espontáneos que parecían salirle de todos los puntos de dolor. Empapó una toalla y volvió al living. Rodeó la cabeza de Charo con la toalla húmeda y le abrazó la cabeza cubierta, sintiendo su calor vivo más allá de la humedad del tejido. Cuando retiró la toalla el rostro se había descongestionado y las huellas de los golpes quedaban delimitadas. Aplicó la toalla suavemente sobre los senos y cruzó los brazos de la muchacha sobre el apósito para mantener el frío balsamizador sobre el pecho maltratado. Movié los brazos enérgicamente y se apretó las costillas con las manos. Flexionó las piernas a pesar de los alfilerazos que le traspasaban los músculos. No tenía nada roto y se alegró lo suficiente como para sorprenderse de conservar capacidad de alegría. Charo se había puesto la toalla como un chal y se arreglaba el pelo con las manos. Le dolía alguna zona del cuero cabelludo porque se palpaba la

cabeza con cuidado y retenía la exclamación de dolor compensándola con muecas. Carvalho sacó de la nevera una jarra de agua y la medió de un solo trago. Llenó un vaso de agua helada, buscó aspirinas en el pequeño botiquín, volvió junto a Charo y la obligó a tomar dos pastillas.

—¿Sólo te han hecho eso?

Le señaló la cara y los pechos. Asintió la chica. Con los ojos recorrió los golpes visibles en Carvalho y cerró los ojos. Se dio cuenta Carvalho que no había repasado su aspecto externo en el espejo y volvió al lavabo. Su otro yo daba miedo. El labio superior parecía una masa dé carne partida y tumefacta. Tenía dos cortes en la mejilla derecha, hematomas en los dos pómulos, un laguito de sangre y humores en el centro de la frente despellejada, de algún punto oculto en la selva del cabello brotaba un manantial de sangre semicoagulada en una sien. Se levantó la camisa y una morada oscuridad le había crecido sobre los dos costados. Se bajó los pantalones. Sus testículos se habían hinchado como si fueran pelotas de tenis negras. Acabó de quitarse los pantalones, llenó el bidet de agua fría y sumergió sus partes. Llamaron a la puerta. Gritó a Charo que no abriera. Dispuso una pequeña toalla como un apósito empapado entre sus piernas, se subió los pantalones, fue a la cocina a coger unas gruesas tijeras y avanzó hacia la puerta. El chivato le devolvió el rostro de Biscuter convertido en un monstruoso huevo amarillo.

—¡Hosti, jefe! ¡Hosti, jefe!

Daba saltitos nerviosos Biscuter alrededor de Carvalho comprobando sus deterioros. Le cogió el detective el frasco de linimento. Llegaron al living. Carvalho retiró la toalla de sobre los hombros de Charo. Biscuter apartó los ojos ruborizándose. Carvalho se llenó las manos de líquido y frotó con delicadeza los senos de la muchacha. Le sustituyó la toalla húmeda por otra seca y volvió al lavabo para empaparse él mismo todo el cuerpo con linimento. Se sentía mejor cuando se dejó caer en el otro

sillón. Charo se había puesto una bata de seda y se sentaba relajada. Biscuter los miraba con ganas de decir algo, pero sin saber qué.

—Pon el cartel de cerrado por vacaciones y vente conmigo a Vallvidrera. Tú también, Biscuter.

—Si me necesita, bien, jefe. Pero si no, yo sigo al pie del cañón y a ver si se atreven a poner los pies en el despacho.

—Muy bien, Moscardó, pero quiero que te vengas a Vallvidrera. Vete a buscar mi coche en el parking y apárcalo abajo, justo en la puerta. No quiero dar el espectáculo con esta cara.

—Tengo las habas en el fuego. ¿Qué hago?

—Coge la olla y tráetelas. Las acabaremos de guisar en Vallvidrera.

—A la orden, jefe.

Salió Biscuter con el brummm brummm brummm en los labios y a Charo se le escapó una carcajada rotunda. Carvalho recogió el sobre cerrado y se lo metió en el bolsillo del pantalón. Tenía tantas ganas de abrirlo como de no abrirlo. Charo siguió el recorrido del sobre. De nuevo el miedo estaba en sus ojos. Se miraron. Con ganas de preguntar, sin ganas de responder. Subió Carvalho al terrado donde Charo bronceaba su carne mercenaria, en el punto más alto de un edificio moderno construido en una mella del barrio viejo y podrido. Acodado en la baranda espió la llegada de Biscuter. Charo estaba metiendo sus cosas en una bolsa de mano. En el recibidor desconectó la luz. Cuando volvió el rostro después de cerrar la puerta llevaba unas gafas de sol sobre los ojos. Biscuter les abrió las puertas como un chófer de película. Había que ir a buscar las Ramblas, descenderlas, llegar al Paralelo, luego la calle Urgel y empezar la ascensión de la ciudad alta en busca de las rampas del Tibidabo. La lucha había empezado en las Ramblas. Los policías acristalados forzaban a los manifestantes a buscar la huida por los callejones adyacentes. Perseguían con más saña a unos o a otros, según una lógica a veces sólo

obediente a la antipatía de las espaldas huyentes. Un fugitivo tropezó con el morro del coche de Carvalho atascado y a la velocidad de la luz una porra negra y larga le sacudió las espaldas con golpes silbantes como si el aire se quejara previamente al ser cortado por la furia del caucho. Tras el plástico protector que acristalaba su cara, el policía tenía los ojos cerrados y los dientes apretados. Los bocinazos enfurecieron al policía. Se revolvió y empezó a aporrear los coches próximos, metiendo la porra por las ventanillas insuficientemente cerradas. Dos o tres compañeros le secundaron en el ciego aporreo de los vehículos y cuando empezó a deshacerse el atasco y los coches iniciaron la huida los porrazos caían sobre los maleteros como si fueran culos de bestias fugitivas. Biscuter conducía con la cabeza agachadita, la punta de la nariz casi metida entre los radios del volante. La violencia exterior cerraba intermitentemente los ojos de Charo abrazada a Carvalho.

—¡Vámonos de este país de mierda, Pepiño! ¡Vámonos, por favor!

Lloró casi todo el viaje. Carvalho la mantuvo abrazada mientras subían la escalera de la torre. Biscuter los seguía con la bolsa de Charo en una mano y una olla de porcelana materialmente rebozada de cordel en la otra. Ya dentro, Charo se abandonó a una butaca. Carvalho inició el ritual del fuego utilizando en esta ocasión la *Anatomía del realismo* de Alfonso Sastre como principio de la fogata. Biscuter destejó la malla de cuerdas y metió materialmente la nariz en la liberada olla para comprobar el estado de las habas estofadas.

—Les he puesto menta, jefe. He comprado una bolsita en la farmacia. Aunque sea seca, da buen gusto.

Silbó en la cocina.

—Esto sí que es guisar en condiciones. ¡Si yo tuviera estas herramientas en el despacho!

El olor del guiso relajó los rostros. Hasta Charo olisqueó y aunque a

continuación aseguró que no tenía hambre, que Biscuter y Pepe eran dos salvajes que sólo pensaban en comer, que las habas engordaban y que ella no quería ponerse como una ballena, minutos después levantaba la tapa de la olla, olía con admiración y dejaba a Biscuter al borde del desmayo cuando le dijo:

—Ya guisas tan bien como Pepiño.

Carvalho se sacó el sobre del bolsillo. Primero lo puso sobre la repisa de la chimenea. Luego temió que su simple visión devolviera a Charo congoja y zozobra. Lo metió en un cajón del bufet y empezó a poner la mesa.

LA HABITACIÓN apestaba al alcanfor del linimento. El resto de la casa olía a habas estofadas. Sobre el pecho desnudo de Charo los hematomas formaban caprichosas flores del mal. Carvalho no la despertó. Apartó los platos sucios, se sentó en la esquina de sofá que dejaba libre el dormido Biscuter y escribió sobre un papel eligiendo cuidadosamente las palabras. El sobre que le habían entregado los matones sirvió para albergar la carta de Carvalho. Se puso la chaqueta, metió su carta en un bolsillo y en el otro la nota que le había entregado el matón. Con la mano sobre el hombro de Biscuter le removi6 hasta despertarle.

—Estaré fuera todo el día. No dejes que Charo salga.

—Ahora me levanto, jefe, que esta casa necesita un *dissabte*<sup>[10]</sup>.

—Esta casa está bien como está. Ten los ojos abiertos y no dejes a Charo.

El fetillo soñoliento tenía los ojos enrojecidos. Carvalho se palpó la pistola en el fondo del bolsillo. Biscuter le siguió el gesto y pareció despertarse del todo.

—Esta vez no le dejo ir solo.

—Esta vez llevo salvoconducto.

El sol apenas había salido. El relente arrancaba olores de amanecida a todas las cosas: a la tierra, a los pinos del bosque, a la gravilla que crujía bajo los pasos de Carvalho. Bajó a la ciudad por una carretera solitaria y

solitarios estaban los desfiladeros urbanos. Los comanches dormían en sus madrigueras o empezaban a hacer gárgaras en sus lavabos. Mansamente los semáforos se ponían de acuerdo con su prisa. Llegó ante la casa de Núñez cuando el portero la estaba abriendo. Metió el sobre en el buzón y volvió a salir sin dar tiempo a que el hombre hiciera preguntas. Se aseguró de que en el otro bolsillo iba la nota del matón y la abrió sobre el asiento de al lado para tener a la vista el itinerario que le marcaba.

«Tengo mucho gusto en invitarle a mi finca de Palausator (Gerona) para intercambiar impresiones. Le espero el sábado al mediodía y me complacería mucho que aceptara acompañarme durante el almuerzo. Puede preguntar por mi casa tanto en La Bisbal como en País, pero le adjunto un plano para que llegue con toda facilidad».

Firmaba Argemí.

La autopista parecía construida sólo para él. Devoró los kilómetros impulsado por la soledad y el fresco blando de la mañana. Al cruzar sobre el Tordera dedicó un instante de recuerdo para Dieter Rhomberg, muerto a mayor honra y gloria del equilibrio universal. Salió por el peaje de Gerona Norte y cogió la carretera hacia Palamós. La vida empezaba a bostezar. Los tractores faenaban en los campos. Una furgoneta recogía su cotidiana cosecha de perros reventados por los coches. Grupos de niños en fila india recorrían los kilómetros que separaban sus masías del colegio rural.

—La furgoneta recoge su cotidiana cosecha de niños despedazados por los coches y los perros avanzan a fila india para ir al colegio.

Dijo Carvalho en voz alta y a continuación empezó a cantar a voz en grito la romanza del barítono de *La del soto del parral*:



*Tú eres la mujer que yo más quiero  
a quien sólo di mi corazón.*

Luego acometió «Fiel espada triunfadora» de El huésped del sevillano y se le estranguló la voz cuando se atrevió con la jota del Trust de los tenorios:

*Te quiero  
como se quiere a una madre,  
como se quiere a una novia,  
como se quiere el dineeerooooo.  
Te quieroóó.*

En La Bisbal le dijeron que a aquellas horas sólo podría desayunar algo sólido en La Marqueta. Un pequeño restaurante con pocas mesas forradas de hule, la mujer en la cocina, un gigante cilíndrico ofreciéndole lo que podían calentarle a aquellas horas: pollo con cigalas, centollo con caracoles, pies de cerdo, cabrito asado, calamares rellenos, caracoles asados con aderezo de vinagreta o allioli, pavo con setas, ternera guisada, frijoles con butifarra de perol, surtido de embutidos de cosecha propia, butifarras, lomo de cerdo, chuletas de cerdo, bistecs, *suquet* de rascasa. El hombre recitaba seguro del efecto abrumador de su lista. Carvalho pidió el centollo con caracoles.

—Hay más caracoles que centollo. El centollo es para dar gusto.

—Me lo imagino. Después quiero los frijoles con butifarra de perol y tráigame un platito con allioli.

Rodajas de pan con olor a trival. Un vino espeso y negro de los que en invierno ponen rojas las orejas.

—¿Dónde consigue este vino?

—Lo hacemos en casa. Tengo un *celler* al otro lado del río.

—¿Podría comprarle unas botellas?

—No sé cuándo podría preparárselas. Tengo mucho trabajo ahora.

—Llame a can Argemí, en Palausator, pregunta por mí, Pepe Carvalho, y me dice si de bajada puedo pasar a recoger treinta o cuarenta botellas.

Le ofreció el fondista un pastel de hojaldre y piñones al que llamaba *rus* y puso a su alcance un botellón de garnacha del que Carvalho se sirvió tres veces. Salió de La Marqueta creyendo que el mundo estaba bien hecho tras encarecer a su anfitrión que la mejor hora para llamar a can Argemí era entre las doce y media y la una. Anduvo por La Bisbal fisgoneando por los comercios de cerámica y encargó un mural con azulejos que reproducía la rosa de los vientos locales: Gargal, Tramontana, Garbí... Volvió a pedir que telefonaran sin falta a can Argemí entre doce treinta y una de la mañana porque entonces sabría si en lugar de un mural necesitaba dos. Se metió en la tienda de un anticuario y encargó un arca de madera de roble.

—Es un regalo. No recuerdo exactamente la dirección a donde debe enviarlo. Por favor, llámeme a can Argemí, en Palausator...

—Sé dónde está. La masía del señor Argemí está llena de muebles comprados en esta casa.

—Llame alrededor de la una. Mejor un poco antes y pregunte por mí. Pepe Carvalho. Entonces sabré la dirección exacta.

—Descuide.

En una pescatería recomendada por el dueño de La Marqueta encargó una rascasa de unos dos quilos, un quilo de sepias pequeñas y otro quilo de pescado de roca para hacer sopa. Pidió por favor que se lo guardaran en el frigorífico y que le telefonaran a can Argemí media hora antes de

cerrar, preguntando por él para recordarle que debía pasar a recoger el pescado.

—Soy tan despistado que sería muy capaz de irme a Barcelona sin pasar a recogerlo.

—No faltaba más.

---

COMO GARBANCITO, dejaba migas de pan para recordar el camino que llevaba a la casa del ogro. Cogió el coche y marchó hacia Palausator parándose en Peratallada para preguntar detalles sobre la finca de Argemí. Dijo varias veces su nombre a distintas personas e indagó sobre el crédito personal de Argemí en la zona y las características físicas de la finca. Podía ir directamente desde la carretera que desembocaba en los arrozales de País o podía bordearla desde Sant Julia de Boada. Carvalho probó los dos recorridos. Se subió al último piso de una rectoría abandonada para tener una impresión global de la finca presidida por una sólida masía sobre un cerro verde de suaves descensos. Una motocicleta practicaba el trial por los caminos que llevaban al bosque particular de Argemí. Trajín de personas en torno a la casa y la humareda que salía de un asador exterior vaticinaban los preparativos de un almuerzo al aire libre. Carvalho decidió que había llegado el momento.

Un guardabosques le salió al paso junto a la verja. Era viejo y andaluz. Consultó por el teléfono interior oculto en las tripas de una de las columnas cúbicas sostenidas del portón de hierro. Cuando se abrió, ante Carvalho apareció un prado ilimitado que subía mansamente hacia la masía. Un prado de lujo que en pocos años habría crecido lo que un prado normal tarda en crecer treinta. Como si su entrada hubiera sido una señal, mil chorrillos de agua salieron brincando de sus madrigueras y tejieron

una malla de brillos y frescuras, empapando de polvo de agua el horizonte. La instalación remojaba más de media hectárea de prado en un alarde hidráulico que alcanzaba plenitudes estéticas. Un criado disfrazado de criado caro tiraba de dos perros afganos empeñados en ladrar al miserable coche del detective. El sendero dejaba el prado para entrar en una explanada de gravilla salpicada de magnolios, acacias, setos de laureles y adelfos. Los muros de la masía estaban estratégicamente recubiertos por los glicinios trepadores, alternados de buganvillas y viña borde. La malla vegetal respetaba escrupulosamente las ventanas rigurosamente románicas, hurtadas por los anticuarios a viejas iglesias pirenaicas abandonadas por los curas a los murciélagos y los anticuarios. Un claustro románico sin techumbre cercaba un asador de hierro forjado y gruesas piedras nobles. En torno a él se afanaban dos mujeres y un hombre preparando las ascuas suficientes para un asado sin duda perfecto y multitudinario. Bajo el arco de piedra recientemente picada le esperaba Argemí con un batín corto de seda y un largo habano entre los dedos. Se había situado en la perpendicular central de la puerta, de manera que la piedra cenital donde constaba el año de construcción servía de palio a su bien cortado cabello gris.

—Carvalho, no sabe la alegría que me da.

—¡Eho! ¡Papi!

El grito salió de la amazona de la motocicleta de trial al pasar como una exhalación ante la puerta de la casa. Carvalho tuvo tiempo de ver un cuerpo largo y rubio forrado de cuero y una sonrisa de dentífrico.

—Es mi hija. En casa la llamamos Solitud en honor de la gran novelista Víctor Cátala.

—¿Es hija de padre y madre?

—Eso creo.

—¿No la tuvo usted con algún publicitario? Me recuerda un anuncio

que estaba de moda en San Francisco cuando conocí a Jaumá. Una muchacha rubia, con sabor inequívocamente americano, se enfrenta al transeúnte desde un publivia y le dice: *Everybody need milk*. Es decir: Todo el mundo necesita leche.

Rio Argemí mientras arqueaba su corta y rica estatura para invitar a Carvalho a que pasase. El zaguán medía medio quilómetro cuadrado y era en sí mismo un resumen de lo mejor de las mejores tiendas de anticuario del Mercado Común. De allí pasaron a un living abierto bajo un juego de bóvedas catalanas que también parecían el resultado de un concurso entre las mayores y mejor conservadas. Tres zonas de estar delimitadas por alfombras orientales. Una para ver la televisión. Otra para leer. La tercera para charlar, a donde le llevó Argemí y donde se hundieron en sofás carnívoros que les engulleron con ruido y suavidad de arenas movedizas.

—El alma de las casas, Carvalho. ¡Si esta casa pudiera hablar! Era la masía de los propietarios más ricos del lugar. Se arruinaron durante la primera guerra carlista y el hijo mayor marchó a Cuba, donde se enriqueció. Volvió. Compró la casa y le dio el primer impulso habitable. La familia volvió a hundirse económicamente después de la guerra civil. La compró entonces mi suegro e inició los trabajos que han llevado a esta maravilla. Yo he hecho el resto. Hay aquí diez años de trabajo y toda la imaginación de mi vida aplicada a soñar una casa hecha a la medida de mi cultura y mis ganas de vivir bien. Luego le enseñaré la bodega. La piscina cubierta. El pequeño minigolf que tengo en la ladera este. Un espléndido bosque cercado lleno de alcornos en el que he soltado ciervos y ardillas, mis animales preferidos. ¿Sabe lo que más me ilusiona del bosque? Las setas que brotan a fines de agosto. Aquí les llaman *flotes de suro*. En castellano no sé su nombre. Probablemente no tiene. Los castellanos no tienen cultura *boletaire*, es decir, no saben casi nada de setas. Por cierto, ¿cuento con usted para el almuerzo?

—Depende de lo que comamos.

—Carne a la brasa. Carne del país. Tiene fama la ternera de Gerona, pero le aseguro que lo bueno de Gerona es el cordero, las butifarras, el tocino fresco, los conejos que hago criar con lo mismo que comen los conejos de bosque.

—Usted come toda clase de animales, señor Argemí. Terneras, conejos, cerdos, corderos, alemanes y hasta se come a sus amigos.

—Veo que quiere entrar en materia. Aún le duelen los golpes. Créame que estaba preocupado pensando en que mis enviados se hubieran excedido. Tiene usted la cara muy presentable.

Entró el criado caro preguntando por Carvalho.

—Pregunta por usted el señor Savalls, de La Bisbal.

Carvalho recibió un condescendiente permiso de Argemí, cogió el teléfono y recalcó al dueño de La Marqueta la hora que era, el lugar donde estaba y que sobre las cuatro de la tarde le recogería las botellas.

—Asunto acuciante ése de las botellas, por lo que veo.

Comentó Argemí con los ojos fruncidos y la sonrisa amontonando su cara musculada.

—En fin. Lo de ayer fue una advertencia. Usted se había pasado. Comprendí que su amenaza a Concha era una bravata, pero por si acaso decidí cortar por lo sano.

—Cuando amenacé a Concha aún dudaba entre usted y Fontanillas.

—Es una duda absurda, que no hace honor a su profesionalidad, Carvalho. Fontanillas es un futuro diputado gubernamental sin grandes aspiraciones ni cualidades. Usted tenía, que haber sospechado de mí inmediatamente. Cuando salga de esta casa lo hará amenazado de muerte.

Otra vez el criado.

—Ahora le llaman de Terra i Foc, también de La Bisbal.

Carvalho repitió casi exactamente la fórmula anterior. Argemí se

había dejado tragar aún más por el sofá. Le chispeaban los ojos.

—Este seguro de vida que se ha buscado le ha salido carísimo.

—Aún no lo ha visto todo.

—Oh, me divierte mucho. Sigamos. Usted sabe que todo casa oficialmente. Jaumá ya encontró a su asesino. Rhomberg desapareció tragado por su propia crisis. Las autoridades creen que usted es un aprovechado. No tiene nada que hacer. Sospecho que usted no es un moralista. ¿A que no? No. Usted no es un moralista. Por lo tanto voy a darle lo único que usted quiere: comprobar que no se ha equivocado y saber lo poco que aún no sabe. Para empezar yo no maté a Jaumá con estas manos tan peludas que Dios me ha dado. No hubiera sido capaz, se lo juro. Yo le tenía y aún le tengo afecto. Por ejemplo, me preocupo en serio por el porvenir de su familia y acabo de conseguir un comprador para su yate. Vender un yate es difícil, y más ahora que todo el mundo teme la democrática reforma fiscal que gravará sobre todo los lujos superfluos. Y me parece justo, si le he de ser sincero. La piedra angular de un sistema democrático integrador es una reforma fiscal seria. Le decía que yo no maté personalmente a Jaumá, pero sí di la orden de que le mataran. Jaumá era un excelente manager, pero no tenía una visión universal del papel de la Petnay. Yo era el hombre de confianza política de la multinacional y algunas decisiones y gestiones pasaban por mis manos. Hay una tapadera real, mi vinculación industrial. Pero mis funciones son mucho más complejas. Por ejemplo, la Petnay está muy preocupada por el futuro político de España. Y no lo está por lo que pueda perder ella, sino por lo que puede significar un caos español en el contexto de la política y la economía mundial. Lógicamente la Petnay trata de influir sobre la política española y contribuirá a cualquier solución conservadora progresiva. Pero los caminos del Señor son insondables. La Petnay considera que sólo la necesidad de una derecha



democrática fuerte evitará la tentación de un desmadre revolucionario. Para ello es preciso que exista una amenaza constante de desestabilización. Usted me comprende perfectamente. La Petnay apuesta por una solución democrática pero financia la violencia ultra para que el miedo guarde la viña. Seamos sinceros, Carvalho. Franco nos enseñó una profunda lección. A base de hostia limpia un país produce. La democracia no puede prosperar a base de hostia limpia, pero necesita un cierto terror paralelo, sucio, que arroje a la gente en brazos de las fuerzas equilibradoras limpias. Tímidamente la Petnay empezó a movilizar dinero con este fin. Cuando Franco murió, la timidez desapareció y Jaumá y su pintoresco contable descubrieron que doscientos millones de pesetas se habían esfumado. La Petnay dio tantas explicaciones que Jaumá desconfió aún más. Siguió investigando y descubrió que mi empresa había servido de tapadera para que el dinero saliera de la Petnay con destino para él desconocido. Me abordó. Me acusó de estafador, suponiendo que yo estaba de acuerdo con algún alto ejecutivo de la central para que cubriera mis estafas. Le expliqué el asunto con pelos y señales. Entonces se produjo algo que yo no esperaba. Jaumá sintió la llamada de sus orígenes políticos. Todo se agravó después de los atentados ultras de comienzos de año: los jóvenes muertos en la calle, los laboristas. Jaumá se iba pudriendo y yo me daba cuenta. Por fin me citó y me dio un ultimátum: había que hacer una declaración pública de los manejos de la Petnay. Yo le pinté el cuadro patético de lo que le esperaba. Su hundimiento económico y social y un trastorno político general que a nadie convenía. A los centristas la violencia ultra les va muy bien porque les hace aparecer como el mal menor, incluso para amplios sectores izquierdistas. A la izquierda los ultras les sirven de coartada: no pueden derribar a los centristas porque el vacío de poder sería ocupado por los salvajes fascistas. A la ultraderecha esta situación

le va de puta madre. Matando a alguien de vez en cuando, pegando unas cuantas palizas, mantienen a la izquierda en sus posiciones de partida y le hacen un favor inestimable al gobierno reformista. No es que yo me prestara a estas funciones sin serias cavilaciones, dudas, contradicciones personales. Pero incluso desde un punto de vista progresivo mi actuación era justificable. Jaumá no quiso entenderlo. Consulté con la Petnay y no quedó otro remedio que matarle. Usted lio la cosa. Bueno, usted, Concha y su puritanismo imbécil, Núñez y su no tener nunca nada que hacer. Por culpa de ustedes hubo que matar a Rhomberg y luego gastar mucho dinero. No se puede ni imaginar lo que cuesta comprar un asesino dispuesto a pasar por un proceso, tres o cuatro años de cárcel y todas sus consecuencias. Cuesta mucho dinero. En cambio los papeles de Alemany salieron baratos. Y más barato me va a salir usted, Carvalho. Casi gratis.

Ahora llegaba la llamada de la pescadera. Carvalho convino en que Argemí tenía razón para reírse.

—¿Qué otros avales se ha buscado?

—Una explicación total de lo ocurrido depositada en manos de un hombre de confianza.

—Muy literario. Podría hacerme cosquillas. Decía que usted me iba a salir casi gratis. Falta el casi del almuerzo al que le invito, con mucho gusto. Quisiera además invitarle a algo realmente privilegiado.

Reclamó a su excesivo criado mediante una campanilla de oro.

—La compré en Viena. Es la campanilla que utilizaba Francisco José cuando quería tirarse a Sisí. Clin clin y ella acudía como una perrita. Por favor, tráigame la botella de que le he hablado.

—¿Y Rhomberg? ¿Cómo murió?

Argemí esperó a que el criado se retirara.

—Es inútil que hable usted delante de mis criados. Les pago tan bien que asesinarían si yo se lo ordenara. ¿Rhomberg? Ha muerto, claro. Es

inútil que le busquen. Aprendimos en el caso Jaumá y hemos decidido no dejar ningún rastro. No sé los detalles de su muerte, pero me consta que las personas dedicadas a servicios especiales son muy salvajes. No se andan con miramientos. Yo no los conozco. Dispongo de una red de intermediarios. Por ejemplo, ese Raspall. Inútil que usted lo busque. Es el que ha comprado el bar de la suegra de *el Cuatrero* para montar una discoteca y conserva todos los papeles de Alemany para regalárselos a la biblioteca de ESADE<sup>[11]</sup>. Claro que ya no existen los que me comprometían. Pero todo lo demás cuadra.

El criado llevaba la bandeja de plata como si fuera una parte más de su brazo en perfecto ángulo recto. Sobre la bandeja una empolvada botella de vino y dos copas de cristal de boca ancha.

—Fíjese. Es un Nuit de Saint Georges del sesenta y seis. Traje diez cajas de Francia hace hoy un año justo y el cosechero me dijo: sobre todo déjele reposar un año antes de probar una botella. Usted y yo nos merecemos beber la primera.

La abrió el criado. Argemí cogió inmediatamente el tapón y lo olió profundamente con los ojos cerrados. Luego se lo tiró a Carvalho que lo cogió al vuelo.

—Huela. Huela. Es un vino insuperable.

Carvalho se arrepintió de olerlo cuando ya había entrado en el juego.

—Dígame algo: excelente, ¿no?

El vino ocupó el vientre transparente de las copas y en su remanso adquirió coloraciones de rojo esencial, como si fuera el rojo fundamental del mundo. El criado entregó una copa a Argemí y otra a Carvalho. Saludó con la cabeza y se fue por donde había venido.

—Beba, Carvalho. Es una auténtica primicia.

Una mirada sostenía a la otra. Sólo flotaba la sonrisa sardónica de

Argemí, que se fue diluyendo a medida que Carvalho vertía su copa de vino sobre la alfombra. Luego el detective se levantó, no ocultó el dolor que aún acumulaban sus músculos. Dio la espalda a Argemí. Avanzó hacia la puerta. No se volvió cuando Argemí dijo con voz serena:

—Jaumá no se merecía el sacrificio que acaba de hacer. Mil novecientos sesenta y seis fue un gran año para el vino de Borgoña.

Carvalho subió al coche. Esperó a que pasara la motocicleta para ver una vez más aquel cuerpo rubio, joven, largo, que necesitaba leche, como todo el mundo. Arrancó, rebasó la verja abierta solícitamente por el guarda, condujo maquinalmente por el camino que desembocaba en la carretera. Tenía toda la geografía de su cerebro ocupada por la expresión *la soledad del manager*, y minutos después conducía de regreso a casa mientras canturreaba esas cuatro palabras con el soporte de una música que nunca había oído antes, que nunca nadie oirá jamás.



## Biografía

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN. Barcelona, 1939 - Bangkok, 2003. Escritor y periodista español. Considerado uno de los más importantes testimonios del final del franquismo y de la transición española, así como una de las voces críticas más respetadas del país, es autor de una vasta obra que incluye los géneros de la crónica periodística, la poesía, el ensayo y la novela.

Todos cuantos reconocen el papel de Vázquez Montalbán dentro de la cultura española coincidieron en que hasta el fin de su vida se obstinó en ser fiel a su Barcelona natal, a la que regaló uno de sus paisajes literarios más densos y reconocibles, con rincones y personajes que hablan el «catalán bastardo» o el castellano mezclado con catalanismos de los barrios bajos; en esto, como en muchas otras cosas, se mantuvo fiel a su origen, porque era hijo ilegítimo de un gallego y exiliado republicano,

Evaristo Vázquez, y de Rosa Montalbán, y había nacido el 14 de junio de 1939, poco después del final de la Guerra Civil.

## Entre la labor periodística y literaria

A mediados de la década de los ochenta entró en el diario *El País* como columnista. Allí, este trabajador rapidísimo e incansable, de curiosidad desbordante, mostró sus dotes de maestro en todos los géneros del periodismo, que había practicado desde los dieciocho años. Sólo que ahora viajaba con soltura y conocía a los intelectuales, escritores y políticos más influyentes. Además, agregó a las formas tradicionales, que practicaba como nadie —viñeta, sátira, retrato o parodia—, grandes cuadernos de viaje que algunas veces utilizó como material para su obra narrativa (tal es el caso del Quinteto de Buenos Aires), mientras que en otras ocasiones mantuvo la estructura y el tono del reportaje clásico, como el del subcomandante Marcos de la guerrilla zapatista que realizó en Chiapas.

A partir de 1979, tras la obtención del Premio Planeta por *Los mares del Sur*, pudo «comprar tiempo para la literatura». Las dos últimas décadas de su vida estuvieron marcadas por una voluntaria y ambiciosa transformación de su carrera literaria. Ya no le bastaban la crónica o la novela negra. Ni tampoco la columna periodística. Sus nuevas novelas fueron más arriesgadas, más ambiciosas y más libres. Esta peculiar vertiente fue inaugurada en 1985 con *El pianista*, una obra en la que puso todo su talento y en la que se pueden leer algunos de los pasajes más conmovedores y verdaderos de la peripecia de la Barcelona de los vencidos.

Y la continuó con *Galíndez* (1991) o la monumental Autobiografía del general Franco (1992), donde un viejo escritor recibe el encargo de

escribir una seudoautobiografía del dictador que aprovecha para ofrecer su voz y su versión de la historia del tirano como contrapunto. Poco tiempo más tarde emprendió otra pesquisa de similar alcance en *El Quinteto de Buenos Aires*, obra en la que se preguntó por los resortes secretos del régimen argentino responsable de los desaparecidos entre 1976 y 1983.

Éstos fueron unos años de producción febril. Por ejemplo, en 1994 publicó *Roldán, ni vivo ni muerto; El estrangulador; Panfleto desde el planeta de los simios, y Pasionaria y los siete enanitos*, además de anunciar una nueva novela de la serie policíaca protagonizada por Pepe Carvalho, *El premio*, que aparecería en 1995.

Todo hacía suponer que mantendría los cauces conocidos de sus distintas líneas literarias. Pero en 2002, la novela *Erec y Enide* marcó un cambio radical en su concepción del género. Por primera vez, la fórmula más conocida de sus relatos, que incluía el devenir individual de personajes imaginarios y reales en un cuidadoso cañamazo histórico y social, fue sustituida por un relato de honda belleza nostálgica, en el que utilizó un motivo perteneciente al ciclo artúrico para componer un mosaico de voces actuales que reflexionan sobre los vínculos amorosos: en *Erec y Enide* se enlazan los temas de la decadencia de la edad, el amor y la responsabilidad de manera mucho más intimista y lírica que la habitual en Vázquez Montalbán.

## **Proyección internacional**

Tras obtener el Premio Planeta, en 1979, recibió numerosos galardones en Cataluña, en España y en el extranjero (entre ellos, el Premio Nacional de Narrativa, el Premio Nacional de las Letras, el Premio de la Crítica de la antigua República Federal de Alemania, el Premio Recalmare de

Italia), y se convirtió en un autor de culto para los lectores de novela negra de Francia e Italia, sobre todo. Era habitual ver sus novelas de Pepe Carvalho en las grandes librerías europeas.

Pero Vázquez Montalbán desconocía el reposo. Entre los años 1989 y 2000 fue sometido a varias operaciones del corazón (se le habían implantado cuatro *bypass*), lo que no le impedía seguir dietas severísimas, adelgazar veinte quilos y volver a engordar con inusitada celeridad, algo que llevaba haciendo desde mucho tiempo atrás.

Mientras se consolidaba su fama en el ámbito europeo, siguió participando en numerosas antologías de recetas, canciones, fotografías, la memoria viva de la España franquista y posfranquista, etc. Asimismo, puede decirse que buena parte de los relatos sobre la transición española fueron obra suya. Vázquez Montalbán retrató a todos los actores de ese período, mientras los hechos tuvieron lugar, y volvió a hacerlo en la celebración de los distintos aniversarios: la muerte del general Franco, la Constitución, la Generalitat catalana, el «tejerazo».

Tenía una habilidad única para volver sobre los personajes y descubrir en ellos alguna nota desconocida. Y los pintó a todos, desde el rey Juan Carlos hasta Jordi Pujol, pasando por Josep Tarradellas, Adolfo Suárez o Felipe González. Pero también retrató las anónimas sensibilidades colectivas de la España de la transición, cuyo repertorio más formidable y exhaustivo se le debe sin duda.



# Notas

[1] Juan, no jodas más y tómate la leche (N. del A.). <<

[2] Oriol, un día me acabarás la paciencia y te daré un pescozón (N. del A.). <<

[3] Se acabó lo que se daba. La leche en tazón y no hablemos más (N. del A.). <<

[4] «Oriol, no hables de política que te exaltas» (N. del A.). <<

[5] «Vete a hacer puñetas» (N. del A.). <<

[6] «Está muy enfermito» (N. del A.). <<

[7] «¡También he herido a la nena!» (N. del A.). <<



[8] «Estás loco como tu madre» (N. del A.). <<

[9] «Está muy enfermito» (N. del A.). <<

[10] «Limpieza general» (N. del A.). <<

[<sup>11</sup>] Escuela Superior de Administración de Empresa (N. del A.). <<